

BÉNÉDICTE DE BOYSSON-BARDIES

¿QUÉ ES EL lenguaje?



POPULAR

COLECCIÓN POPULAR

679

¿QUÉ ES EL LENGUAJE?

Traducción
MARIO ZAMUDIO

BÉNÉDICTE DE BOYSSON-BARDIES

¿QUÉ ES EL LENGUAJE?



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2007

Boysson-Bardies, Bénédicte de
¿Qué es el lenguaje? / Bénédicte de Boysson-Bardies ;
trad. de Mario Zamudio. — México : FCE, 2007
256 p. : ilus. ; 17 x 11 cm — (Colec. Popular ; 679)
Título original *Le Langage, qu'est-ce que c'est?*
ISBN 978-968-16-7681-0

1. Lenguaje 2. Psicolingüística I. Zamudio, Mario, tr.
II. Ser III. t

LC P37

Dewey 401.9 B255q

Distribución mundial

Título original: *Le Langage, qu'est-ce que c'est?*
© Odile Jacob, abril 2003
ISBN 2-7381-1256-0

Comentarios y sugerencias:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001:2000

Diseño de la portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 2007, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14200, México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 978-968-16-7681-0

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson



Para otras publicaciones visite

www.lecturasinegoismo.com

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escribanos a:

lecturasinegoismo@gmail.com

Referencia: 3304

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Introducción</i>	15
I. <i>El lenguaje es humano</i>	17
El lenguaje, las lenguas y el habla	17
¿Por qué hablamos?	19
¿Es el lenguaje el único medio de comunicación entre los seres humanos?	20
¿Por qué es tan necesario e importante el lenguaje hablado?	20
Comunicar y hablar: ¿cuál es la diferencia?	21
¿Por qué no hablamos cuando nacemos?	23
¿Cuándo comenzó a hablar el ser humano?	24
¿Qué se sabe de las primeras lenguas?	31
La Torre de Babel, ¿un mito?	34
II. <i>De los sonidos a las palabras: el recorrido del sentido</i>	38
¿Cuáles son los sonidos del lenguaje? ¿Cómo los producimos y por qué éstos y no otros?	38
¿Cómo se organizan los sonidos de la lengua?	40
¿Poseen los sonidos una poesía "natural"?	42
¿Qué es una sílaba?	44
¿Cuál es la diferencia entre fonética y fonología?	45
¿Prestamos atención a cada sonido producido?	49

¿No nos engañan nunca los sonidos de habla que escuchamos?	50
¿Qué es la música de la lengua?	52
¿Qué es una lengua tonal?	53
La altura y el timbre	54
¿Por qué reconocemos a una persona por su voz?	55
¿Para qué sirve la prosodia?	56
¿Cómo tener un buen acento?	60
¿Por qué ciertas lenguas sintonizan bien con cierta música?	61
¿Para qué sirve la gramática?	63
¿Cómo se elaboraron las gramáticas de las len- guas?	66
¿Una gramática o varias gramáticas?	69
¿Qué es una palabra?	72
¿Por qué son arbitrarios los signos?	73
¿Cómo se pasa de la palabra al sentido?	75
¿En qué consiste la referencia de una palabra?	76
¿No existe ningún vínculo entre las palabras y las cosas?	77
¿Y los nombres propios?	80
¿Qué es una onomatopeya?	80
“Háblame con suavidad”	82
¿Corresponden las palabras a la realidad?	83
¿Somos “dueños” de nuestras palabras?	85
¿Podemos decir todo con palabras?	88
¿Podemos conocer lo que no podemos nombrar?	89
¿Qué diferencia hay entre los verbos y los nom- bres?	91
¿Qué definición de la palabra daría un gramá- tico?	93
¿Cómo se forman las palabras?	95

¿Siguen todas las lenguas las mismas reglas para formar palabras?	96
¿Cómo se crean las familias de palabras?	100
¿Puede un diccionario ser completo?	103
¿Cuántas palabras conocemos y cuántas utilizamos?	104
¿Por qué y cómo encontramos nuestras palabras tan rápidamente?	105
¿Por qué cometemos <i>lapsus</i> ?	108
¿Qué es la sintaxis?	110
¿Qué es un sintagma?	112
¿Por qué existen tantas diferencias entre las lenguas?	115
¿Siguen las palabras un orden natural?	117
¿Depende el sentido de una oración del orden de las palabras?	119
¿Cómo podemos comprender rápidamente todas las oraciones que oímos?	121
¿Por qué ciertas oraciones gramaticales son incomprensibles?	122
¿Por qué una oración puede tener varios sentidos?	123
¿Qué es el sentido?	125
¿Surge el sentido únicamente por el hecho de que una oración esté bien formada?	127
¿Pueden tener el mismo sentido palabras que son diferentes?	130
Cuando decir significa hacer	131
La manipulación y lo que se calla	136
El lenguaje y la cultura	138

III. <i>El lenguaje en nosotros</i>	140
---	-----

¿Cómo aprende a hablar el niño?	140
¿Están incorporadas las palabras en la cabeza?	143
¿Imita el niño?	144
¿Comienzan todos los niños a hablar de la misma manera?	148
¿Hablan los niños para obtener cosas?	150
¿Qué se necesita para un buen desarrollo del lenguaje?	152
¿Puede un niño aprender a hablar dos len- guas a la vez?	153
¿Por qué nos es tan difícil aprender una len- gua extranjera más tarde?	156
¿Es posible hablar 20 lenguas?	157
¿Podemos olvidar nuestra lengua materna?	158
¿Por qué no todos los niños comienzan a hablar sin problemas?	159
¿Cómo pueden aprender a hablar los sordos?	160
¿Por qué algunas personas balbucean o tar- tamudean?	162
¿Existen niños que no logran hablar o hablan con dificultad?	164
¿Está el lenguaje inscrito en nuestro cerebro?	168
¿Cómo se captan las imágenes cerebrales y para qué?	172
¿Qué aprendemos gracias a los métodos de exploración del cerebro?	174
¿Son iguales todos los cerebros?	177
¿Se fija al nacer la arquitectura del cerebro para el lenguaje?	179
¿Existe alguna diferencia entre el cerebro de los hombres y el de las mujeres en lo que respecta al lenguaje?	181

¿Es posible observar las disfunciones del cerebro mediante las imágenes cerebrales?	181
¿Desempeña una función en la organización del cerebro escuchar la lengua propia u otras lenguas?	182
¿Puede uno comunicarse sin lenguaje?	183
¿Poseen un lenguaje los animales?	185
¿Son estereotipados los cantos de las aves?	187
¿Y los simios?	188
¿Podemos comunicarnos con los animales?	193
¿Comprenden "todo" los perros?	194
¿Es necesario saber hablar para "pensar"?	195
¿Por qué se ha dicho durante tanto tiempo que no se podía pensar sin lenguaje?	197
¿Influye nuestra lengua en nuestro modo de pensar y en nuestra visión del mundo?	201
Cuanto más compleja es la gramática de una lengua tanto más evolucionados son sus hablantes	204
¿Se puede hablar sin pensar?	205
iv. <i>Uso y abuso del lenguaje</i>	206
El lenguaje sirve para expresar nuestras emociones, nuestros amores, nuestras penas y nuestras fantasías	206
Ciertas personas son hábiles para jugar con el lenguaje	208
¡Desconfiemos del lenguaje!	211
¿Cambian a veces de sentido las palabras cuando están en femenino?	212
¿Por qué nos subyugan los grandes oradores?	214

¿Es la lengua de los medios de comunicación nuestra lengua cotidiana?	217
Cuando se traba la lengua	219
¿Es la jerga política un lenguaje de poder?	222
Los modos y las formas del lenguaje que "clasifican"	224
El lenguaje de los iniciados	225
¿Tienen realmente los científicos un lenguaje particular?	227
¿Es el argot también un lenguaje de casta?	229
¿Y las siglas?	231
El mal hablar y el manierismo	231
¿Cuándo se comenzó a hablar el francés?	233
¿De dónde vienen las palabras del francés?	237
¿Cómo se elaboraron los diccionarios?	240
Muchas palabras antiguas ya no se usan, otras cambian de sentido	241
¿Qué importancia tiene la lengua del país para cada uno de nosotros?	245
¿Qué representa el francés para los inmigrantes?	245
¿Debe tener sus particularidades el francés de cada país?	246
¿Qué lugar tiene el francés en el mundo?	247
¿Es francés el criollo?	248
¿Es el plurilingüismo un fenómeno nuevo?	249
¿Qué futuro aguarda al francés?	251
<i>Bibliografía</i>	253

AGRADECIMIENTOS

Todos tenemos curiosidad por el lenguaje. Sabemos mucho al respecto, pero la mayoría de nosotros casi no pensamos en él. Este libro responde algunas preguntas que muchos nos hemos planteado o podríamos plantearnos sobre los orígenes, la estructura y el funcionamiento del lenguaje. No se trata de un libro de lingüística, sino de una serie de entrevistas destinadas a suscitar una curiosidad todavía más viva en todos los jóvenes y menos jóvenes usuarios del lenguaje.

Agradezco a todos mis “colegas en el estudio del lenguaje” que tuvieron la gentileza de compartir conmigo sus conocimientos y sugerencias para los diferentes capítulos del libro: N. Bacri, S. Fisher, P. Halle, J. Segui, M. Charolles, así como a A. N. Tzourio y B. Mazoyer en el caso del capítulo III.

A mis hermanas Alix y Jacqueline y a mi prima Sabine, a quienes sometí a repetidas exigencias de “atentas” lecturas.

A Odile Jacob, cuya larga y fiel amistad me ha sostenido siempre.

A Jean-Luc Fidel, por su importante y talentoso trabajo editorial.

Todo mi agradecimiento a ellos por haberme ayudado a llevar a bien esta “conversación” sobre el lenguaje.

INTRODUCCIÓN

Los seres humanos hablan mucho o poco, con gracia e ingenio o pobremente, con ciencia o llanamente, poética o trivialmente, pero todos, en cuanto seres humanos, hablan o al menos pueden hablar. Yo hablo, tú hablas. Todos con el mismo impulso, con el mismo fin y cada cual de una manera que multiplica las palabras al infinito y las diversifica.

Hablamos y oímos hablar todo el día. Hablar, como respirar, es tan natural para nosotros que, en la mayoría de los casos, casi no nos hacemos preguntas sobre lo que representa. Únicamente cuenta lo que nos dicen y lo que decimos, eso que en todo momento orienta nuestros actos, nuestros pensamientos, nuestras emociones.

¿Por qué es el ser humano un “hombre de palabra”? ¿Cómo surgen, se forman y se organizan mis palabras, mis oraciones, mi discurso? ¿Por qué es importante el habla para la humanidad? ¿En qué momento de su evolución se apropiaron los primates del lenguaje inherente a nuestra humanidad? ¿Qué sonidos fundamentan el habla? ¿Cómo nacen y evolucionan las palabras, cómo se estructuran las oraciones y cómo se organiza el discurso? ¿Cómo logran los niños el acceso al lenguaje? ¿Cómo se incorpora el lenguaje en nuestro cerebro? ¿Cómo podemos perderlo? ¿Qué principios universales son inherentes a las lenguas y cómo viven y evolucionan éstas?

Éstas son algunas de las interrogantes que suscita esa fantástica facultad que es parte esencial de nuestra humanidad.

Para empezar, no obstante, ¿cómo explicar ese lenguaje que nos permite traducir y organizar nuestros pensamientos, memorizar el pasado, expresar nuestra vida afectiva, crear arte y explorar nuestro consciente y nuestro inconsciente? La antropología, la filosofía, la lingüística, la psicolingüística, la neurolingüística, la neurología, la filología, todas esas disciplinas han hecho del lenguaje el instrumento y, a la vez, el sujeto de su discurso y sus investigaciones.

En cuanto a mí, quisiera evitar el vértigo que provoca la palabra *lenguaje*, manteniéndome muy modesta, muy cerca de lo cotidiano; por lo tanto, me propongo hacer el balance de lo que sabemos y sospechamos a propósito de ese don hecho a la humanidad y que nosotros empleamos con tanta liberalidad en nuestra vida cotidiana. Para ello, adoptaré el punto de vista del curioso, del ingenuo, dando preferencia al lenguaje hablado, antes que al escrito.

Aun cuando no seamos realmente ingenuos, pues el hablar nos es conocido. Todos somos expertos en ese campo. Veamos cómo. Veamos por qué.

I. EL LENGUAJE ES HUMANO

EL LENGUAJE, LAS LENGUAS Y EL HABLA

El lenguaje hablado es el medio de comunicación primordial y específico de la especie humana. Es, igualmente, nuestro instrumento privilegiado para manipular las representaciones mentales, para pensar. La capacidad lingüística forma parte de nuestro patrimonio genético; consecuentemente, no existe grupo humano desprovisto de lengua, es decir, de un sistema estructurado de signos verbales arbitrarios que permitan expresarse y comunicarse. Las lenguas representan diferentes modos de asociación de las representaciones fonológicas con las representaciones semánticas; y todas las lenguas se basan en gramáticas que dan forma y sentido a las palabras y las organizan en oraciones, que realizan en acto la capacidad para el lenguaje.

Las lenguas asocian sentidos a sonidos. Enlazan representaciones fonéticas, es decir, sonidos, con representaciones semánticas, con sentidos. La arbitrariedad del signo es una característica fundamental del lenguaje. En efecto, entre el signo y el sentido que aquél adquiere no existe ningún vínculo de necesidad o de causalidad: la palabra "verde" no es de color verde. Todas las lenguas que existen y han existido en el transcurso de la historia conocida de la humanidad, numerosas y muy diversas, se fundamentan en princi-

pios universales que sirven de marco a sus diversas realizaciones.

Por una parte, la facultad para constituir una lengua ha evolucionado con el habla y, por otra, cuando queremos comprender los hechos de la evolución que llevaron a que el lenguaje quedara incorporado en nuestra fisioanatomía y adquiriera sus características formales, es conveniente distinguir con claridad entre lenguaje y habla, aun cuando su vínculo es esencial.

El lenguaje es la función de expresión del pensamiento y de comunicación mediante los órganos del habla y mediante un sistema de notación que utiliza signos materiales. Mientras que el lenguaje escrito arribó tarde en la historia de la humanidad, el lenguaje nació con la palabra, “voz mediante la que se significa lo que se piensa a quien es capaz de oírla”, como decía Géraud de Cordomoy en el siglo xviii.

¡Cuántos horizontes abiertos en una oración tan corta! Esa bellísima definición condensa todos los aspectos y todas las funciones del lenguaje hablado: tiene un aspecto físico, un aspecto comunicativo, un aspecto cognitivo y un aspecto psíquico. Hablamos para ser oídos y comprendidos, para transmitir nuestro pensamiento y para expresar nuestras emociones.

El lenguaje se manifiesta mediante el habla, que es fundamentalmente un producto del aparato vocal. En el transcurso de la historia de la humanidad, el lenguaje adquirió la posibilidad de transmitirse también mediante la escritura o, entre los sordos y los mudos, mediante las lenguas de signos. La escritura nació cientos de miles de años después de que los hombres comenzaron a hablar y, todavía hoy, algunas lenguas no poseen escri-

tura. Los seres humanos nacen con el instinto de aprender el arte del lenguaje, pero el lenguaje escrito es un aprendizaje “escolar”.

Como lo hacía notar Jean-Jacques Rousseau, “las lenguas están hechas para ser habladas; la escritura únicamente sirve como suplemento del habla”; no obstante, al prolongar lengua y pensamiento, la escritura permitió a nuestra mente tener acceso a un extraordinario desarrollo del saber. La escritura favorece la difusión del conocimiento, las ciencias y el arte, gracias a una transmisión más perenne y más estable que la transmisión oral únicamente.

Con todo, quisiera dedicar toda mi atención al lenguaje verbal en su función de acto de la vida de todos los días, de acto social y de acto de pensamiento.

¿POR QUÉ HABLAMOS?

Porque estamos programados para comunicarnos así. Como los pájaros para cantar y los leones para rugir, la especie humana está programada para el bipedalismo y para hablar. La capacidad para hablar forma parte de nuestro “capital” genético y se manifiesta mediante el lenguaje. En su sustancia, el hombre es inseparable del lenguaje. Éste da testimonio de su humanidad y, también, de su individualidad. Su origen y su función universal nos funden en la humanidad; y su función específica nos distingue como seres hablantes.

¿ES EL LENGUAJE EL ÚNICO MEDIO DE COMUNICACIÓN ENTRE LOS SERES HUMANOS?

A partir de Darwin, se sabe que la comprensión de ciertos comportamientos humanos pasa por la de la evolución genética de la especie. Esto es particularmente cierto en el caso de la facultad de comunicación, que es lo que constituye la particularidad y, también, la complejidad de la especie humana; no obstante, las especies animales sabían comunicarse mucho antes de que existiera el lenguaje humano. En realidad, el término *comunicación* comprende el conjunto de sistemas que tienen por función transmitir información. Las especies animales poseen sistemas que permiten la transmisión de información a sus congéneres y algunos son incluso muy complejos. Los animales se comunican en el seno de su propia especie, pero también pueden reaccionar a las señales emitidas por otras especies: ¡el rugido del tigre hace huir a muchos animales! Se hablará de ello más adelante.

El hombre dispone de muchos medios para comunicarse sin lenguaje. Los gestos, los ademanes, las expresiones, los dibujos, las inscripciones, etc., representan medios de comunicación que siempre han sido utilizados.

¿POR QUÉ ES TAN NECESARIO E IMPORTANTE EL LENGUAJE HABLADO?

Porque los modos de comunicación mediante gestos y ademanes, esto es, mediante la mímica, son siempre

muy dependientes del tiempo y el espacio, mientras que el lenguaje emancipa la comunicación del presente único de las sensaciones. Es un sistema de referencia que tiene la propiedad de no estar atado al momento; por eso el hombre puede hablar de todo: evocar el pasado, imaginar mundos virtuales o futuros, narrar sus sueños, etc. Todo lo que siente, percibe, hace, piensa e imagina puede ser transmitido mediante una expresión verbal.

Contrariamente a los animales, cuyo medio de comunicación, muy dependiente del momento actual, tiene como fin esencialmente la supervivencia y la reproducción de la especie, la producción de lenguaje en el hombre se desligó poco a poco de una función biológica directa. Consecuentemente, contribuyó en gran medida a nuestra supervivencia, pero también nos elevó sobre todas las especies animales.

COMUNICAR Y HABLAR: ¿CUÁL ES LA DIFERENCIA?

El acto de hablar es diferente, en su forma y extensión, a la simple acción de comunicar mediante gestos, ademanes, gritos, olores, etc.; por lo tanto, el lenguaje articulado, que permite el discurso, difiere fundamentalmente de las otras formas de comunicación humanas o animales, para empezar, por su arquitectura y por su función.

Por su arquitectura porque el lenguaje corresponde a un sistema de combinaciones de signos en el que las relaciones entre éstos y el sentido son arbitrarias: las palabras son simples símbolos y la gramática es un sis-

tema combinatorio de unidades discretas; consecuentemente, es un sistema "no natural". El número de oraciones que se puede producir con ese sistema es casi ilimitado. Es un sistema creativo.

Por su función porque el lenguaje no es únicamente un medio de comunicación que, gracias a su combinatoria, permite transmitir una enorme cantidad de información diferente, útil o gratuita; también sirve como base de un sistema de representaciones que permite manipular los conceptos, estructurar los razonamientos, elaborar hipótesis y extender el conocimiento acerca del mundo.

En el principio, Dios creó con palabras y pidió al hombre que diera nombre a su creación. Por lo tanto, el hombre tiene como tarea principal dar nombre al Sol, a las plantas y a todas las especies de animales. Esa facultad lo emancipa del mundo natural, del mundo sensible al que permanecen sometidos los otros animales, permitiéndole o, más bien, ordenándole nombrar, categorizar y clasificar los elementos del mundo; Dios hizo del hombre el dueño del mundo natural. En realidad, la abstracción del mundo natural a través del lenguaje permite expresar verdades fuera del tiempo, abstraerse del presente sensible único, reencontrar el pasado y conservarlo, elaborar armazones de reflexiones, juicios y previsiones y transmitirlos para proyectar el futuro. La riqueza generativa del lenguaje y, consecuentemente, de las lenguas se abre tanto a lo imaginario como a la razón y a las ciencias. Es una herramienta fácil de manejar y remodelar que permite a los seres humanos elaborar conocimientos, enriquecer la comunicación, alimentar su pensamiento, escri-

bir poemas. El lenguaje invadió la Tierra y permitió a los seres humanos creerse los dueños de un mundo en el que podían pensar y expresarlo. E inventaron el Génesis que justificaba su posición.

¿POR QUÉ NO HABLAMOS CUANDO NACEMOS?

Para calificar la adquisición del lenguaje por los niños, Darwin hablaba de la “tendencia instintiva a adquirir un arte”. Es el producto de la evolución humana, de lo cual da testimonio el deseo del habla y el arte de adquirirla y utilizarla.

En efecto, hicimos de la capacidad para el lenguaje, en cuanto estructura latente, parte de nuestro patrimonio genético. Incorporamos a nuestro cerebro los mecanismos que permiten el surgimiento del lenguaje y el programa de adquisición de una lengua; sin embargo, para que ese programa se desenvuelva es indispensable que oigamos hablar, que estemos inmersos en un grupo humano que nos proporcione un modelo de lengua y de comportamiento.

Noam Chomsky atribuía al recién nacido el conocimiento implícito de los principios universales que estructuran las lenguas. No quería decir que el niño conociera la gramática, sino, más simplemente, que el cerebro humano está equipado de tal suerte que puede extraer las reglas inherentes a la estructura de las lenguas.

En la actualidad, antes que de conocimiento se hablaría de capacidad para extraer propiedades que son comunes a todas las lenguas. Ahora bien, por

extraordinarias que sean, esas propiedades no permitirían que el lenguaje se desarrollara si el niño no estuviese inmerso en un “baño” lingüístico. Para que esas aptitudes se desarrollen hacen falta al niño esos dos modelos que le da su entorno: una lengua y un modelo de comportamiento lingüístico. Oyendo hablar en torno a sí, el niño organiza la información sensorial que sostiene al habla y, después, la información que surge del léxico y de la sintaxis de la lengua, o las lenguas, que oye hablar. Lo que permite adquirir el lenguaje es la interacción de la capacidad genética para el lenguaje con la recepción de una lengua; porque el niño se deja llevar por el deseo vital e imperioso de convertirse en un ser hablante.

Si le causa placer escuchar a los adultos hablarle con ternura y comunicarse entre ellos, el deseo y la felicidad de hablar guían su desarrollo. La competencia lingüística inherente al ser humano va acompañada de un enorme apetito del niño por el lenguaje. Hay que ver la atención, para no decir la tensión, con que los niños de pecho miran a los adultos que les hablan, sus juegos con los sonidos y el placer que estos últimos les producen, para comprender lo que el habla significa para los seres humanos desde el nacimiento.

¿CUÁNDO COMENZÓ A HABLAR EL SER HUMANO?

¡Cuando el habla hizo del prehomínido un ser humano!

Tendríamos que poder remontarnos muy atrás en el tiempo para responder a la pregunta de los comien-

zos y, sin duda alguna, no sería fácil fijar un momento, ni siquiera con una aproximación de unos cuantos centenares de millares de años.

Noam Chomsky estima que el lenguaje es demasiado complejo para que la selección natural pudiera explicarlo. Según él, parece más bien ser el resultado de un accidente histórico hecho posible gracias al grado de complejidad alcanzado por el cerebro. El surgimiento del lenguaje parece haber marcado una discontinuidad en el proceso de evolución que llevó al *Homo sapiens*; sin embargo, aun cuando se adoptase esta concepción tal discontinuidad únicamente habría podido producirse, durante el proceso evolutivo, en un momento de la evolución biológica que hubiese hecho posible la aparición del lenguaje.

Consecuentemente, la mayoría de los investigadores piensa que el lenguaje se constituyó gradualmente en el transcurso de la evolución. Y, a partir de ciertos índices físicos o "culturales", tratan de inferir los estadios de la evolución de los homínidos en cuyo transcurso habrían podido aparecer diversas formas de lenguaje articulado.

Si se quiere proponer una hipótesis, se puede decir que la postura bípeda entrañó, en primer lugar, modificaciones de los sistemas respiratorio y fónico, así como el incremento del volumen cerebral y el cambio de conformación del cerebro. La evolución del tracto vocal y el incremento de la capacidad cerebral bajo la influencia de una vida en grupo cada vez más estructurada y demandante de información desembocaron en el surgimiento de sonidos que se organizaron en habla articulada; y esa capacidad para el lenguaje hablado

terminó formando parte de nuestro código genético gracias a los procesos de selección.

Para que los homínidos y los prehomínidos pudiesen producir sonidos de lenguaje fue necesaria la evolución del tracto vocal. Se sabe que los primates no humanos, aun los más evolucionados, no pueden producir los sonidos del lenguaje porque no disponen de un tracto vocal abatido y acodado. La configuración en ángulo recto del tracto vocal permite la articulación de las consonantes y las vocales y la producción de sonidos diferentes con un flujo rápido. Consecuentemente, una de las grandes adquisiciones en la evolución de la raza humana fue el abatimiento de la laringe y la curvatura en ángulo recto del tracto vocal. La modificación de la conformación del aparato fonador se vincula con la postura bípeda.

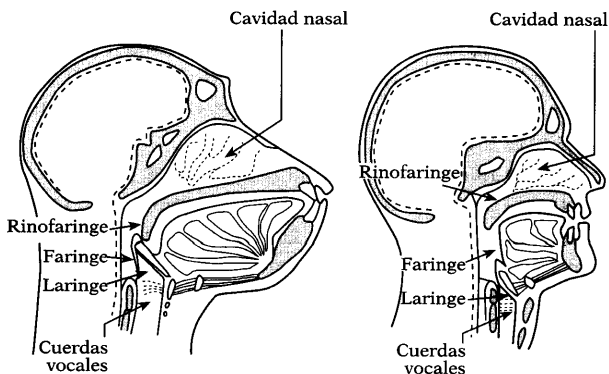


FIGURA I.1. *El tracto vocal de un chimpancé y el de un ser humano.*

¿Cuándo fue posible que el tracto vocal de los homínidos permitiera articular sonidos silábicos? Según los expertos, la morfología moderna del tracto vocal (laringe abatida) apareció apenas entre 100 000 y 150 000 años antes de nuestra era, pero los datos anatómicos parecen dar testimonio de una evolución progresiva en el transcurso del prolongado desarrollo del tracto vocal hacia el tracto altamente eficaz de nuestra especie. Según algunos antropólogos, el *Homo habilis* (hace más de dos millones de años) podía articular sonidos y, de manera más general, se piensa que el *Homo erectus* (hace 1 500 000 años) podía articular palabras y disponía de una especie de protolenguaje. Todas las posiciones siguen estando sujetas a debate. En la actualidad, todos los antropólogos atribuyen el habla articulada al hombre de Neandertal (hace 400 000 años).

La evolución del tracto vocal no bastaría únicamente para explicar la aparición del lenguaje. En el transcurso de esos millones de años, el cerebro de los prehomínidos también evolucionaba. Se sabe que ciertas áreas del cerebro están dedicadas al habla y que se han rastreado los indicios que pueden demostrar cuándo se desarrollaron esas áreas cerebrales en nuestros antepasados lejanos.

El análisis de la cara interna de los cráneos del *Homo habilis* parece revelar una estructura cerebral compatible con el lenguaje. Las dos zonas cerebrales que participan en la función del lenguaje —el área de Broca y el área de Wernicke— ya estaban presentes en él hace más de dos millones de años. Esas áreas estaban bien desarrolladas en el *Homo erectus* y eran casi modernas en el hombre de Neandertal.

Ahora bien, la presencia de estructuras anatómicas o morfológicas compatibles con el habla únicamente indica la posibilidad del lenguaje; no demuestra su existencia. Por ello, aun cuando en general se admite la existencia del lenguaje en el hombre de Neandertal, las hipótesis referentes a la eventual capacidad para el habla hace más de 500 000 años varían ampliamente según los autores. Algunos de ellos creen que el lenguaje y la música se desarrollaron entre los australopitecos (hace 2 500 000 a tres millones de años); otros piensan que el lenguaje se desarrolló entre el *Homo erectus* y el *Homo sapiens* (hace entre 1 500 000 y 500 000 años).

Fueron necesarios millones de años de evolución biológica para dar forma a los modos de percepción y reproducción del habla en la especie humana; sin embargo, no se puede reducir el lenguaje a la evolución biológica de los órganos de percepción y reproducción. Dicha evolución únicamente pudo llegar a ser funcional para el habla en unión con la evolución cualitativa del cerebro, la cual, a cambio, adaptó el cuerpo para responder a las exigencias de una vida social cada vez más elaborada.

Dostoievski resume maravillosamente la unión del cuerpo y la mente jugando con el doble sentido de la palabra *lengua*, tan elocuente: "La lengua es la palabra suprema y definitiva del desarrollo orgánico".

Causa o consecuencia, la vida en grupo reunía las condiciones necesarias para que existiera un modo de comunicación entre los individuos del grupo. Las señales de comunicación servían para coordinar en el seno del grupo la búsqueda de alimento, la caza, la

defensa y la vigilancia de los lugares, la depredación y el flirteo, sin olvidar la cohesión del grupo. Las señales visuales tenían poca importancia en los bosques densos; en cuanto a los gritos o a las onomatopeyas, estereotipados o repetitivos, poseen un valor informativo limitado. La necesidad llevó a la búsqueda de comportamientos más eficaces para la comunicación.

¿Qué signos utilizaba el *Homo erectus*, de quien se considera que todavía no tenía un lenguaje, sino, más bien, un protolenguaje? ¿Fueron los sistemas de gestos y ademanes, las onomatopeyas, las interjecciones, las palabras aisladas y las producciones moduladas semejantes a cantos las primeras formas de expresión? ¿Hablaban el *Homo erectus* una especie de pidgin? Las hipótesis que han sido propuestas son variadas, pero, por el momento, totalmente especulativas.

Cuanto más inteligentes y activos eran los individuos del grupo, tanto más elaborado debía ser su modo de comunicación. Cuanto más vivía el grupo en medios diferentes y se desplazaba, tanto más flexible debía ser el modo de comunicación para adaptarse a las exigencias locales. Cuanto más se especializaban las técnicas, tanto más surgían las expresiones simbólicas y se hacían complejos los modos de comunicación. A cambio, el creciente poder del sistema de comunicación permitía una mejor adaptación de la caza, de la defensa del grupo y de sus intercambios de información. Ese factor de rentabilidad fue lo que hizo surgir el lenguaje, pero el surgimiento de lo simbólico representó un elemento decisivo en su evolución.

En efecto, el cerebro y la mente del *Homo sapiens* (o *presapiens* para algunos) elaboraron códigos cada

vez más abstractos que hicieron posibles los comportamientos simbólicos, artísticos y sociales. La necesidad llevó quizás al surgimiento del lenguaje articulado, pero este último se liberó de aquélla, sobre todo con los comportamientos artísticos y religiosos. Los primeros rastros del arte parecen remontarse a hace dos millones de años, mientras que el amortajamiento de los muertos apareció hace aproximadamente 90 000 años. Sólo fue mucho más tarde, hace aproximadamente 50 000 años, cuando una extraordinaria explosión artística dio lugar a obras de arte como las cuevas de Chauvet o Lascaux, ejemplos maravillosos entre muchos otros. Sin un lenguaje evolucionado, ese florecimiento artístico no habría sido posible.

La facultad simbólica de la que da testimonio el arte de las cavernas es reveladora de posibilidades de intercambios verbales ya muy elaborados. Algunos investigadores la vinculan a una "explosión sintáctica" que parece haber sobrevenido en esa época. Una "brusca" evolución de la estructura de la lengua hablada que permitió una transmisión más elaborada de la información parece explicar la aceleración de la evolución técnica y artística de nuestros antepasados. También se evoca el acceso a la capacidad metafórica para explicar el incremento exponencial de la cultura humana en esa época. El surgimiento de la sintaxis, de una mayor creatividad lingüística y de la capacidad metafórica parecen marcar el desarrollo del pensamiento tal como lo conocemos y el ingreso del hombre a nuestro mundo actual.

Todavía se puede divagar mucho sobre el surgimiento del lenguaje. Darwin no es el único en haber

acercado el arte y el lenguaje. Jorge Luis Borges imaginaba que el lenguaje era un hecho artístico inventado por guerreros y cazadores. Otros, más románticos, piensan que el hombre trascendió las primeras formas del habla impulsado por el amor. Ni siquiera los más prosaicos, que únicamente ven en el lenguaje la presión de la necesidad, pueden ignorar que es un hecho artístico.

¿QUÉ SE SABE DE LAS PRIMERAS LENGUAS?

Esta interrogante ha parecido tabú durante mucho tiempo, tan presuntuoso parecía el querer investigar lo que había podido ser el lenguaje hablado hace algunos centenares de miles de años.

Es cierto que durante mucho tiempo se prestó más para los cuentos que para un enfoque científico; sin embargo, algunos investigadores, como Greenberg o Ruhlen, afirman que todas las lenguas se derivan de una lengua madre hablada por nuestros antepasados hace aproximadamente 50 000 años. Algunos lingüistas tratan de encontrar los orígenes lejanos y comunes de ciertas palabras a través de los elementos comunes a las superfamilias que reagrupan las lenguas del mundo. Así, han observado cierta similitud en las raíces fonéticas de las palabras que designan los conceptos o los objetos fundamentales: partes del cuerpo (mano, pie), objetos esenciales para la vida (agua), personas (yo, tú, padre y madre) o números (uno, dos, tres o muchos). Las similitudes fonéticas entre algunas palabras que forman parte del vocabulario básico de todos los grupos

humanos parecen revelar formas a partir de las cuales se podría inferir que existió una lengua atávica común.

También se puede pensar que las palabras de las primeras lenguas podrían haber consistido, como entre los niños, en formas monosilábicas compuestas de los sonidos más fáciles de articular. Las asociaciones típicas de sonidos que se encuentran en el balbuceo serían un “recuerdo” de las primeras palabras pronunciadas al alba de la humanidad.

Sea lo que fuere, esa lengua madre no parece haber sido la lengua “original” —si acaso existió una lengua original, puesto que se reconoce que los *Homo* poseían el lenguaje desde hace más de 500 000 años—, sino una lengua que data únicamente de hace algunas decenas de miles de años. Esos enfoques son todavía muy especulativos y controvertidos.

Lo que puede uno preguntarse, sobre todo, es si realmente existió una lengua única al principio. En realidad, se ignora si el lenguaje apareció en el seno de un pequeño grupo de individuos para después difundirse y diferenciarse o, bien, si surgió en diferentes momentos y de manera independiente. Las hipótesis sobre los momentos de la evolución en que la facultad del lenguaje habría podido aparecer entre nuestros antepasados no proporcionan ninguna indicación sobre su forma. ¡Tenemos que admitir que no se sabrá jamás en qué lengua disputaron Adán y Eva al salir del Paraíso!

Ahora bien, aun cuando no estemos seguros de que el lenguaje haya tenido un origen único, las investigaciones llevadas a cabo sobre las lenguas que se hablan en el mundo y sobre sus antecedentes han hecho aparecer los linajes.

El origen de la mayoría de las familias lingüísticas actuales se fecha en un periodo situado entre 25 000 y 6 000 años antes de nuestra era, pero el origen de las superfamilias de lenguas o incluso de las lenguas aisladas, como la australiana o las índicas, parece ser mucho más antiguo: tal vez 40 000 años. El indoeuropeo parece haber nacido hace 40 000 años, pero sólo pudo haber comenzado a propagarse hace apenas 7 000 años, con la expansión de la agricultura.

Las afinidades entre el vocabulario y la gramática de la mayoría de las lenguas que se hablan en Europa, ya sean germánicas, eslavas, románicas o gaélicas, parecen indicar un origen común. También se encuentran afinidades entre ciertas lenguas indoeuropeas; de ahí la hipótesis de un origen común: el protoindoeuropeo. Éste había sido propuesto ya en el siglo XVIII; desde entonces, el origen geográfico del indoeuropeo ha sido objeto de numerosas investigaciones, tanto de los arqueólogos como de los lingüistas.

Apoyándose en las reglas del cambio fonético de las palabras, los lingüistas han intentado reconstruir la gramática y el diccionario hipotéticos de esa lengua; en tanto que los arqueólogos han tratado de formular los esquemas de expansión del indoeuropeo. Así fue como C. Refrew imaginó que una lengua indoeuropea originaria de Turquía se propagó en Europa con las migraciones de los agricultores del neolítico (aproximadamente 7 000 años antes de nuestra era). Otra expansión parece haber tenido lugar hacia las estepas y la India; pero ciertas hipótesis plantean que el indoeuropeo partió del Cáucaso.

Algunos trabajos recientes sacan a la luz la existen-

cia de correlaciones entre las familias de lenguas y los reagrupamientos imaginados a partir de los análisis genéticos. Esas correlaciones indican un paralelismo entre la evolución genética y la lingüística. La utilización de la “distancia genética” permitió a Luca Cavalli-Sforza demostrar que, a pesar de las migraciones y los mestizajes, es posible encontrar en el mosaico lingüístico y genético del mundo actual suficiente coherencia para reconstruir un árbol común a las dos evoluciones. Darwin también lo pensaba así, pero no contaba con los medios para aportar la prueba de ello. La evolución de la genética ha permitido ese acercamiento.

Esos trabajos son apasionantes, pero encuentran cierta resistencia en el terreno científico debido a que, en el pasado, algunos trabajos pseudocientíficos buscaron apoyarse en la diversidad de las lenguas para justificar teorías racistas. ¡Felizmente, ya no estamos en eso!

LA TORRE DE BABEL, ¿UN MITO?

Sea lo que fuere, relativamente pronto, aun cuando haya sido en algunos centenares o miles de siglos, muy alejados de nosotros y de nuestros medios de investigación, las hablas se diferenciaron. Casi todas las civilizaciones poseen un “mito de Babel”, una leyenda referente a la dispersión y diversificación de las lenguas. Ello revela nuestra sorpresa ante la multiplicidad de las lenguas habladas en la Tierra; así como la nostalgia por esa lengua “adánica” perdida por los hombres, que, no obstante, se habían conjuntado para construir esa torre con el propósito de subir lo bastan-

te cerca del Cielo para escuchar hablar a los dioses; pero éstos se vengaron, de tal suerte que los hombres ya no se comprenden y hablan diversas lenguas.

La mayoría de las lenguas actuales puede reagruparse en familias y superfamilias. Así, de entre las 5 000 lenguas habladas, se desprenden 17 o 19 familias (¡todavía existen desacuerdos!). El reagrupamiento permite presentar un árbol que muestra las derivaciones. Sólo algunas lenguas, que se consideran muy antiguas y residuales, como las australianas o el vasco, escapan a esa clasificación. El vasco, muy antiguo y muy aislado por su estructura y su léxico, parece haber surgido de la lengua que hablaban los hombres de Cromañón. La hipótesis se apoya en los datos genéticos, que muestran un elevado porcentaje del factor Rh A en las poblaciones del suroeste de Francia y el noroeste de España.

La dispersión de Babel engendró miles de lenguas y dialectos. ¿Está finalizando en el presente, con la muerte de tantas lenguas, el enriquecimiento de las formas de expresión, de pensamiento y de comunicación?

El proceso de divergencia de las lenguas que se observa todavía en nuestros días se ha visto favorecido por la existencia de pequeños grupos humanos. Las sociedades arcaicas muy aisladas desarrollan una lengua particular de su grupo cerrado. En el transcurso de los siglos de expansión humana con las grandes oleadas que representaron las invasiones, los desplazamientos de los grupos bajo la influencia de las variaciones del clima, las guerras, las conquistas y las explosiones demográficas, las transferencias lingüísticas se multiplicaron, con algunas unificaciones. Así es como han desaparecido algunas lenguas con las minorías que las

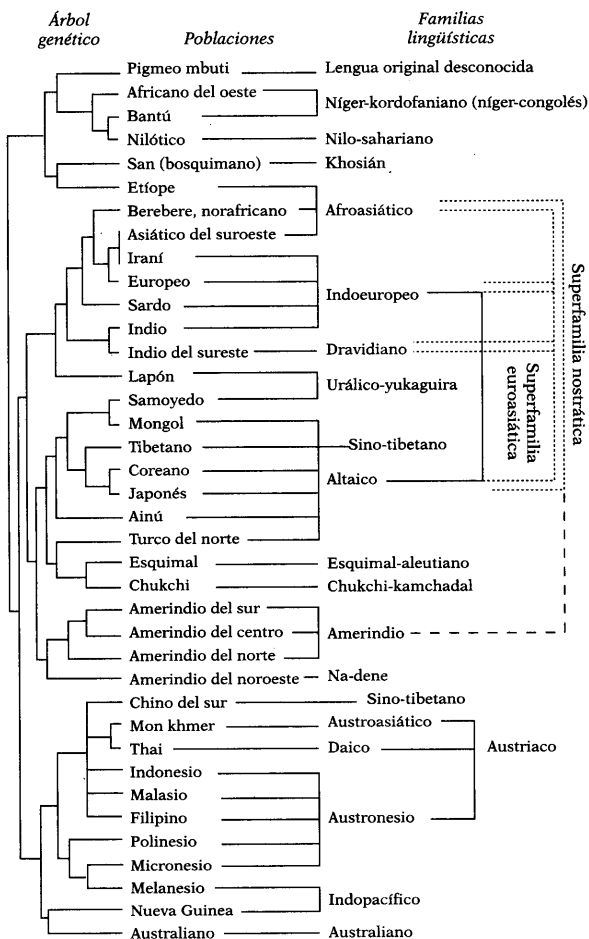


FIGURA I.2. *Las familias de lenguas.*

hacían vivir, minorías extinguidas o minorías conquistadas y asimiladas. Las lenguas nacen, viven, evolucionan y mueren. En la actualidad, se estima en aproximadamente 5 000 el número de lenguas habladas (¡y entre 3 000 y 5 000 dialectos!) en el mundo. Muchas han desaparecido en el transcurso de los siglos; y en nuestros días desaparecen más todavía. Claude Hagège estima que cada año mueren 25 lenguas: en su mayoría son lenguas habladas por pequeños grupos aislados.

Paul Valéry decía que “el tiempo del mundo finito comienza” y, con él, el de la uniformación. Vemos así, con cierta tristeza, un inglés comercial, muy alejado de la lengua de Shakespeare, convertirse en la lengua de relación de un mundo materialista.

II. DE LOS SONIDOS A LAS PALABRAS: EL RECORRIDO DEL SENTIDO

Los sonidos son la materia del habla.

FERDINAND DE SAUSSURE

¿CUÁLES SON LOS SONIDOS DEL LENGUAJE? ¿CÓMO LOS
PRODUCIMOS Y POR QUÉ ÉSOS Y NO OTROS?

Para hablar es necesario tener el dominio del aparato vocal: los movimientos de la boca, la lengua, la garganta, el paladar, las cuerdas vocales y los pulmones. El aparato vocal, que tiene características particulares y cuya evolución ha sido lenta, es el origen de los sonidos del lenguaje, los cuales han sido seleccionados por la capacidad de nuestro aparato vocal para producirlos y por la capacidad de nuestros sistemas perceptivos y cognitivos para oírlos y procesarlos.

Hablar es, sin ninguna duda, uno de los comportamientos motores más complejos que haya en el caso del hombre. Para producir los sonidos del lenguaje, aproximadamente 15 o 20 sonidos cada segundo —y hasta 20 o 30 en los anuncios publicitarios—, es necesario coordinar casi 100 músculos que implican los movimientos de la respiración, la laringe, la glotis, el velo del paladar, la mandíbula, los labios y la lengua.

La complejidad que caracteriza la coordinación de

las decenas de músculos necesarios para producir los sonidos del lenguaje y encadenarlos no plantea ningún problema en el habla cotidiana y, en general, podemos ignorarla; por el contrario, se hace completamente evidente cuando intentamos pronunciar esas oraciones “trampa”, como son: “tres tristes tigres” o “Pablito clavó un clavito”.

Muchos sistemas físicos participan en la producción de los sonidos. La respiración, en primer lugar, pues hablar requiere expulsar aire y, consecuentemente, recuperar el aliento muy rápidamente. En el ser humano el dominio del ciclo respiratorio solamente es posible a partir de los cinco meses de edad, aproximadamente. Se puede comparar el sistema fónico con un instrumento de viento muy complejo: los pulmones, la laringe, la faringe y unos vibradores, las cuerdas vocales. Las cajas de resonancia están constituidas por las fosas nasales, la boca y el paladar. Esas tres cavidades forman el tracto vocal y dan forma al sonido. Su tamaño y su forma determinan las propiedades de resonancia del tracto. El lugar y el modo de constricción de las cajas de resonancia prolongadas por los labios determinan la producción de las diferentes consonantes de las lenguas. En cuanto al timbre de las vocales, éste se genera esencialmente en la cavidad oral mediante la posición de la raíz, el cuerpo o la punta de la lengua. Esta última modula la corriente de aire para generar con ella los sonidos vocálicos.

¿CÓMO SE ORGANIZAN LOS SONIDOS DE LA LENGUA?

La evolución seleccionó y organizó los sonidos de la lengua de forma contrastada e informativa, dando lugar a los fonemas. Éstos, combinados en sílabas, forman la unidad mínima de articulación.

La cadena hablada está compuesta de secuencias de sonidos, es decir, de consonantes y vocales, cada una de las cuales representa un gesto articulatorio específico y perceptible acústicamente. La sílaba, compuesta de una vocal o de la asociación de una vocal con una o varias consonantes, forma la unidad articulatoria mínima de la estructura del lenguaje articulado en todas las lenguas del mundo. Consecuentemente, es una característica fundamental y universal de las lenguas habladas.

Las consonantes se producen mediante la obstrucción parcial o completa del tracto vocal. El lugar y el modo de las obstrucciones determinan la consonante articulada.

Muy esquemáticamente, las consonantes comprenden las labiales, producidas por la constricción de los labios; las dentales, cuyo lugar de articulación es la punta de la lengua y los dientes; las palatales, que exigen una articulación a lo largo del paladar; y las velares, producidas por la articulación del velo del paladar.

El modo de articulación que acompaña al lugar de articulación remite a los modos de obstrucción del tracto vocal. Las obstrucciones pueden ser completas, como en el caso de las oclusivas (*p, b, d, t, k, g*), o bien, parciales, como en el caso de las fricativas (*f, s, ch, v*, etc.) y las laterales (*l*). Los lugares de obstrucción en el

tracto vocal modulan la producción de las diversas consonantes.

Los diferentes lugares y modos de articulación permiten producir una importante gama de sonidos consonánticos. En efecto, las lenguas utilizan un repertorio muy variable de consonantes: de ocho, en el caso del hawaiano, a más de 90, en el caso de ciertas lenguas urálicas o africanas.

Las vocales son la “pulpa” de las palabras y de las lenguas, mientras que las consonantes representan su “armazón”, más correosa, como lo escribió poéticamente Ernst Jünger. Las vocales se producen cuando el aire fluye sin obstrucción para formar un sonido del lenguaje. La configuración del tracto vocal en el momento del libre paso del aire produce las diferentes vocales. Por su simplicidad, las vocales se vinculan con los sonidos elementales. En francés y en español conocemos cinco (*a, e, i, o, u*), a las que se añade la *y*, una semivocal (en realidad, en francés existen al menos 12 vocales fonológicas, puesto que es necesario incluir las vocales nasales que se escriben *an, in, on, en* y *un*, pero que representan solamente un sonido vocálico nasalizado).

No todas las lenguas tienen el mismo número de vocales: si bien ciertos sonidos vocálicos (*i, a, u*) se encuentran en todas las lenguas, el repertorio es muy variable. Se ha contado una quincena de lenguas que solamente tienen tres vocales, mientras que una decena de ellas cuenta con más de 17.

Las vocales poseen una cualidad acústica que da su “color” a la palabra. También portan las marcas de acento, intensidad y altura en las lenguas de tonos, así

como en los énfasis. A ello se debe que sean las amigas íntimas de los poetas y los músicos, que riman basándose en ellas o juegan con su color y su sonoridad para crear las sutilezas de las sensaciones o las emociones.

¿POSEEN LOS SONIDOS UNA POESÍA “NATURAL”?

Goethe había asociado las vocales altas anteriores, como la *i* y la *e*, con los colores de alta frecuencia. Y eso es lo que hacen los niños y la mayoría de los adultos.

Nosotros llevamos a cabo un experimento en el que unos niños muy jóvenes oían vocales retransmitidas por una grabadora. Delante de ellos tenían las imágenes de seis animales iguales, cada una de un color distinto, correspondiente a uno de los colores del arco iris. Los niños debían atribuir a uno de los animales el “grito vocálico” producido. De manera preferente, asignaron el sonido /i/ a los animales amarillos o rojos, el sonido /u/ a los animales verdes, el sonido /o/ a los animales violeta, y el sonido /iu/ a los animales azules o violeta. Vincularon los colores cálidos a las vocales altas anteriores, y los colores fríos a las vocales posteriores. La clasificación de los niños coincide con el análisis de Goethe, quien vinculaba los sonidos de alta frecuencia a los colores cálidos y los sonidos de baja frecuencia a los colores fríos. Como Goethe y contrariamente al poeta Rimbaud, que veía negra la /a/, los niños tienen la impresión de que esa vocal es naranja o roja. Las consonantes no parecen estimular el mismo vínculo de color; no obstante, un científico

como Richard Feynman veía en colores las letras de las ecuaciones, particularmente las de las ecuaciones más complejas: ¡la *n*, azul-violeta; la *x*, marrón-negro, y la *y*, luminosa! Algunos pintores dicen que “ven” todas las letras en colores.

Ernst Jünger tenía un enfoque diferente: no era tanto el “color” de las vocales lo que le interesaba cuanto su valor simbólico y su significado carnal. El placer y el dolor se eximen de la *a* y la *o*, que, según él, son sonidos propicios a los valores altivos y luminosos de fuerza y admiración. La *i* es malévola y desdeñosa, pero también es la vida; en cuanto a la *iu*, es fúnebre y es como la muerte. Jünger extraía de su presencia y su alternancia todo un juego de sensaciones y percepciones sensoriales; y alimentaba con ellas sus reflexiones y análisis de la poesía alemana.

Todos los poetas han jugado con el valor de los sonidos vocálicos y consonánticos, con los efectos de sus combinaciones y sus aliteraciones. La armonía imitativa de “pour qui sont ces serpents que sifflent sur nos têtes” [“para quién son esas serpientes que silban sobre nuestras cabezas”], verso muy conocido del gran Racine, comunica a todos el escalofrío de Fedra al evocar, con la repetición de las consonantes *s* y *f*, el silbido de las serpientes. Con “Ombres nées de la fumée de vos fumigations” [“Sombras surgidas del humo de vuestras fumigaciones”], Paul Morand nos hace sentir la respiración sibilante de Proust.

Las relaciones entre la sonoridad y las ideas o las cosas son profundas. Victor Hugo es un genio cuando se trata de utilizar el valor sonoro de las palabras para crear imágenes grandiosas como el combate de Olivier

y Roland, para el cual juega con nasales sombrías y grupos de consonantes ásperas (“Et maintenant, sourds, effarés, béants / À grands coups de troncs d’arbres ainsi que des géants” [“Y ahora, sordos, estupefactos, boquiabiertos / A grandes golpes de tronco de árbol así como de gigantes”]); o para crear la languidez del momento; en este último caso, utiliza vocales que redondean la boca como para un beso (*o* y *u*) y crean los colores apagados del atardecer: “On était dans les mois où la nature est douce / les collines ayant des lys au sommet” [“Eran los meses cuando la naturaleza es suave / con las cimas de las colinas llenas de lises”]. No encontramos aquí los grupos consonánticos ásperos (*dr*, *gr*, *tr*, *br*) de los primeros versos, sino líquidos, que dejan fluir el aire suavemente. ¡Qué arte!

Racine, al igual que Jünger, veía la *iu* mortífera en estos versos: “Ariane ma sœur de quel amour blessée / Vous mourûtes aux bords où vous fûtes laissée?” [“Ariadna, hermana mía, ¿de qué amor herido / moristeis en la orilla donde fuisteis abandonada?”]. O en éste que, después de una nasal “sombria”, */on/*, marca la caída con un final en *iu*: “Oh! toi qui vois la honte où je suis descendue?” [“¡Oh!, tú, que ves la deshonra a que he descendido”].

¿QUÉ ES UNA SÍLABA?

Cuando hablamos articulamos sílabas. La sílaba es la unidad de articulación en todas las lenguas. Está compuesta de una vocal aislada, o bien de una vocal acompañada de una o varias consonantes. Cada vocal articulada indica una sílaba. La vocal es el núcleo de la

sílaba. Las fronteras consonánticas que rodean ese núcleo pueden comportar una o varias consonantes. La mayoría de las consonantes no se pueden producir aisladamente (aunque existen excepciones, como en las lenguas de clics), sino, en general, van acompañadas siempre de un sonido vocálico. El francés evita las sílabas demasiado complejas: la mayoría de las sílabas son del tipo CV, CCV o CVC. Encontramos sílabas más complejas, como /*stran*/, primera sílaba de la palabra “strangulation” (estrangulación), o /*strict*/ (estricto). En español, la mayoría de las sílabas también son poco complejas: V, CV, CCV, CVC. Las sílabas del inglés son a menudo más complejas, pero eso no es nada en comparación con algunas lenguas como el polonés; por ejemplo en la palabra *¡chrzaszcz!*

El niño de pecho comienza a producir sílabas hacia los siete meses de edad, cuando comienza a balbucear. Aprende muy rápidamente cuáles son las sílabas posibles en su propia lengua y, a partir de los nueve meses, reacciona a las sílabas que no pertenecen a ella, pero prefiere escuchar las sílabas que muestren conformidad con las regularidades de su propia lengua.

¿CUÁL ES LA DIFERENCIA ENTRE FONÉTICA Y FONOLOGÍA?

En ocasiones se considera que la fonética es una disciplina que no pertenece a la lingüística. Los sonidos de una lengua son los elementos sonoros discriminativos más pequeños de una cadena hablada y la fonética es el estudio de las condiciones de producción y

percepción de esos sonidos; da de ellos la descripción motriz, acústica y auditiva.

Por su parte, la fonología forma parte integral de la lingüística. Se habla de fonología para designar el estudio de la organización y las reglas que gobiernan los fonemas de una lengua dada. Los fonemas son los elementos constitutivos más pequeños de la cadena hablada que permiten una distinción semántica en una lengua dada.

Si digo: “le bain est encore chaud” [“el baño todavía está caliente”] y “le pain est encore chaud” [“el pan todavía está caliente”], la diferencia de sentido proviene de los sonidos /b/ y /p/, que introducen las palabras baño y pan. Los sonidos /b/ y /p/ son fonemas del francés y el español, pues establecen diferencias de sentido en esas lenguas. En sí mismos, carecen de sentido. Los oyentes del francés y el español deben percibir la diferencia entre los sonidos /b/ y /p/ para aprehender el sentido de las palabras bain [baño] y pain [pan].

En español, en las oraciones “la barra todavía está de pie” y “la parra todavía está de pie”, los sonidos que introducen *barra* y *parra*, /b/ y /p/, también son fonemas, porque establecen diferencias de sentido, por lo que los oyentes del español también deben percibir la diferencia entre esos sonidos para aprehender el sentido de las palabras “barra” y “parra”. En árabe, donde sólo el fonema /b/ forma parte del sistema fonológico, no sería posible distinguir dos palabras mediante esa oposición. Consecuentemente, ciertos fonemas que establecen una diferencia de sentido en una lengua y, por lo tanto, deben ser oídos para reconocer las palabras, no necesariamente establecen diferencias de sen-

tido en otras lenguas. Los hablantes de esa lengua pueden no “oír” la diferencia acústica entre esos fonemas sin que ello les cause inconvenientes.

El ejemplo más conocido es el de los fonemas /r/ y /l/. En francés se distingue entre palabras como “rit” y “lit” (“rito” y “lecho”) y, en español, entre palabras como “río” y “lío”, pero la diferencia sonora de esos fonemas no se utiliza en japonés, tanto así que los japoneses adultos no perciben diferencia alguna entre los miembros de esos dos pares de palabras y experimentan muchas dificultades para producir esa distinción en una lengua extranjera. Así, en una ocasión, al otro día de unas elecciones, un japonés creyó complacer a un ciudadano francés declarándole: “J’ai été très heureux d’apprendre l’érection de votre président” [“Me dio mucho gusto enterarme de la erección de su presidente”].

Las lenguas se realizan oralmente a través de la selección de fonemas que no son los mismos. Cada lengua tiene un sistema fonológico propio. El repertorio fonológico del rotocás —lengua papú de la isla de Bougainville, en Nueva Guinea— únicamente contiene 11 fonemas, y el repertorio del hawaiano 13, mientras que el del !xû, lengua khoisan de África del Sur, contiene ¡141 fonemas! Con todo, esos ejemplos son excepcionales; 70% de las lenguas del mundo tiene un sistema fonológico constituido por 20 o 30 fonemas.

El sistema fonológico de una lengua incluye el inventario de los fonemas que utiliza y la manera como se perciben y producen, así como las reglas que gobiernan su combinación; es decir, las maneras como pueden combinarse los fonemas de esa lengua para

producir palabras y las secuencias de fonemas admitidas. En el caso de las lenguas que establecen diferencias de sentido con acentos, como los tonos del chino o de las lenguas africanas y el acento tónico del español y, a veces, del inglés, la fonología incluye también los esquemas de entonación, esto es, la regularidad de la duración o del acento en la pronunciación de los sonidos.

La noción de fonema es relativamente reciente. Fue introducida en la década de 1920 por Nicolás Troubetskoy. Para ser más precisos, lo que es relativamente reciente es la conciencia que lleva a los análisis lingüísticos del fonema. En efecto, mucho antes de su "invención", la utilización de un signo gráfico como notación, ya no de las palabras o las sílabas sino de los sonidos, puso de manifiesto la conciencia del fonema. El lento pasaje de la pictografía, cuasiimagen, a la ideografía y el fonetismo marcó el descubrimiento de los sonidos constitutivos del habla. Aun cuando no hubiese sido explícitamente formulado, el análisis del habla en fonemas estaba implícito ya entre los creadores de la escritura alfabética, en la que cada letra correspondía en general a un fonema.

La lectura alfabética muestra que no es posible pronunciar aisladamente ciertos fonemas y que, para poder articularlos, deben ir acompañados de una vocal. No es posible articular la /p/ y la /b/ solas, entre otros fonemas. Cuando hablamos, preparamos la articulación de la consonante y la vocal al mismo tiempo. La sílaba es la unidad de articulación. Consecuentemente, los analfabetos tienen muchas dificultades para distinguir los fonemas, si acaso logran hacerlo.

Cuando se les pide suprimir el primer sonido de una palabra —por ejemplo el primer sonido de la palabra “paleta”—, responden como los niños pequeños que todavía no saben leer: “leta”, no “aleta”.

¿PRESTAMOS ATENCIÓN A CADA SONIDO PRODUCIDO?

La señal acústica del habla es muy compleja. Por una parte, se presenta bajo la forma de un flujo cuyas discontinuidades no corresponden siempre a las unidades de significado. Por otra parte, no existe una correspondencia estricta entre la señal acústica y los segmentos fonológicos. Las ocurrencias de un mismo segmento no son nunca idénticas acústicamente. Dependen del contexto en el que se encuentre ese segmento. Así, la primera y la segunda *b* de la palabra “baobab” son acústicamente diferentes de la última *b* de la misma palabra. En este caso, ¿cómo atribuir un valor estable a segmentos cuya manifestación física es diferente? Si fuese únicamente la señal acústica la que nos guiara sería una pesadilla.

Los investigadores de los Laboratorios Haskins de los Estados Unidos descubrieron la respuesta a ese dilema planteado por el sistema perceptivo del ser humano. Nuestro sistema psicoacústico tiene la capacidad de percibir la señal acústica bajo la forma de unidades discretas; es lo que se denomina “percepción categórica”. El sistema psicoacústico de los seres humanos percibe los sonidos conforme a “categorías” que neutralizan las diferencias acústicas y permite su reconocimiento. Esa propiedad del sistema perceptivo

del ser humano se observa a partir del nacimiento y permite la invariabilidad perceptiva de los sonidos.

Así, en el transcurso de la evolución se constituyeron paralelamente modos de percepción y producción que establecieron la selección de los sonidos que los seres humanos podemos discriminar y articular.

¿NO NOS ENGAÑAN NUNCA LOS SONIDOS DE HABLA QUE ESCUCHAMOS?

“Ocupémonos del sentido y dejemos que los sonidos se ocupen de sí mismos”, declaraba la duquesa de *Alicia en el país de las maravillas*. La duquesa inventada por Lewis Carroll está loca, pero nosotros, la gente sensata, también somos “atraídos” por el deseo de comprender. Así, llevamos a una palabra conocida una sucesión de sonidos que no corresponderían a ninguna palabra conocida. Consecuentemente, podemos equivocarnos.

En el transcurso de los experimentos de psicolingüística, si se elimina un segmento o una porción de señal de una palabra y si los oyentes no están conscientes de ello, se observa que éstos “restauran” la palabra que están persuadidos de haber oído. De la misma manera, una sucesión de fonemas que no existe en francés, como /dl/, se asimila a una sucesión frecuente y “legal” en francés. Los oyentes oyen /gl/, en particular si ello produce una palabra del francés: “Prenez des protéines et des dlucides au petit déjeuner” [“Consume proteínas y dlúcidos con el desayuno”] lo oyen muy a menudo como “Prenez des protéines et des glucides au petit déjeuner” [“Consume proteínas y glúcidos con el

desayuno”]. Todo oyente busca prioritariamente atribuir un sentido posible a lo que oye y, para ello, “borra” inconscientemente las distorsiones del habla; sin embargo, no es necesario que la distorsión sonora sea demasiado grande sino que la “restauración” automática e inconsciente ya no es posible.

Más generalmente, como ya se ha dicho, existe un desfase entre las propiedades físicas de la señal y nuestra percepción. En virtud de un fenómeno que los fonetistas denominan “asimilación de voiceo”, ciertos fonemas voiceados, como /b/, son pronunciados como no voiceados, /p/, en ciertos contextos: el fonema /b/ en palabras como *absurdo*, *absceso* o *subsecuente* se pronuncia como /p/, pero se “oye” como /b/, porque los oyentes no conocen palabras en la lengua que correspondan a las sucesiones *apsurdo*, *apsceso* o *supsecuente*. En consecuencia, influidos por la ortografía de la palabra, los oyentes “oyen” el fonema /b/, mientras que el sonido pronunciado corresponde acústicamente al fonema /p/.

Cuando se dice de alguien que “oyó lo que quiso oír”, en verdad se hace referencia a una desviación más general de lo escuchado; sin embargo, aun en el plano de la señal, el oyente no es una simple cinta de grabación. Nuestro conocimiento de la lengua y nuestra búsqueda de sentido dirigen nuestra percepción. Por lo demás, es necesario decir que, a pesar de la desviación de lo que se escucha, que hace concordar la sucesión de sonidos oída con la ortografía de las palabras de la lengua, ¡la asimilación perceptiva es el origen de muchas faltas de ortografía!

La ortografía del francés es, en particular, una gran embustera. En el caso de esa lengua, ya nada funciona

en la lectura y las irregularidades son muy numerosas; ciertos fonemas se ven desposeídos de su sonido o se les atribuye uno que no es el suyo mediante caprichos ortográficos que, por lo demás, a menudo tienen su explicación en la historia de las palabras: así, “femme” [“mujer”] se lee /fam/, “oignon” [“cebolla”] se lee /oñon/, etcétera.

¿QUÉ ES LA MÚSICA DE LA LENGUA?

La prosodia da a una lengua su envoltura “musical”. Caracteriza a la cadena hablada desde el punto de vista de la organización melódica (la voz sube o baja en el transcurso de los enunciados) y la dinámica (duración, ritmo).

La envoltura musical del habla se basa en parámetros acústicos que influyen en el eje temporal, es decir, a todo lo largo del enunciado. Las tres dimensiones principales que caracterizan la entonación son la frecuencia fundamental, la intensidad y la calidad de la voz. Las variaciones de altura de la voz actúan para generar la melodía o la entonación. Las variaciones de duración de los sonidos que actúan sobre las sílabas, particularmente sobre las vocales, y las de los silencios, así como los cambios de intensidad de los sonidos, concurren para dar al habla su ritmo. La organización de los aspectos temporales de las variaciones melódicas y la configuración de la intensidad del habla forman una parte constitutiva de la señal de habla tal como se realiza en las diferentes lenguas. En toda producción de lenguaje encontramos un ritmo y una entonación; sin embargo, no todas las lenguas utilizan las

variaciones de tono o de ritmo de la misma manera. Ciertas lenguas son muy cantarinas, otras muy monótonas, pues exigen menos juego de acentuación y menos marcas de ritmo.

¿QUÉ ES UNA LENGUA TONAL?

De acuerdo con lo anterior, cuando producimos un enunciado la altura de la voz y la distribución de la duración de las sílabas a todo lo largo del enunciado son moduladas conforme a los principios sintácticos, que, a su vez, son regulados por las lenguas: en las llamadas lenguas “tonales” o, en ocasiones, en las lenguas de acento tónico, las variaciones de tono, intensidad o duración de las sílabas tienen otras funciones lingüísticas. Constituyen un elemento del léxico.

En las lenguas tonales, como las del sudeste de Asia, o ciertas lenguas africanas, las marcas tonales silábicas son necesarias para dar sentido a las palabras. Son elementos específicos de esas lenguas de la misma manera que lo son los fonemas. Así, en chino, la sílaba /ma/ dicha con un tono ascendente significa “cáñamo/lino”; con un tono alto llano, “mamá/instante/momento”; y con un tono descendente, “refunfuñar/gruñir”.

Por su parte, las lenguas de acento tónico se caracterizan por una sucesión de sílabas acentuadas y sílabas no acentuadas cuyo lugar es generalmente fijo en la lengua. El inglés acentúa la primera sílaba de las palabras bisilábicas en más de 85 % de los casos; el italiano hace recaer el acento en la antepenúltima sílaba

y el húngaro en la sílaba final. Usualmente, la acentuación no cambia el sentido de las palabras, pero sirve como fundamento de una pronunciación correcta de la lengua que frecuentemente es necesaria para su comprensión. En algunas lenguas, en el caso de una misma forma, el acento tónico diferencia el uso de esa forma en cuanto nombre o en cuanto verbo —como en el inglés; por ejemplo: la palabra *permit* acentuada en la primera sílaba significa “permiso”, mientras que cuando se acentúa en la segunda sílaba se trata del verbo “permitir”—, o en cuanto dos palabras con sentidos distintos —como en el español: “salto” [sálto], nombre, y “saltó”, forma verbal; “hablo” [háblo] y “habló”, las dos, formas verbales.

LA ALTURA Y EL TIMBRE

Los parámetros acústicos del habla se analizan con oscilógrafos y analizadores de la melodía. Las variaciones de frecuencia fundamental, medidas en hercios (Hz), y las variaciones de intensidad de la señal, medidas en decibeles, constituyen las variaciones de la onda sonora de la señal de habla.

Se denomina frecuencia fundamental a la frecuencia con que vibran las cuerdas vocales. Ella da la altura de la voz: cuanto más rápidamente vibran las cuerdas vocales tanto más alta es la frecuencia. La voz humana funciona en los registros de alturas que pueden ir de 40 a 70 Hz, aproximadamente, en el caso de los adultos. La voz de los hombres es la más grave, mientras que la voz de los niños es la más aguda.

Cuanto más largo es el tracto vocal tanto más grave es, en principio, la voz; pero muchos otros factores interfieren con ese principio, como algunos factores genéticos: ciertos grupos humanos son conocidos por su voz grave, como los famosos cosacos del Don; y también intervienen algunos factores culturales: en ciertos países, como Japón, las mujeres deben hablar con una voz aguda.

El timbre de un sonido o de una voz es muy complejo y difícil de definir, porque depende de varios factores. Es diferente de la altura y de la sonoridad y otorga la característica de la sensación auditiva. Se habla de un sonido expresivo, pleno, compacto, etc.; se dice que una voz es bien timbrada cuando es equilibrada.

¿POR QUÉ RECONOCEMOS A UNA PERSONA POR SU VOZ?

“La voz del que clama en el desierto”, “la voz del pueblo”, “la voz de Dios”: la voz es el símbolo del habla porque la porta y le otorga su tonalidad, su fondo y su forma.

Las voces nos introducen al mundo de la escucha. El feto no ve, pero oye desde el sexto mes y su capacidad sensorial es impregnada por la voz de su madre, la cual reconoce al nacimiento, así como es sensible a los sonidos que lo han acompañado.

Cada voz es personal, tan personal como lo es el rostro. Permite reconocer a un ser con precisión. La voz de alguien tiene un timbre y un registro propios, pero también revela su manera de hablar su lengua, cuyos ritmos y modulaciones marca de manera origi-

nal. Todas esas características concurren para identificar a un interlocutor, así como su sexo, edad, proveniencia y educación. La voz se constituye también mediante la fisiología del individuo (cuanto más largas son las cuerdas vocales tanto más grave es la voz) y mediante las características de las lenguas, cada una de las cuales ofrece gamas de sonidos, acentos y ritmos diferentes.

La prosodia y la voz indican también nuestro estado emocional. El asombro, la cólera, la sorpresa, la ternura, etc., se reconocen fácilmente. Consciente o inconscientemente, las emociones influyen en la tensión de las cuerdas vocales y, por ende, en la altura de la voz. Se sabe que la angustia nos “hace un nudo en la garganta” y, así, transmite a nuestra voz una tensión muy reconocible.

¿PARA QUÉ SIRVE LA PROSODIA?

La prosodia no solamente hace más agradable nuestra manera de hablar, ¡es lo que hace “escuchable” el habla! La mejor ilustración del hecho de que la dinámica melódica organizada del habla es esencial para “oír” el lenguaje es un ejemplo *a contrario*. En el transcurso de los primeros intentos de creación del habla sintética, en los años cincuenta y sesenta, no se había creído necesario añadir variaciones melódicas y rítmicas a los grupos de sonidos artificiales. Se consideraba entonces que la sucesión de palabras correctamente articuladas bastaba para remplazar el habla natural y transmitir válidamente los mensajes. Muy rápidamen-

te se comprendió que escuchar el encadenamiento de palabras pronunciadas con un tono monócorde era no solamente insoportable sino que ¡incluso se dejaba de prestarles atención y de comprenderlas!

Las variaciones prosódicas no son únicamente ornamentos que hagan más agradable el habla; también poseen funciones lingüísticas. Ayudan a la segmentación del discurso, pues la entonación se combina con la sintaxis para dar las indicaciones sobre los bloques concretos que se deben segmentar para comprender su sentido. Así, en francés, el final de los grupos de palabras y de oraciones se marca mediante una caída de la acentuación. Las variaciones de entonación también permiten distinguir las modalidades de oraciones. En francés una curva ascendente es característica de la interrogación, mientras que una curva descendente al final de la oración se asocia a los otros enunciados.

La entonación nos ayuda a eliminar ciertas ambigüedades según si marcamos o no un corte en la proposición. En francés la *oración* “Des vendeurs de ordinateurs danois se sont installés dans cette boutique” [“Unos vendedores de ordenadores daneses se instalaron en esta tienda”] se presta a dos interpretaciones: “unos vendedores de / ordenadores daneses/” o bien, “unos vendedores de ordenadores /daneses/”; pero una ligera prolongación de la duración y una ligera modificación de la altura de la voz entre “vendedores” y “ordenadores” o entre “ordenadores” y “daneses” permiten establecer la diferencia de sentido.

Otro aspecto interesante y muy mal conocido de la prosodia es la función que desempeña en la canaliza-

ción de la comunicación. Los indicios prosódicos facilitan la rotación de los turnos de quienes hablan, indicando a nuestro interlocutor el final de nuestras oraciones. ¡El aviso es útil para no cortarse mucho la palabra! Se decía que la señora Thatcher nunca utilizaba los indicios prosódicos que habrían permitido a sus interlocutores tomar la palabra. ¡Era un buen medio para conservarla y protegerse de los contradictores!

El manejo de la entonación es primordial para los oradores y los actores, quienes utilizan las rupturas, las acentuaciones, las aceleraciones de ritmo, la elevación o la baja de altura de la voz y muchas otras maniobras para producir efectos retóricos o artísticos. ¡Rompen la monotonía del discurso para no dejar que el auditorio se duerma! La lectura de los discursos de Hitler revela la gran banalidad de su pensamiento, pero esta última estaba oculta tras un asombroso manejo de las entonaciones y mediante un juego de la voz cuyos efectos magnetizaban a las multitudes.

Más generalmente, la manera como se utiliza la entonación marca la verdadera intención del hablante. En el énfasis, lo fuerte del tono señala lo que se quiere poner de relieve. El tono irónico, más sutil y en ocasiones desconocido, sobre todo por aquellos que no dominan muy bien la lengua, permite invertir el sentido de un enunciado.

“¡Eres un pillo!” no se dice con la misma entonación si se quiere felicitar a alguien o reprobarlo. Muchas “frasecillas” son a menudo muy ambiguas, pues se pronuncian con un tono que no corresponde a su sentido sintáctico. La comprensión de un comentario como “sus propuestas son de una originalidad loca”

depende de los matices del tono; ¡a menudo es muy tonto quien toma al pie de la letra ese tipo de “cumplido”! Con todo, no siempre es fácil distinguir la ironía del cinismo o del simple humor. ¡Cuántos malentendidos nacen del juego de las entonaciones!

Durante mucho tiempo, la cadencia y escansión de las oraciones, así como los movimientos del cuerpo que las acompañaban, marcaron las recitaciones de la Biblia o del Corán, lo cual todavía ocurre en la actualidad entre los judíos y los musulmanes.

Las primeras grandes leyendas históricas se escanden. Los cantores griegos, los rapsodas, se ayudaban a menudo de panderetas o de instrumentos musicales que marcaban la escansión de sus recitaciones. Gracias al ritmo que le daba esa envoltura prosódica, el carácter musical de la prosa o la poesía se acentuaba y hacía más poderosos los efectos dramáticos, permitiendo al mismo tiempo una mejor memorización.

La prosodia también tiene una función primordial en el aprendizaje del lenguaje. Antes del nacimiento, el niño ya es sensible a ella; y después se apoya en ella para segmentar el lenguaje. Naturalmente, la comunicación afectiva, tan importante para el niño pequeño —al igual que para el adulto, por lo demás—, se transmite a través de la prosodia. Volveremos sobre este aspecto.

La prosodia es similar a la música. Un oído musical facilita el procesamiento de la prosodia y el aprendizaje de las lenguas extranjeras, muy particularmente de aquellas en las que las variaciones de intensidad o de duración cambian el sentido de las palabras, como es el caso de las lenguas de tonos.

Consecuentemente, la prosodia es necesaria no sólo para suministrar indicaciones lingüísticas sobre la organización de la oración y reflejar la subjetividad del interlocutor sino también para hacerla escuchable, memorizable, convincente, adormecedora, poética o dramática.

¿CÓMO TENER UN BUEN ACENTO?

Cuando se habla una lengua extranjera es raro, si no se aprendió siendo muy joven, que se pueda hablar sin marcas de la lengua materna. Estas últimas provienen, por una parte, de la fonología de la lengua (los fonemas utilizados y su pronunciación son específicos de las lenguas) y, por la otra, de la prosodia. Así, el estudio de algunos franceses que han vivido en los Estados Unidos muchos años, pero que sólo aprendieron el inglés en la adolescencia, demuestra que exageran la duración del voceo de la /t/ inglesa, más importante en inglés que en francés: lo aumentan demasiado. Se conoce el problema que plantea la articulación de las africadas, como la /*the*/ inglesa, que no existen en francés. Un adulto francés se encuentra casi imposibilitado de adquirir una pronunciación correcta de los sonidos “exóticos” para él, por ejemplo, las fricativas velares del árabe o los clics del !xú.

Con todo, la principal dificultad para adquirir un “buen acento” se vincula al dominio del ritmo de la lengua. El francés no es una lengua de acento sistemático sobre las palabras. Consecuentemente, los franceses tienen muchas dificultades para adquirir el hábito

sistemático de acentuar la primera sílaba de las palabras inglesas o la antepenúltima de las palabras italianas; sin contar con que, en español, ¡el acento puede ir sobre la última, la penúltima, la antepenúltima o la antepenúltima sílaba de una palabra y, en ocasiones, en una sílaba aún más alejada de la última! Realmente hay que felicitar a los políglotas que no tienen acento.

¿POR QUÉ CIERTAS LENGUAS SINTONIZAN BIEN CON CIERTA MÚSICA?

La modalidad de la musicalización de un texto se fundamenta en la prosodia, el ritmo y el color de los sonidos de la lengua de que se trate. Se puede pensar que ciertas lenguas están más “naturalmente” sintonizadas con la música, ¡pero la música es muy diversa! y ¡los juicios sobre esos temas son tan personales! La música también se adapta a las lenguas; sin embargo, el problema de las relaciones de la lengua con la música ha hecho correr ríos de tinta.

En el siglo xvii, Guistiniani escribía: “Los franceses cantan, los españoles ululan, los alemanes gruñen y los italianos lloran”. La adecuación de la línea melódica a la prosodia de la lengua encontró un ejemplo acabado en Monteverdi, a comienzos del siglo xvii; pero el nacimiento de la ópera y la acción dramática iba a cambiar la relación entre la letra y la música.

En el siglo xvii, una célebre disputa opuso a los partidarios de la música francesa, aferrados a la primacía de la letra, y los partidarios de la ópera italiana,

aferrados al lirismo. Un siglo más tarde, Rousseau, partidario de la ópera italiana, estimaba que no podía cantarse en francés. Según él, otras formas musicales estaban más particularmente adaptadas a la prosodia, el ritmo y el color de los sonidos del francés. Esperando que un día un compositor francés compusiera recitativos adaptados a la simplicidad y claridad de nuestra lengua, casi anunciaba *Pelléas et Mélisande*. “Los recitativos deberían tener pocas notas sostenidas y no parecerse a un canto”, escribía. Es cierto que, con su prosodia poco modulada y sus fonemas poco brillantes (la famosa *e* llamada muda), el francés no “suena” tan bien como el italiano ni ritma tan bien como las lenguas que tienen fuertes acentos tónicos. Le hace falta una música más graduada, menos rítmica. ¡No mucha tendencia!

En el siglo XIX, Wagner pretendía que únicamente el alemán era una lengua de ópera. La música y el sentido de la letra debían coincidir. “La música, en cuanto mujer, debe ser fecundada por el poeta”, clamaba. Consecuentemente, sólo la acentuación del alemán, que privilegia el acento sobre las sílabas fundamentales y no sobre las vocales, podía “ser capaz de dar vida a la expresión artística”. Esta visión bastante machista dio a luz grandes obras, pero también pesados vagabundos filosóficos.

La música actual se basa más en el ritmo que en una melodía sutil o en la “fecundación” de la poesía. La acentuación de la primera sílaba en inglés permite marcar los *beats* (las pulsaciones) y amplifica los efectos del ritmo que el francés no suministra de manera natural. Consecuentemente, el rock y la música pop se

inclinaron por el inglés. El rap es una forma extrema de ritmo casi sin melodía.

Como vemos, la lengua, incluso el sentido, y la música “se fecundan mutuamente”. No existe prosodia “inadaptada” a la música, sino teorías y modalidades musicales implícitamente mejor adaptadas a cierta prosodia. ¡Felizmente, a veces la creación surge también de la inadaptación!

¿PARA QUÉ SIRVE LA GRAMÁTICA?

Naturalmente, podemos hablar sin haber sido instruidos en los modelos de análisis de lo escrito. Se puede decir “nada la divierte” o “un nada la divierte” sin estar conscientes de que, en un caso, “nada” es un pronombre y, en el otro, un nombre. La competencia gramatical que nos permite producir oraciones no depende de las lecciones de gramática que recibamos. Esa competencia forma parte esencial de nuestra intuición lingüística, de la capacidad que tienen los seres humanos para expresarse y comprender el lenguaje hablado en el seno de su comunidad lingüística. Las oraciones y proposiciones que todos comprenden son “gramaticales”, aun cuando los puristas de la lengua puedan encontrar en ellas cosas criticables en cuanto a su forma. El estudio de la gramática permite analizar la estructura y el funcionamiento de la lengua.

La palabra “gramática” sigue provocando escalofríos a los que sufrieron durante años en los pupitres de la escuela para integrar y tratar de respetar no solamente las reglas, sino también las directrices que permiten

hablar y escribir una lengua académica. Ahora bien, por una parte, el conocimiento explícito de la gramática no es indispensable para hablar bien y, por otra, el lenguaje hablado se aparta sensiblemente del lenguaje escrito. La noción de oraciones bellas en el sentido académico se desvanece en el lenguaje cotidiano de la lengua hablada que aprendemos. La gramática nos proporciona las reglas que determinan el sentido de las palabras y las oraciones en nuestra lengua tal como "debería" hablarse según los gramáticos; pero la lengua hablada se aparta muy a menudo del "lenguaje bello" o incluso muy simplemente del lenguaje "correcto" y esa intuición lingüística permite a los interlocutores comprender lo que se dice.

La escritura de la lengua que se habla en torno a nosotros muestra que, en una conversación banal, las oraciones son cortadas, incompletas, poco gramaticales en el sentido clásico del término, como en el lenguaje popular. Desgraciadamente, los propósitos más formales de la gente de la radio, por ejemplo, también están contaminados y son poco académicos. Es un poco triste.

El francés clásico es, ¿es necesario decir era?, una lengua muy bella. Sigue siendo muy agradable y encantador oír hablar con preciosismo, tanto más cuanto que es raro. Aun manteniéndose actual y deseando ser creativo, el lenguaje no tiene razón ni excusa alguna para empobrecerse, ser simplista o, en caso extremo, ser agramatical. Por el contrario, debe seguir siendo una fuente abundante de la renovación y la creatividad necesarias para poner al día una lengua adaptada a su época.

¿No declaraba Malherbe, quien contribuyó a fijar las normas de rigor en los orígenes del francés clásico, que sus maestros de lenguaje fueron los mozos de cuerda del Puerto de los Almiares? Antes de que se fijaran las reglas estilísticas del francés —y de su ortografía—, se permitían amplias fluctuaciones gramaticales. ¡Qué lengua tan suculenta la de Rabelais o la de Montaigne!

Cuando se habla de gramática se entiende el conjunto de las reglas que determinan la organización de las palabras y las oraciones en la lengua hablada. Es una entidad muy vasta que establece el vínculo de la articulación de las señales con los sentidos. En ese sentido amplio del término, comprende la fonología, el léxico, la morfología, la sintaxis, la semántica y las funciones de comunicación que esos aspectos aseguran.

La fonología, recordémoslo, determina el conjunto de los fonemas y de su disposición silábica en la lengua; el léxico corresponde al conocimiento de las unidades de sentido, tales como los nombres y los verbos; la morfología trata de la formación de las palabras; la sintaxis es la parte de la gramática que describe las reglas de combinación de las palabras en los sintagmas (grupos de palabras que se comportan como una unidad en una oración) y en las oraciones. Los estudios semánticos que analizan el sentido de las expresiones verbales precisan tanto el sentido de las palabras y las expresiones como sus reglas de utilización. Dada la pluralidad de sentidos que puede adquirir la mayoría de las unidades lingüísticas y expresiones, el hecho de asociar sentido a las palabras y a las expre-

siones verbales no es tan simple; ¡así de reacio es el sentido a que se le constriña! Con la pragmática se reintroduce el interlocutor y el contexto en que se actualizan la lengua y sus modos de funcionamiento en la comunicación.

Vamos a abordar sin temor ese tema, no en cuanto lingüistas ni en cuanto gramáticos cuidadosos de la nomenclatura gramatical, sino únicamente en cuanto curiosos, a la vez muy expertos, puesto que todos dominamos el uso de nuestra lengua, y en cuanto “turistas” un poco vacilantes sobre la arquitectura y el funcionamiento del objeto lenguaje, que nos es demasiado familiar para que, a veces, pensemos en plantearnos interrogantes sobre él.

¿CÓMO SE ELABORARON LAS GRAMÁTICAS DE LAS LENGUAS?

Sin duda alguna, el potencial lingüístico universal, nuestra predeterminación para el lenguaje, abrió los surcos de las posibilidades gramaticales que las lenguas siguieron; pero cada lengua explotó esas posibilidades de una manera diferente. No conocemos las primeras gramáticas. Sabemos que, en la actualidad, las grandes familias de lenguas presentan reglas singulares que explican las estructuras gramaticales. Las gramáticas de las lenguas que no pertenecen a las mismas familias lingüísticas presentan variaciones de estructura importantes. La gramática de las lenguas ha evolucionado con el transcurso del tiempo y continúa evolucionando. De la variabilidad de las lenguas se desprenden cier-

tos principios muy generales. Según Noam Chomsky, el origen del esquema básico inherente a las gramáticas de todas las lenguas parece haber sido una “gramática universal”, la cual estableció los principios universales que gobiernan las superreglas de todas las lenguas. Esos principios “universales” parecen explicar la capacidad que tienen los seres humanos para aprender, producir y comprender el lenguaje, aunque, en el presente, aún están lejos de haber sido formalmente registrados y únicamente se reconoce que algunos de ellos constituyen la base de los caracteres comunes a los lenguajes humanos.

En el transcurso de los siglos se han expuesto muchas hipótesis para explicar las estructuras y el funcionamiento de la gramática de las lenguas. Grecia y Roma poseían escuelas de gramática. Por las necesidades de la retórica, los sofistas griegos se interesaron en la estructura gramatical de su lengua. Protágoras ofrece la definición de los sinónimos, mientras que Aristóteles, siguiendo a Demócrito, analiza lo que “simbolizan” el nombre, el verbo y las partículas: artículos, adverbios y casos, vinculados con las flexiones. En el siglo II antes de nuestra era los gramáticos griegos, latinos y alejandrinos, divididos en dos escuelas rivales y conflictivas, se opusieron respecto a las relaciones entre los nombres y el lenguaje. Alejandría y Roma tuvieron gramáticos célebres. Desde el siglo V antes de nuestra era hasta nuestros días los lingüistas de todos los países han descrito, comparado y propuesto reglas. ¡Erasmus decía que existían tantas gramáticas como gramáticos y aún más!

No abordaremos la historia de las obras ni de las

numerosas disputas que el origen o la definición de los principios gramaticales suscitaron entre los lingüistas. Como decía un sabio cuyo nombre se ha perdido: “La mayoría de las ocasiones de perturbaciones en el mundo son gramáticas”. Desde la Antigüedad, en efecto, la pasión por el estudio del lenguaje y las estructuras de las lenguas se ha mantenido como un tema de conflictos tan pasionales como intelectuales; pero tanto los trabajos de los gramáticos como todos los debates sobre el lenguaje, ya fuesen conflictivos o no, han sido herramientas maravillosas de búsqueda intelectual y de investigación de la mente humana para los lingüistas, los filósofos y los lógicos. Y para todos nosotros.

Todavía en el presente, la incertidumbre y la diversidad de las opiniones y las exigencias siguen siendo importantes en las ciencias del lenguaje. En lo concerniente a la gramática, el simple hecho de que unos la definan como “ciencia del lenguaje” y otros la consideren el arte de hablar correctamente pone de manifiesto la separación que existe entre los enfoques y las reflexiones que puede suscitar.

A partir del mundo griego, la tarea principal de todas las escuelas de gramática ha sido siempre hacer aprender la gramática a los alumnos. Para ello, en general, los maestros hacían aprender de memoria a los niños las reglas gramaticales. ¡Quién no ha pasado por eso! Parece ser que ese tipo de enseñanza ha perdurado y que el aprendizaje de memoria de reglas que muy frecuentemente no comprenden sigue siendo el único medio para “enseñar” a los niños ¡las reglas que utilizan cotidianamente desde su más temprana edad!

Pero dejemos dormir a los antiguos gramáticos y

volvamos a épocas más cercanas. En lo concerniente al francés, en 1700, queriendo poner orden tanto en la lengua como en la arquitectura de sus castillos, Luis XIV había pedido a la Academia Francesa una gramática oficial; sin embargo, a consecuencia de esos famosos conflictos internos tan usuales entre los gramáticos, dicha gramática nunca vio la luz del día: el proyecto fue abandonado en 1719. Después de ese intento han sido propuestas muchas gramáticas del francés, comenzando por la muy famosa gramática de Port-Royal.

¿UNA GRAMÁTICA O VARIAS GRAMÁTICAS?

Mencionaré simplemente los diferentes tipos de gramáticas propuestas por los lingüistas: las gramáticas generales, las gramáticas instrumentales, las gramáticas comparadas y las gramáticas históricas; y me extenderé un poco más sobre la gramática generativa propuesta por Noam Chomsky.

Las gramáticas instrumentales tienen por objeto enseñar a los niños y los adultos las reglas de su lengua. Se trata de gramáticas descriptivas que indican los principios que gobiernan la lengua y prescriben los preceptos del bien hablar o, más bien, del bien escribir de la lengua canónica. Como ya lo hemos visto, el lenguaje hablado que constituye nuestra comunicación cotidiana no se ajusta ni a unos ni a otros en todos los aspectos.

Las gramáticas generales pretenden enunciar un conjunto de principios a los que todas las lenguas obe-

decen. Parten de la idea de que las reglas de la lengua son inseparables de una lógica de pensamiento y que las diferentes lenguas son realizaciones particulares de una gramática sometida a ese principio. La gramática de Port-Royal pertenece a esa categoría. En realidad, la gramática de Port-Royal se presenta como una gramática “ideológica” elaborada para demostrar que el francés tenía un marco y una estructura lógicas tan firmes como el latín. No hay que olvidar que, todavía en el siglo xvii, el latín seguía siendo la lengua de referencia para los pensadores de la época. Con el de Port-Royal, el nombre de Condillac se relaciona con esas gramáticas, consideradas como reflexiones que competen al campo de la lógica formal.

Las gramáticas comparadas se dedican a establecer las correspondencias entre las lenguas y, en particular, a comparar sus elementos y su funcionamiento. Desde ese punto de vista, se han apoyado más particularmente en la fonética y la fonología. Esas gramáticas ofrecen enfoques interesantes para los científicos.

Las gramáticas históricas intentan rastrear la historia de las formas gramaticales y sus usos en el transcurso de la evolución de las lenguas. Buscan encontrar sus primeras formas y la historia de sus modificaciones. Dado que toda lengua es una materia en movimiento, esas gramáticas se han dedicado a describir su derrotero y, con ese propósito, introdujeron la psicología como disciplina anexa.

La gramática generativa, propuesta por Noam Chomsky, trastornó radicalmente los enfoques lingüísticos a principios de los años setenta. La gramática generativa entra en el marco de las gramáticas “uni-

versales”; pretende no formular las reglas de una lengua, sino ofrecer una caracterización explícita y exhaustiva de la intuición lingüística de todo individuo. Debe explicar el conocimiento implícito —de la competencia— que un hablante ideal tiene de su lengua. Noam Chomsky parte de la idea de que, dado que el potencial lingüístico es universal, existe un programa gramatical “incorporado” en la mente del ser humano. Su meta es extraer los principios que permiten la descripción completa de todas las oraciones de la lengua e, idealmente, de todas las lenguas. Los principios que ocultan las lenguas son sistemas formales que explican la intuición lingüística de los individuos y permiten la comprensión y la producción de un número ilimitado de oraciones.

Es cierto que nadie ha hecho todavía la descripción completa de la gramática formal de una lengua ni de la gramática “universal”, pues los fenómenos que entran en juego en las lenguas son bastante numerosos y demasiado complejos como para que se haya logrado llevar a cabo los trabajos que permitirían hacer una descripción formal completa de esos fenómenos en el sentido definido por la gramática generativa; sin embargo, gracias a este enfoque, se ha demostrado que era razonable plantear los sistemas formales como un poderoso medio, tal vez el único, para investigar las operaciones que entran en juego en el lenguaje.

La idea de que ciertas bases biológicas implican la capacidad “innata” de aprendizaje del lenguaje ha sido muy fecunda. Esa idea ha inspirado las investigaciones sobre esa capacidad precoz que, se supone, forma parte del “circuito” innato que permite al niño extraer

las regularidades de su lengua. Consecuentemente, todo el mundo admite ahora que la rapidez con que los niños llevan a cabo el aprendizaje de una lengua únicamente se puede explicar mediante la existencia de mecanismos que forman parte del equipo genético de la especie humana.

¿QUÉ ES UNA PALABRA?

Todo el mundo tiene una idea de lo que es una palabra. Vivimos entre las palabras. “Pedro”, “Pablo”, “París”, “amigo”, “canguro”, “pino”, “amor”, “sol”, “desear”, “bonito”, “intensamente”, “en” y “reír” son palabras. En nuestra vida cotidiana, una palabra corresponde a una unidad lingüística. Es una entidad que hemos aprendido —¡la primera palabra de los niños!— y que tiene un sentido para nosotros. También es una unidad que creamos a veces para expresar lo nuevo, con la que podemos comunicarnos, pensar o jugar, para reír o para liberarnos de la angustia.

Extrañamente, el término *mot* (palabra) del francés viene del latín vulgar *muttum*, que significaba “gruñido-refunfuño”. La palabra “verbo”, que viene del término latín culto *verbum*, es la que significa “palabra”. En el francés, los refunfuños-gruñidos del latín vulgar se ennoblecieron al dar el término genérico *mot*, que incluye los nombres, verbos, adjetivos, adverbios y toda la danza de las palabras de unión y relación que las acompañan.

Es sorprendente ver cuántas interrogantes plantea la palabra. Es ella la que nos va a servir como llave

para penetrar en los complicados arcanos de las relaciones entre los signos y las representaciones, al igual que entre las relaciones de sentido en el espacio y el tiempo, entre lo “dicho” y su interpretación. Asimismo, con ella abordaremos, en primer lugar, el problema de la creatividad de la lengua y de las diferencias entre las lenguas.

¿POR QUÉ SON ARBITRARIOS LOS SIGNOS?

El ginebrino Ferdinand de Saussure marcó con su huella el florecimiento de la lingüística a comienzos del siglo xx. Según él, la palabra —o, más bien, el signo, de acuerdo con su terminología— no es el resultado de la asociación entre los elementos materiales que representan los sonidos (las formas fonéticas) y los objetos o contenidos a los que se refieren, sino de la asociación entre un “significante” y un “significado”. La imagen acústica es el significante, mientras que el concepto es el significado. Esos dos campos, distintos en la realidad, se encuentran realmente vinculados. En efecto, se dispone, por una parte, de una representación elaborada a partir de una imagen acústica y, por la otra, de una representación basada en un concepto. De Saussure planteaba que el vínculo entre esas dos caras de una misma noción es “necesario”, mientras que la relación entre el signo (que designa la asociación del significado con el significante) y el objeto que designa es arbitraria.

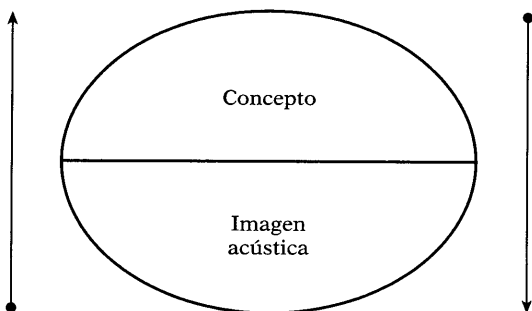


FIGURA II.1. *Gráfica de De Saussure.*

El signo está formado por el conjunto del concepto, o significado, y la imagen acústica, o significante.

La relación entre el signo y el objeto es arbitraria; depende de una decisión humana que no es motivada en relación con el significado. Los franceses llaman *cheval* a un animal que los españoles llaman "caballo", pero el significado es el mismo. De Saussure insistió en la naturaleza arbitraria del vínculo entre las formas sonoras y los objetos. Debe quedar claro que no existe ninguna razón para que la palabra "caballo" se atribuya de una manera natural al caballo. Por el contrario, la relación entre el significado y el significante no es arbitraria. Lo arbitrario únicamente existe en relación con el objeto material. En efecto, la relación entre el signo y el objeto se puede alterar (en francés antiguo se decía *destrier* [caballo de batalla] para designar al mismo animal), pero la relación entre el significante y el significado no es libre en cuanto

a la comunidad. ¡De otra manera, no nos comprenderíamos!

Este enfoque ha pasado por algunas revisiones, pero sigue siendo esencial para abordar la noción de palabra. Así, en el presente, se ha revisado un poco el original de De Saussure y ya no se habla de relación entre el signo y una cosa o contenido, sino de relación entre el signo y un sistema de valores originado por el objeto lingüístico. Consecuentemente, no existe la relación de un término a otro sino la elaboración de un signo lingüístico que adopta su valor por oposición a todos los otros signos.

Ya Montaigne había percibido el carácter arbitrario del signo. En el libro II de sus *Ensayos*, escribía: "Hay el nombre y la cosa: el nombre es una voz que señala y significa la cosa; el nombre no es una parte de la cosa ni de la sustancia; es una pieza extraña unida a la cosa y fuera de ella".

¿CÓMO SE PASA DE LA PALABRA AL SENTIDO?

El sentido dado por una palabra es una entidad mental. Su relación con el mundo exterior es arbitraria y de afinidad. Así, Charles Sanders Pierce habla de imagen mental, de intérprete que tiene efectos "energéticos y lógicos". El valor de la palabra se vincula con su pertenencia a un sistema. En la lengua, el valor de las entidades lingüísticas es de relación: todos los términos son dependientes del contexto y el sentido de las palabras únicamente se puede determinar en el seno del sistema que los organiza.

En “ese hombre grande y fuerte ascendió a la cima de la escala para arreglar el techo” y “ese gran hombre llegó a la cima de la escala al convertirse en jefe de Estado”, ni “gran” ni “escala” tienen el mismo sentido en las dos oraciones.

¿EN QUÉ CONSISTE LA REFERENCIA DE UNA PALABRA?

Gottlob Frege introdujo otra distinción fundamental entre sentido y referencia con el ejemplo clásico de las expresiones “estrella vespertina” y “estrella matutina”, que designan, ambas, al planeta Venus. Esas expresiones tienen un mismo referente, es decir, designan el mismo objeto, pero, dado que difieren en su manera de remitir a ese referente, no tienen el mismo sentido. El sentido asociado a la palabra no se reduce a su “denotación”, a lo que designa, sino también comporta componentes de conocimiento. “El vencedor de Austerlitz” y “el vencido de Waterloo” son dos expresiones que tienen el mismo referente (Napoleón), pero no se utiliza en ellas el mismo intermediario para designar a ese referente. No tienen el mismo sentido.

En resumen, las palabras crean representaciones y pueden prescindir de la “cosa”, que no existe, como un unicornio, o bien es abstracta, como un concepto matemático. Las palabras no están adheridas a la cosa que designan o designaron. Son signos vinculados a un sistema de valores. Crean representaciones que deben ser aceptables para quien habla y, a la vez, para quien escucha. Ése es el precio de la comprensión entre los seres humanos.

¿NO EXISTE NINGÚN VÍNCULO ENTRE LAS PALABRAS Y LAS COSAS?

La idea de que la palabra, con su forma y su sentido, no es la cosa, de que no existe vínculo natural alguno entre una palabra y lo que designa o entraña, tardó mucho tiempo en imponerse y todavía no siempre es evidente para todos. El vínculo entre las palabras y las cosas o los seres y los acontecimientos ha conservado durante mucho tiempo las huellas del origen misterioso del lenguaje y de su fuerza.

Dios, verbo él mismo, parece haber organizado el mundo al nombrar las cosas: llamó cielo al cielo y tierra a la tierra y dio nombre a todas las cosas. En el origen, consecuentemente, palabra y cosa habían sido dos aspectos del mismo pensamiento divino y creador.

En el transcurso de la historia los seres humanos han entrelazado a menudo palabras y sentidos, atribuyendo a los seres el valor del nombre y rechazando la existencia a lo que no lo tenía. Así, los teólogos de Heliópolis habían planteado que ninguna cosa existía antes de ser nombrada. Conocer el nombre significaba hacer existir la cosa. En las prácticas del antiguo Egipto, conocer una cosa por su nombre permitía tenerla en su poder. Aniquilar un nombre venía a ser lo mismo que "matar" a la persona. Consecuentemente, los egipcios tenían nombres ocultos, conocidos únicamente por la divinidad, para evitar que otros adquiriesen poder sobre ellos mediante el conocimiento de su nombre. Mucho tiempo después encontramos la misma creencia entre los navajos y los hopi.

En la Antigüedad, el nombre formaba parte inte-

grante de la cosa, cuyas propiedades fijaba. Otorgaba a quien lo portaba sus virtudes y su fuerza y precisaba su destino. Lo vemos en el nombre que se daba a los faraones, de quienes se suponía que “tenían” o incluso “eran” el efecto del nombre: “Nefertiti” significa “la muy bella es llegada”. Y cuando Akhenatón rompe con la religión de los sacerdotes de Tebas, cambia su nombre de “Amenofis” (“Amón está satisfecho”) para convertirse en “el que es agradable a Atón”. Esa costumbre y la importancia del nombre que expresa la función asignada por Dios al individuo o una particularidad del individuo a su nacimiento las reencontramos en la Biblia: Abraham, “padre de la multitud”; Ismael, “Dios oye”; Isaac, “el que ríe”.

Aun entre los filósofos griegos la palabra y la realidad de la cosa mantienen vínculos. Si bien es verdad que algunos filósofos, como Sócrates y Pitágoras, planteaban con acierto que no todos los nombres corresponden a objetos del mundo sensible, también pensaban que el nombre tiene un “vínculo de naturaleza” con la cosa. Reencontramos esta idea en Platón: “El nombre de Zeus es el símbolo e imagen vocal de la realidad demiúrgica, puesto que, en su inmensa sabiduría, los que asignaron los nombres a las cosas hicieron manifestas, como los grandes escultores, las propiedades de las cosas, sirviéndose de los nombres como imágenes”. La idea de crear la realidad demiúrgica de Zeus gracias al concurso de la imagen vocal y el símbolo es asombrosa en quien decía que “la palabra es la sombra del acto”.

Las creencias en los “poderes” reales y generalmente maléficos de las palabras tabú, de los hechizos y las

maldiciones se encuentran a todo lo largo de la historia del hombre. Es una constante tanto en la Biblia como en las tragedias griegas: “En tu apresuramiento culpable, lanzaste contra tu hijo la maldición que lo mató” (Eurípides, *Hipólito*).

Todavía hoy en día, las huellas de la creencia en el poder mortífero del hechizo, de la injuria o de la maldición permanecen muy marcadas. Se supone que los encantamientos atraen la mala suerte por la sola virtud de haber sido proferidos. Los rituales de hechicería juegan con ese temor o esa esperanza. La mala suerte echada con una fórmula “mágica” no pertenece al campo de un pasado caduco. Encontramos la misma amalgama en las injurias.

Siempre se ha considerado que las palabras tabú poseen un carácter mágico, un valor inquietante. En ciertas comarcas del mundo tenían una función de organización social. Frecuentemente sólo podían utilizarlas el iniciado o el sacerdote. Pronunciarlas estaba prohibido a todos, a un clan o únicamente a las mujeres.

Si todavía hoy alguien pronuncia “conejo” a bordo de un barco, los marineros lo mirarán con muy mal ojo, pues se supone que esa palabra porta infortunio y es el origen de naufragios. Hace dos o tres siglos ¡se habría arrojado por la borda al portador de mal agüero!

Con mucha frecuencia lo que hoy llamamos palabras tabú son tan sólo injurias o “palabrotas” que los padres no aceptan oír decir a los niños. Son palabras peligrosas, ¡pues atraen conflictos o castigos!

¿Y LOS NOMBRES PROPIOS?

Los nombres propios no remiten a una categoría sino a un individuo o a una cosa. No es por nada por lo que se habla de nombre propio. Identifican a una persona o un objeto que es su referencia precisa. Tienen una realidad exterior y, por ende, una referencia, pero no un significado. Si digo “el general De Gaulle” o “la torre Eiffel” estoy designando con esos nombres a un individuo y una cosa mediante un nombre que les es propio. Al hacerlo, designo a una persona y un monumento bien definidos.

Si bien los nombres propios no tienen significado en sí mismos, ciertos adjetivos, ciertos calificativos surgidos de ciertos nombres propios han adquirido un significado extraído de las características que individualizan al individuo de que se trata o se atribuyen a un acontecimiento o una acción que las evocan: una risa homérica, una situación cervantina, un tono juarista. El referente de un nombre propio también puede estar presente de tal manera que tenga sentido sin que se mencione el nombre propio: “el hombre del 2 de octubre”.

¿QUÉ ES UNA ONOMATOPEYA?

Las onomatopeyas tienen una relación de semejanza con la cosa o reflejan un vínculo físico entre el sentido y la cosa de la que dan una imagen. Algunas de ellas se asemejan a los sonidos de los primates para atraer la atención: “hey”, “ho”. Otras, como “ay”, “uf” o “paf”, se asocian a afectos. Indican el dolor, el alivio o el ademán

de una bofetada bajo la forma del grito o el suspiro. En el caso de problemas afásicos graves, subsisten cuando el individuo ya no encuentra las otras palabras. Consecuentemente, algunos ven en ellas los restos de los primeros estadios de la evolución del lenguaje.

Otras onomatopeyas consisten en “hacer con la voz el mismo ruido que lo que se quiere nombrar”, como decía el presidente De Brosse. Las onomatopeyas que imitan el grito de los animales (el “hi ha” del asno, el “quiquiriquí” del gallo, el “miau” del gato, el “guau, guau” del perro) existen en la mayoría de las lenguas, si no en todas. Esas formas son excepciones en el léxico. Es divertido observar que la traducción de esos sonidos produce imitaciones distintas en las diferentes lenguas: el gallo canta *cocorico* en francés, quiquiriquí en español, *kokehokoo* en japonés y *cock-a-doodle-do* en inglés, aunque esta última no es en absoluto una onomatopeya, pues incluye las palabras “gallo” y “hacer”.

La mayoría de las onomatopeyas carecen de sintaxis y no se les puede integrar en las oraciones, a no ser como exclamaciones: “Dijo ‘¡uf!’ cuando se fue”; sin embargo, no siempre es el caso. Cuando se utilizan en lugar del nombre del animal, los gritos de los animales se pueden tratar como palabras comunes en las oraciones: “Me despertó un quiquiriquí estridente”.

La creación de onomatopeyas es frecuente en el lenguaje de la publicidad y es un procedimiento que origina palabras nuevas: un “clic-clac” en el caso de una cama plegable, un “psst” en el caso de una soda.

Los japoneses utilizan poéticamente ciertas formas de onomatopeyas, que obedecen a algunas reglas. A

menudo esas formas, que son numerosas en el lenguaje dirigido a los niños y en la poesía japonesa, remiten a imágenes o a sensaciones bastante complejas. Así, la expresión “pika-pika”, empleada para indicar las pequeñas luces que lanza lo que brilla, como los zapatos bien lustrados, es más que una simple onomatopeya. Lo mismo ocurre con “zaa-zaa”, que se utiliza para decir que la lluvia cae pesadamente.

La invención y la utilización de las onomatopeyas forman parte de la creatividad lingüística de los seres humanos. No quitan nada al carácter fundamentalmente arbitrario del vínculo entre los sonidos y los sentidos de las palabras.

“HÁBLAME CON SUAVIDAD”

Como ya lo hemos visto con las vocales, se puede atribuir colores a los sonidos. Ciertos fonemas de sonido más suave o más duro han parecido influir en ocasiones en la forma fonética de las palabras.

Algunos lingüistas se han apasionado por esa investigación. Han observado que las consonantes labiales, dichas con un acercamiento de los labios, son “más suaves” que otras. Las encontramos en las palabras dirigidas a los niños de pecho, como “mamá”, “papá”, “bombón”, “nene”, “bebé”, “beso”, etc. Los sonidos vocálicos “suaves” se ven en pequeñas palabras afectuosas como “cielo”, “vida”, “linda”, “amor”, etc., pero, en la gran mayoría de las palabras, el carácter acústico de los fonemas que componen el sentido no influye en él: “bang”, “batalla” y “bandido” no tie-

nen nada de dulce, ¡a pesar de que las introduce la *b*! Salvo por algunas excepciones deseadas, no existe correspondencia entre la forma de las palabras, los sonidos que las componen y los afectos, las cosas, los animales o los elementos de la sociedad.

¿CORRESPONDEN LAS PALABRAS A LA REALIDAD?

Es necesario que en las representaciones que las palabras evocan existan constantes en las relaciones entre el sentido y la forma de las propias palabras; de otra manera, ¡no nos comprenderíamos! En general, no obstante, nos comprendemos.

El signo lingüístico, la palabra, no “corresponde” a una cosa precisa a la que podría suponerse que estaría vinculado, sino a un sistema de valores que determina una representación en quien lo oye. Si pronunciamos “piedra”, ése es su límite, y clasifica las imágenes mentales correspondientes. El enunciado del que forma parte orienta la elección de la representación. Un enunciado como “sólo me gustan las piedras montadas en platino” coincide con una imagen de piedra diferente de la del enunciado “me gustaría pavimentar el suelo con esas piedras talladas”. Se trata de ejemplos triviales. En una conversación habitual, cada cual elige correctamente su representación de la palabra “piedra”. ¡Sólo en los cuentos de hadas se pavimenta un patio con diamantes!

Para el agricultor, la palabra “caballos” evoca las bestias de tiro con las que se trabaja; para el apostador, los animales de carreras a los que se apuesta, y

para el mecánico, una indicación de la potencia de los automotores; sin embargo, muchas palabras no corresponden a ninguna realidad tangible. Se puede pensar y expresar lo imposible o lo improbable, lo irreal y lo falso: se habla de ángeles, de espíritus, de un unicornio, de sentimientos, de matemáticas, de metafísica. El alejamiento con respecto a las realidades tangibles o visibles constituye la fuerza del pensamiento y el lenguaje humanos.

En un diccionario, los sentidos están definidos. Definir una palabra es un poco encorsetar un conjunto de ideas. Tengamos presente que, por un lado, las palabras encorsetan la realidad y, por el otro, escapan a ella. Son sensibles al contexto de la oración y de la conversación. Evolucionan con el tiempo y pueden ser “desviadas”.

Nombrar es también clasificar, es categorizar los significados. Es poner orden en la naturaleza, ordenar el mundo y sus acontecimientos. Un gato no es un perro; el hierro no es plomo. Nombrar es efectuar una síntesis y, a la vez, producir una abstracción.

En el jardín del Edén, Dios ordenó a Adán “dar nombre a todas las bestias, a las aves del cielo y a todas las fieras salvajes”. En todos los mitos fundadores, la palabra se otorga en primer lugar para nombrar y, así, renunciar a simplemente conformarse con el mundo real como lo hacen los animales.

En sus comienzos, la ciencia se apoyó en la clasificación de las palabras para poner orden en la naturaleza. La botánica, la biología y muchas otras ciencias se basan en jerarquías de clasificaciones. La “nominación” permite la clasificación del saber: el término

“ave” señala una categoría que incluye a otras (“gorrión”, “ganso”, “pingüino”, etc.) y, en la comunicación, con la ayuda de adjetivos, se puede precisar el elemento de la categoría a la que se hace referencia; por ejemplo: canario cantor, ganso ceniciento, etcétera.

De nada sirve multiplicar los ejemplos; los nombres forman categorías y la mente humana tiene una fuerte propensión a categorizar. Lo vemos en los niños: a partir de una palabra como pájaro, rápidamente la extienden a todos los volátiles, pero no a otras clases de animales.

Hay que comprender bien la importancia de esa capacidad impulsiva para categorizar nombrando. Estructura nuestra capacidad para pensar y está “biológicamente fundamentada”. Las palabras se clasifican en nuestro cerebro conforme a categorías naturales, lo cual se ha podido hacer evidente en ciertos trastornos cerebrales que afectan muy específicamente esa taxonomía de significados. Ciertos pacientes a los que se presentan imágenes de animales no pueden encontrar su nombre, mientras que sí pueden nombrar objetos o personas. Únicamente la categoría “animales” ha sido afectada por la lesión cerebral, haciendo inaccesible la clase correspondiente. En cuanto a las otras clases de objetos, plantas o personas, no se ven afectadas. También puede producirse lo contrario.

¿SOMOS “DUEÑOS” DE NUESTRAS PALABRAS?

En *Al otro lado del espejo*, de Lewis Carroll, Tentetieso dice a Alicia: “Cuando yo uso una palabra [...] signifi-

ca exactamente lo que yo quiero que signifique... ni más ni menos. [...] La cuestión es quién manda [...]; y punto". Atención, Alicia, tus aventuras van a mostrarlo: las palabras no son esclavos, sino siervos maliciosos. Y no debes creer a Tentetieso.

Es cierto que uno "manda" en las palabras que emplea, pero no siempre en el sentido que va a atribuirles el interlocutor influenciado. Sin un acuerdo sobre el sentido de las palabras, no nos comprenderíamos; pero ese acuerdo no puede ser rígido, porque el sentido de una palabra depende tanto de la oración y el contexto en que se emplea como de los conocimientos individuales, que no forzosamente comparten entre sí los interlocutores.

Recuérdese a la cocinera de la duquesa, que llegaba a testimoniar en el proceso con su pimentero y hacía estornudar al público. "Deponed", le ordena el rey en su papel de juez. Y la buena cocinera cree que se trata de su pimentero, no de su testimonio.*

Si la palabra se emplea acertadamente en un contexto bien definido, tendrá el mismo significado en la mente del interlocutor que el que quiso darle el hablante; pero no se debe olvidar que indica uno o varios sentidos y que la palabra "sentido" es indefinida en sí misma, porque, como decía Descartes, "no hay tantas razones para descubrir que tenga un límite".

No se trata únicamente de que la sucesión de palabras que formemos tenga un sentido, sino de que suscite representaciones mentales en el interlocutor. En un

* Tanto en inglés como en español antiguos, *depose* y "deponer" (declarar) tenían también el sentido de "depositar". En francés, *déposer* todavía conserva ambos sentidos [T.]

intercambio logrado, las representaciones mentales deben corresponder a las que el hablante quiso suscitar.

Los “diccionarios” presentan el significado de las palabras “fuera de contexto” o en contextos que modifican u orientan su sentido. Es la base de la comprensión; sin embargo, en una conversación entre personas el “sentido” de la palabra se carga para cada una de ellas con sus propios conocimientos del mundo y con lo que cree que su interlocutor piensa. El significado de las palabras se deriva de las representaciones mentales individuales que suscitan.

Después de años de reflexión sobre el lenguaje, De Saussure escribía en unas notas tardías: “Sería necesario escribir un libro muy especial sobre la función de las palabras como perturbadores de la ciencia de las palabras”; y agregaba, el gran lingüista: “No existe un solo término empleado en lingüística al que yo atribuya un sentido cualquiera”. ¿Debemos extender esta reflexión a la mayoría de los términos?

Las palabras tienen un valor de relación: ligan la oración en que aparecen, el contexto de la conversación, las expectativas del interlocutor, etc. No se “cargan” forzosamente con otros sentidos además del habitual. En realidad, sin cierta constancia en la lengua no podríamos comprendernos; pero Tentetieso es muy pretencioso cuando cree que es el dueño de las palabras una vez que han sido dichas. Por lo demás, toda la historia de Alicia muestra lo difícil que le resulta imponer sus palabras a la Liebre de Marzo o al Sombrerero.

Al hablar debemos prestar atención a que nos comprendan: en las situaciones de comunicación somos dos o más. Un filósofo como Ludwig Wittgenstein plantea

que el “uso” de lo que se comunica es lo que determina el significado. Por otra parte, muestra toda la variedad de entidades que puede abarcar una palabra y da un ejemplo: el de la palabra “juego”, que se aplica al ajedrez, al fútbol, a las charadas, a los bolos, a la actuación de los actores de teatro (en francés). Consecuentemente, el concepto tiene fronteras imprecisas y procede más de un “aire de familia” que de diferenciaciones claras. En la mayoría de los casos, no obstante, uno o varios rasgos comunes las acercan; en el caso del juego: ideas de placer e incertidumbre.

Atención, entonces: para que nos comprendamos y no tengamos las conversaciones absurdas de Alicia, es necesario que las palabras símbolo que utilicemos sean interpretadas conforme a los usos que se hace de ellas, en oraciones que transmitan su sentido. Es necesario que el contexto del diálogo o la conversación permitan hacer las inferencias adecuadas. De esa manera se desencadenarán representaciones interpretables correspondientes al mensaje que queramos transmitir. Para que nos comprendan es necesario que demos una “realidad” a lo que expresamos.

¿PODEMOS DECIR TODO CON PALABRAS?

Es difícil expresar verbalmente ciertos movimientos o sentimientos complejos. Todos hemos experimentado esa dificultad para encontrar una palabra o, si es preciso, alguna perífrasis para expresar una sensación o ciertas impresiones al sentir la imposibilidad de dar una representación válida de ello.

Todas las lenguas carecen de ciertos términos que existen en otras lenguas. Es el gran problema de la traducción. Con frecuencia, el traductor debe reformular conforme al espíritu del texto, pues hace falta la letra, la concordancia absoluta, que le permitiría formular la expresión deseada por el autor. Únicamente es concebible una "transposición creativa".

Jorge Luis Borges escribió que existe la creencia tenaz que carcome la muy natural certidumbre de que la humanidad posee todas las ideas fundamentales de su experiencia; que se pretende también que esas ideas encontraron una expresión explícita en el lenguaje humano en palabras separadas o en oraciones. A ese postulado, Borges le da un nombre: la ilusión del diccionario perfecto.

Tanto los místicos como los escritores y los poetas crean palabras para expresar ciertos conceptos inexpressables. En las ciencias, asimismo, los avances del conocimiento rebasan el vocabulario existente o posible. Ciertas nociones complejas no se dejan encerrar en ninguna palabra. Eso es lo que hacía decir a Einstein que las palabras de que podía disponer eran engañosas precientíficas inadecuadas para comunicar sus ideas.

¿PODEMOS CONOCER LO QUE NO PODEMOS NOMBRAR?

Podemos ver o reconocer una cosa sin saber su nombre; pero el conocimiento del nombre indica la realidad de la cosa en nuestro espacio de saber. El nombre fundamenta la cosa al hacer posible que hablemos de ella, que la individualicemos en nuestro saber. Los teó-

logos de Alejandría planteaban que, antes de ser nombrada, una cosa no existía. En la actualidad sabemos bien que las cosas no dependen de su nombre y que en el universo existen entidades todavía desconocidas y, por ende, innombrables; pero nos apresuramos a dar un nombre a las entidades hipotéticas, como tenemos nombres para las creaciones imaginarias. Lo primero que hacen los descubridores es marcar su descubrimiento con un nombre; las nuevas partículas reveladas estos últimos años por sus trabajos han estimulado la imaginación de los sabios: “quarks”, “bosones”, “charms”, “extraños”.

Algunos siglos antes, Cristóbal Colón, habiendo partido hacia las Indias y descubierto tierras desconocidas, maravillado por su belleza, describió sus esplendores a los soberanos de España. Estaba poseído por una compulsión por nombrar los lugares que admiraba, inspirándose en la naturaleza que lo rodeaba: las bahías, como la “bahía de las palmas”; los ríos, como el “río de oro”; los picos, como el “pico de los ángeles”, etc. Tuvo un cuidado extremo y un gran placer en la atribución de nombres. Dar un nombre significa siempre jugar más o menos al demiurgo.

Con todo, la idea de que lo que no es nombrado no es distinguido tiene otro efecto. Sapir y Whorf, dos lingüistas de mediados del siglo xx, plantearon un vínculo entre la percepción del mundo y el vocabulario de la lengua hablada. Dado que las lenguas no poseen la misma gama de nombres, parece que existen diferencias en la percepción, la memorización y en el pensamiento. El ejemplo clásico es el de los esquimales, que disponen de todo un vocabulario que les permite distin-

guir los estados de la nieve. ¿Podemos pensar nosotros o ver la nieve como los esquimales? ¿Se relaciona esa diferencia únicamente con el vocabulario? Volveremos a hablar de ello.

Una pequeña historia ilustra bien que los niños pequeños adquieren la conciencia de que todo se puede y se debe nombrar. Un niño de cuatro años se planta en medio de un patio y dice a su hermana, de cinco años: “No estoy cerca de la pared, ni cerca de la puerta, ni cerca del cuarto; estoy en ninguna parte”. Y la chiquilla le responde: “No sé cómo se llama donde estás, pero no es ninguna parte”.

¿QUÉ DIFERENCIA HAY ENTRE LOS VERBOS Y LOS NOMBRES?

Los nombres, junto con los verbos, son las categorías sintácticas principales, los elementos fundamentales de las lenguas indoeuropeas, aunque no ocurre así en todas las lenguas. Se llegó a decir que la diferencia de aprehensión entre el nombre y el verbo en las lenguas “es lo que hacía aparecer más claramente el uso que las lenguas hacen del universo”.

El nombre sirve frecuentemente para designar cosas, pero también puede designar propiedades, como por ejemplo el candor, o conceptos abstractos como la justicia o la bondad. En francés y en español lleva la marca del número y del género. Los verbos “se modifican”, pero no siempre; es una categoría sintáctica que remite a la acción y al movimiento y, también, a verbos de estado y a estados mentales. El verbo porta la indi-

cación de la voz, del tiempo y, también, a menudo, del nombre.

En el origen, los verbos indoeuropeos denotaban una relación y debían ir unidos al objeto como atributos; después aparecieron los tiempos y los modos. En ocasiones las categorías del nombre y el verbo, claramente diferenciadas en indoeuropeo, son menos determinadas en otras lenguas. La diferencia entre el nombre y el verbo, que a nosotros nos parece esencial, no lo es en todas las lenguas. En algunas, en efecto, un nombre y un verbo únicamente se distinguen mediante su función sintáctica. Consecuentemente, la definición que pone el acento sobre la función del término en la oración para distinguir entre el nombre y el verbo es la más segura.

En las lenguas indoeuropeas, que disponen de dos clases distintas, la forma por sí sola no permite distinguir un nombre de un verbo. Lo anterior es particularmente frecuente en inglés: la partícula *to* indica el verbo en el diccionario, pero, en la oración, la parte del discurso a la que pertenecen (grupo nominal o grupo verbal) es la que indica la forma verbal o nominal. El siguiente es un ejemplo en el que el francés y el español coinciden con el inglés: "*I comb my doll with a comb*//*Je peigne ma poupée avec un peigne*//*Peino a mi muñeca con un peine*".

Los adjetivos remiten a cualidades o estados y, en ocasiones, es difícil distinguirlos del nombre: "soy rey" y "soy grande". Los adverbios indican la manera como se ejecuta una acción o el momento en que se lleva a cabo. Todo ello se encuentra en nuestros manuales de gramática.

Los gramáticos distinguen las palabras de contenido de que hemos hablado hasta aquí; se trata de palabras que hacen referencia a algo y su clase es abierta, es decir, se pueden crear y se crean todos los días. Las palabras “bicicleta”, “velocípedo”, “automóvil” y “avión” fueron creadas con su referente; la palabra “euro” fue creada para indicar una nueva moneda, y “parlotear” para decir que se habla en exceso. Entre esas palabras encontramos nombres, verbos y adjetivos. La clase llamada “abierta” se opone a la clase de las palabras de función, tales como las preposiciones, los artículos y las conjunciones, los cuales pertenecen a la clase “cerrada”, cuyo contenido permanece estable.

Hay tantas lenguas que se debe avanzar con prudencia en ese campo cuando se quiere generalizar; sin embargo, parece ser que la anatomía de los sintagmas (grupos de palabras que actúan en interacciones) es común a todas las lenguas del mundo. El sintagma nominal, que se construye en torno a un nombre (por ejemplo: “el periódico de la mañana”), se opone al sintagma verbal, que se construye en torno a un verbo (“presenta las últimas noticias”). Consecuentemente, las partes del discurso a que pertenecen determinan los nombres, los verbos, los adjetivos, las preposiciones, etcétera.

¿QUÉ DEFINICIÓN DE LA PALABRA DARÍA UN GRAMÁTICO?

No se puede dar una definición general de la palabra que se pueda aplicar a todas las lenguas. Si se dice que una palabra es el resultado de la asociación de un sen-

tido dado a un conjunto preciso de sonidos susceptibles de un empleo gramatical dado, tal definición indica con claridad la función esencial que desempeña el empleo gramatical en la palabra; sin embargo, deja en la indefinición la manera como la palabra se presenta formal y racionalmente en las lenguas.

En realidad, el término “palabra” es mal visto por los gramáticos. Ellos prefieren hablar de “morfema”, término que acuñó Baudouin de Courtenay en el siglo XIX. ¿Cuál es la diferencia?

Los morfemas son las unidades de sentido mínimas en que puede descomponerse una unidad lingüística. Esas “partes de la palabra” participan en su sentido y cooperan para darle su aspecto gramatical. Una palabra como “pequeña” está compuesta de dos morfemas: “pequeñ” y “a”, que indica el género. La palabra “comes” está compuesta de tres morfemas: “com”, “e” y “s”, que indica el plural. En francés, la marca de plural es un morfema raramente audible; por ello es el origen de numerosos “olvidos” ortográficos. En español e inglés está bien indicado. Una palabra como “insensible” está compuesta de tres morfemas: “in”-“sens”-“ible”, y cada uno de ellos concurre a completar o flexionar el sentido de la raíz, que en este caso es “sens”. Lo vemos cuando decimos “insensato”, “sensible” y “sensiblemente”. Dado que en nuestro diccionario mental tenemos cierto número de raíces, podemos jugar a crear palabras utilizando morfemas que indican la negación o falta (“a”) o la repetición (“re”) o atravesar (“per”).

Los lingüistas estudian la estructura de las palabras analizando sus elementos. Existen unidades lingüísticas monomorfémicas, tales como las palabras

más comunes utilizadas en singular: “pan”, “vino”, “sal”, etcétera.

¿CÓMO SE FORMAN LAS PALABRAS?

La morfología es la parte de la gramática que se ocupa de la construcción y las variaciones de forma de las diferentes palabras. Como la sintaxis, posee una estructura y se basa en sistemas que tienen una lógica interna. Desempeña una función esencial en el funcionamiento de las lenguas que son extremadamente variadas en sus procedimientos.

Se distinguen dos tipos de morfología: la morfología flexiva, que indica las reglas para modificar las palabras de tal suerte que se adapten a su función en la oración, y la morfología léxica, que permite crear nuevas palabras a partir de palabras ya existentes.

La morfología flexiva trata de las modificaciones de las palabras mediante afijos que sirven para adaptarlas a su función en la oración. En francés y español esas modificaciones o flexiones pasan generalmente por la añadidura de un afijo, tanto en el caso de los nombres como en el de los verbos. Las flexiones están encargadas de expresar aspectos o relaciones funcionales; así, en francés, el añadido de una “s” o de una “x” marca el plural y el de una “e” indica el femenino del nombre, mientras que, en español, se emplean la “s” y la “a”, respectivamente. Las flexiones verbales indican la persona, el tiempo y los modos, como el potencial, el condicional, etc. Veremos cómo las lenguas difieren con respecto a las flexiones.

La morfología derivativa sirve para crear nuevas

palabras y hace explícitas las reglas para crearlas a partir de morfemas existentes.

¿SIGUEN TODAS LAS LENGUAS LAS MISMAS REGLAS PARA FORMAR PALABRAS?

En materia de procedimientos para crear formas, se llegó a proponer tres grandes tipos de lenguas; sin embargo, esa clasificación no es rígida y a algunos les parece obsoleta, porque, en realidad, las separaciones entre los tipos de lenguas no siempre son claras; además, la evolución de las lenguas hace caducas algunas clasificaciones. Así, el inglés actual “desciende” de una lengua flexiva, pero con el transcurso del tiempo se ha transformado cada vez más en una lengua aislante.

En las lenguas llamadas aislantes, cuyo ejemplo usual es el chino, las palabras son invariables e independientes unas de otras. Todas las especificaciones relacionales o de determinación se indican mediante una partícula o un monosílabo independiente. La posición en la oración tiene una gran importancia en esas lenguas que tienden al monosilabismo.

El inglés moderno ha evolucionado en ese sentido. En él, las oraciones se construyen desplazando unidades inmutables que tienen el tamaño de palabras. El orden de las palabras es primordial en esa lengua. Utiliza en una gran medida las partículas separadas tanto para indicar los modos y los aspectos como para formar nuevas palabras. La siguiente lista no exhaustiva de ejemplos formados con el verbo *put* (poner) muestra que las partículas pueden cambiar radicalmente el

significado del verbo: "to put down" (depositar, denigrar, humillar), "to put back" (aflojar, retardar), "to put in" (meter, colocar), "to put forth" (avanzar, empujar), "to put up" (alzar, tolerar), ¡y la lista no ha terminado! Además, cada una de esas combinaciones tiene más de un sentido en sí misma.

El inglés ha conservado las flexiones para transmitir indicaciones de número y un indicador de verbo para la tercera persona (*I sing, he sings*), pero ha empobrecido su sistema de marcas verbales para los tiempos y utiliza partículas auxiliares y modales independientes, no flexiones. Comparémoslo con el sistema francés y español de marcas verbales mediante el ejemplo de una conjugación en futuro:

<i>Inglés</i>	<i>Francés</i>	<i>Español</i>
I will come	Je viendrai	Yo vendré
You will come	Tu viendras	Tú vendrás
He will come	Il viendra	Él vendrá
We will come	Nous viendrons	Nosotros vendremos
You will come	Vous viendrez	Ustedes vendrán/Vosotros vendréis
They will come	Ils viendront	Ellos vendrán

Vemos la multiplicidad de las inflexiones que indican el número y el tiempo del verbo en francés y español en comparación con el inglés, en el que el modal *will* reemplaza la marca de tiempo y en el que el número no está indicado en la forma verbal.

En las lenguas llamadas flexivas las relaciones gramaticales se establecen mediante un cambio de la terminación de la palabra. Así, las raíces de las palabras se modifican mediante afijos más o menos amalgamados que proporcionan información, a la vez, sobre el caso, el número, el género y la función. También indican el número y la persona del sujeto en los verbos.

El latín representa un ejemplo de lengua flexiva, así como, en menor medida, el alemán y el ruso, que son lenguas "de casos". Este último término designa las diversas formas que adquiere la palabra según su función en la oración. Los sujetos o los complementos verbales o nominales se marcan mediante terminaciones que indican su función o relación en la oración.

En latín, seis casos indicados mediante sufijos específicos determinan la función, así como el número, de las palabras. El género también se indica mediante declinaciones adecuadas: *dominus, domini, dominos*. La terminación "us" indica el número singular, el género masculino y el caso nominativo (es decir, el sujeto del verbo); la terminación "i" indica el número singular y el caso genitivo, o el número plural y el caso nominativo o vocativo. Así, la pertenencia, que en francés y español se indica mediante la partícula "de", se indica en el caso del latín mediante la terminación "i" del genitivo: *dominus-domini*; y la partícula "à" del francés y "a" del español mediante la terminación "o" del ablativo: *domini domus pulchra est* (la casa del señor es bella) y *amicum domo dominus invitat* (el señor invita al amigo a su casa).

El francés y el español sólo utilizan las flexiones parcialmente: para señalar el género, el número y el tiempo de los verbos, así como el plural y el género de

los nombres; pero no las utilizan para indicar el caso de las palabras, como en latín o en alemán. Las relaciones y las determinaciones de las palabras se expresan mediante palabras independientes que no modifican la forma de la palabra que determinan: "*la maison de Pierre*//la casa de Pierre", "*la maison de la falaise*//la casa del acantilado".

Se puede considerar que el francés y el español son lenguas mixtas. Como las lenguas aislantes, recurren a partículas independientes para indicar ciertas relaciones gramaticales, en oposición al latín; sin embargo, también utilizan marcas flexionales para el número, el género y los verbos.

Tomemos el ejemplo de un verbo como *manger*//comer. Puede dar lugar a decenas de formas que indican tiempos (pasado, presente, futuro), modos (imperativo, infinitivo, participio, subjuntivo), aspectos (lo acabado, lo inacabado), voces (activa o pasiva) y número: "*mange*//come", imperativo dirigido a un solo interlocutor; "*il mangera*//él comerá", información sobre una acción futura de un tercero; "*vous mangiez*//ustedes comían", acción pasada de varios individuos, entre ellos el interlocutor del hablante.

La variedad de las lenguas para indicar esos aspectos se ve cuando se señala que el verbo inglés se presenta bajo cuatro formas, el verbo francés y el español bajo una cincuentena y el turco bajo ¡dos millones!

En ciertas lenguas del grupo de lenguas flexivas, las cosas son mucho más complejas. La aprehensión física de la "palabra" cambia con las marcas flexionales y oculta la regularidad fonológica básica. Únicamente la estructura consonántica es constante.

En árabe, al igual que en hebreo, lo más frecuente es que las palabras consistan en una raíz de tres consonantes, a partir de la cual es posible derivar palabras, intercalando vocales en esas raíces triconsonánticas.

La raíz *q-t-l-* del verbo “matar” da *qatala* “él mató”, *uqtul* “mata”, *qatil* “matando”, *taqatala* “se mataron entre sí”, etc. La raíz *k-t-b* permite formar las palabras *kitb* “libro”, *katib* “escritor”, *kataba* “él escribió”, etcétera.

Un tercer grupo de lenguas recibe el nombre de *lenguas aglutinantes*. En ese caso, las palabras son complejas y resultantes de una simple yuxtaposición de radicales y afijos que indican el género, el número o las relaciones sintagmáticas. Cada afijo indica sólo un “sentido”. Así, las relaciones gramaticales se representan mediante la palabra final, que proporciona las principales relaciones de esa palabra con los otros términos de la oración. En ese caso, el valor de la palabra, siempre dependiente de las otras palabras de la oración, es fonológicamente dependiente de la sintaxis de la oración.

El turco es una lengua aglutinante. Una palabra turca como *evlerimden* es una aglutinación de *ev* (casa), *ler*, que indica el plural, *im* (mi), que marca la pertenencia, y *den* (de), que indica la proveniencia, lo cual produce el sentido de “de mis casas”. *Evlerimden* (de mis casas): la palabra así formada se funde en el cuerpo de la oración.

¿CÓMO SE CREAN LAS FAMILIAS DE PALABRAS?

Hemos visto que la palabra es una unidad de sentido que se puede descomponer en “otras” unidades o mor-

femas que pueden o no ser palabras y se combinan para formarlas. En cada lengua existen reglas que permiten crear palabras nuevas a partir de los morfemas existentes. Así, los prefijos y los sufijos sirven para crear otras palabras.

En francés y español es posible multiplicar las combinaciones. Las palabras así creadas guardan una relación de sentido con la raíz: forman parte de una misma familia. Así, a partir de una raíz como *manger*//comer, existe toda una familia de palabras creadas mediante la añadidura de prefijos o sufijos a la forma matriz: "*manger*//comer", "*mangeur*//comedor (que come)", "*mangeable*//comible", "*immangeable*//incomible", etc. En francés y español los afijos que modifican la forma fonética de la palabra son añadidos que forman fronteras muy frecuentemente claras y que dejan intactos los radicales.

Para formar una nueva expresión, también es posible combinar dos palabras: "*garde-boue*//guardabarros", "*garde-barrière*//guardabarrera", "*garde-robe*//guardarropa", "*eau-de-vie*//aguardiente", "*eau-forte*//aguafuerte", "*casse-tête*//rompecabezas", "*casse-noix*//cascanueces", "*court-circuit*//cortocircuito". La combinación de la que están formados esos nombres es la esencia misma de su definición.

Las redes de derivación son múltiples. Los prefijos y sufijos tienen un sentido y sirven para indicar transformaciones, capacidades, pertenencias, funciones, desplazamientos en el espacio o para convertir una raíz en adverbio, etc.; permiten engendrar múltiples derivaciones. Las palabras que introducen o terminan con los mismos prefijos o sufijos adquieren una connota-

ción común; así, el prefijo *pré//pre* indica anterioridad: “*prédire//predecir*”, “*prévoir//prever*”, “*prétendre//pretender*”, etc. El prefijo *re* indica una acción que se reproduce: “*revenir//revenir*”, “*retourner//retornar*”, “*redire//rededir*”, “*reprendre//retomar*”, etc. El sufijo *able* indica la posibilidad: “*mangeable//comible*”, “*aimable//amable*”, “*publiable//publicable*”, etcétera.

Los anteriores son únicamente unos cuantos ejemplos que ilustran la creatividad del léxico. La lista de los prefijos y sufijos del francés y el español, así como de las posibilidades que ofrecen, sería demasiado larga.

No debemos confundir la relación morfológica con la relación fonológica. La “intuición” que tenemos respecto al lenguaje nos indica con precisión la relación de sentido entre “tierno” y “ternura” y la inexistencia de esa relación entre “par” y “parentela”.

Las reglas de la morfología derivativa varían según las lenguas. Las posibilidades de aglutinación de marcadores prefijos o sufijos en la raíz, las de unión de dos palabras o las de repetición ofrecen una gran diversidad al poder creativo de las lenguas. Así, el alemán acepta la composición de palabras de manera casi ilimitada. La creatividad del francés y el español para los nombres compuestos es menor que la del inglés, muy abierto a los neologismos; sin embargo, en lo concerniente a la morfología flexiva, la fuerza morfológica del francés y el español es mucho mayor que la del inglés en el caso del verbo.

¿PUEDE UN DICCIONARIO SER COMPLETO?

Se piensa que una palabra está compuesta de una sucesión de fonemas, que denota un objeto, una acción o una cualidad y que se puede escribir entre dos blancos y encontrarla tal cual en el diccionario; sin embargo, no es tan simple, ni siquiera en el francés o el español. Un extranjero que no conociera el francés o el español y que, después de haberlos oído hablar, buscara la palabra "*aimerait//amaría*" en el diccionario, no la encontraría, porque es un derivado de "*aimer//amar*". Lo mismo ocurriría en el caso de "*chevaux//caballos*". Y no hablo de palabras compuestas, ¡como en el alemán *Oberzahnratbahnratführer*! Por lo demás, ésa es la razón por la que, en los primeros diccionarios, las palabras estaban clasificadas por raíces (como todavía se hace en los diccionarios árabes) y no por derivación, como en la actualidad.

Unos investigadores estadounidenses calcularon que, de 227 553 palabras de un diccionario (particularmente completo, puesto que el famoso *Webster* únicamente contiene 109 562), solamente había 45 450 raíces, porque las otras palabras eran derivadas. En francés, *Le Grand Robert* incluye 80 000 entradas léxicas, mientras que el *Trésor de la langue française* tiene 55 000 entradas básicas y 129 000 entradas de formas flexionadas.

Una misma entrada puede o no comprender varios sentidos con una relación más o menos metafórica, como la palabra "pesado", que puede querer decir un gran peso, un alimento difícil de digerir, alguien que carece de sentido de delicadeza, etc., o, bien homó-

grafos de sentido radicalmente diferente, como en el caso de la palabra “regla”: regla del juego o regla para trazar rayas. Las expresiones pluriverbales se agrupan bajo la misma entrada: “agua de azahar, agua bendita, agua blanda, agua carbonatada, agua de colonia, agua corriente”, etc. Todo ello hace difícil establecer el “número” de palabras de una lengua. Los hablantes de las lenguas son imaginativos y todos los días se crean nuevas palabras, de las que cierto número pasa a engrosar los diccionarios algunos años más tarde.

¿CUÁNTAS PALABRAS CONOCEMOS Y CUÁNTAS UTILIZAMOS?

Si nos atenemos a las palabras que la gente dice utilizar y reconocer o a las que ha memorizado, el total sería de unos cuantos millares; pero los estudios hechos mediante el sondeo de las páginas de los diccionarios demuestran que los franceses cultos tienen un léxico de producción de 30 000 a 40 000 palabras aproximadamente y que su vocabulario de recepción alcanza 60 000 palabras; más en el caso de algunos individuos. Esas cifras pueden variar enormemente, por una parte, entre los individuos, si se toma en consideración el grado de estudios y, por otra parte, en la cuenta que se haga, según que se incluya o no la derivación de palabras (“peso, pesado, pesadez, pesadamente”). En realidad, en la vida cotidiana únicamente utilizamos unos cuantos miles de palabras. Los escritores talentosos se sirven en sus escritos de más de 10 000 palabras, mientras que, en las obras de Shakespeare, se cuentan más

de 15 000 palabras distintas. Ciertas personas tienen un lenguaje pobre y el vocabulario de uso de que disponen no supera alrededor de un millar de palabras. En todos los casos, el vocabulario de recepción es mucho más extenso que el que sirve para la producción.

¿POR QUÉ Y CÓMO ENCONTRAMOS NUESTRAS PALABRAS TAN RÁPIDAMENTE?

En general, encontramos rápidamente la palabra que buscamos si forma parte de nuestro diccionario personal. Lo que los psicolingüistas llaman “diccionario mental” nos permite encontrar rápidamente el sentido de las palabras que oímos y de las que queremos utilizar para expresarnos.

El acceso al diccionario pasa por una activación automática y general de las palabras que pueden corresponder a los sonidos oídos. Cuando oímos sonidos que corresponden a esas palabras, se activa toda una gama de palabras semántica y fonológicamente relacionadas. Así, en el transcurso de los experimentos llamados de indicación se presenta visualmente una palabra en un espacio de tiempo tan breve que las personas que se someten al experimento tienen la impresión de no haberla visto. Ahora bien, a pesar de esa impresión, reconocen más rápidamente la palabra siguiente, que se presenta durante un espacio de tiempo más prolongado, cuando está relacionada con la primera. El proceso inconsciente de la primera palabra influye en el proceso consciente de la segunda. Así, la palabra “auto”, que se cree no haber percibido, entraña

un reconocimiento más rápido de “carretera” que de “flor”. Consecuentemente, el acceso al diccionario mental es automático, rápido y selectivo; pero, ¿qué forma tiene ese diccionario?

No se trata de una simple lista de palabras acompañadas de su sentido. Debe comprender el conjunto de los conocimientos que nos permiten pronunciar correctamente la palabra y conocer su clase, su género y sus particularidades de uso sintácticas y semánticas, así como su ortografía. Ese conjunto de conocimientos es lo que constituye el conocimiento de las palabras en el hablante.

Tomemos la palabra “honorable”. Su fonología y el hecho de que la /h/ no sea aspirada están indicados en su entrada en el diccionario mental, así como la información ortográfica, que precisa que la /h/ debe escribirse. También está indicado que se relaciona con la familia de las palabras relacionadas a su vez con la palabra “honor” y que el sufijo /able/ precisa su sentido y el hecho de que sea un adjetivo. En el caso de la palabra “cheval//caballo”, el diccionario mental precisa que es un nombre masculino, con plural irregular en el caso del francés, y registra sus diferentes sentidos, reales o metafóricos, como en la frase: “Il est passionné par la protection des côtes et en a fait son cheval de bataille pour les prochaines élections” [“Es un apasionado de la protección de las costas y ha hecho de ella su caballo de batalla para las próximas elecciones”].

La observación de los trastornos patológicos que se producen a consecuencia de lesiones cerebrales, la utilización de técnicas experimentales complejas para estudiar las formas de recordación de las palabras, así

como los errores de reconocimiento o de producción (*lapsus*, confusiones) han permitido adquirir una idea de la organización del léxico y de la manera como las unidades léxicas están representadas.

Los trabajos llevados a cabo acerca del reconocimiento de las palabras también indican la activación general del conjunto de las representaciones en el caso de las palabras que comparten los mismos inicios fonológicos hasta un punto en que la identificación de la palabra sea posible. El hecho de escuchar el inicio de la palabra “duela” activa las entradas léxicas de las palabras que comienzan por “due”, como “duelo”, “duende”, “dueño”, “dueto”, etc. La activación cesa cuando se oye el sonido /la/ como final.

La frecuencia de las palabras en la lengua, así como el contexto semántico del discurso, también interfieren con las búsquedas que efectuamos en el diccionario mental. La palabra “duermevela” es activada con mayor debilidad por el oyente de “due” que “duelo”, de utilización más frecuente en la vida cotidiana.

Cuando una misma forma tiene dos acepciones, como la palabra “vela”, con la ayuda de experimentos sutiles, se ha logrado poner de manifiesto la “activación” de las dos acepciones en el momento de la presentación de la palabra. Las palabras relacionadas con los dos sentidos son reconocidas con mayor rapidez que aquellas cuyo sentido o cuya forma son distintos; sin embargo, sólo estamos conscientes de uno de los sentidos de la palabra: aquel cuyo uso es más común o cuyo sentido ha sido preparado por el contexto. La segunda acepción no alcanza el plano consciente.

Así es como se ha puesto de manifiesto la activa-

ción de nuestro diccionario mental cuando oímos las palabras. Como ya hemos visto con los experimentos de indicación, cuando oímos una palabra, las que seleccionamos más fácilmente son todas aquellas que pertenecen a la misma familia semántica o morfológica. Así, si pronunciamos la palabra "honor", las palabras que encontramos más fácilmente son "honorable" y "honorableidad" y el oyente tarda menos tiempo en reconocerlas o producirlas que en el caso de las palabras que no guardan relación con ella.

El estudio del diccionario mental se basa en técnicas sutiles que todavía no permiten conocer la naturaleza completa de la información que sirve para establecer el contacto con el léxico mental. La forma de este último sigue siendo tema de estudio y de debates, muy particularmente en lo que concierne a las entradas semánticas.

¿POR QUÉ COMETEMOS *LAPSUS*?

Nuestro acceso al diccionario mental nos reserva sorpresas y, contrariamente a lo que creía Tentetieso, existen numerosas maneras de perder el dominio de las palabras. En ocasiones no las encontramos; en otras juegan al escondite, bailan en la punta de nuestra lengua y no podemos hacerlas salir; en algunas otras se hacen remplazar por palabras hermanas o por palabras enemigas que no son las que queremos decir. Son los *lapsus* o lapsos.

Los *lapsus* son reveladores por dos razones. En primer lugar, como lo demostró Freud, corresponden

a una represión, un deseo oculto que, así, brota fuera de nuestro control. Freud se sirvió mucho de los *lapsus* para escrutar el inconsciente. No faltan ejemplos que demuestran la gran verdad de esa traición de la lengua o, más bien, de ese rechazo a la traición de la lengua, que expresa lo que deseamos o la perturbación que, conscientemente o no, tratamos de ocultar. Es bien conocida la historia de ese presidente de un congreso que, agobiado anticipadamente por el discurso que debía pronunciar, abrió la primera sesión con un solemne: “Declaro cerrada la sesión”. Más recientemente, George Bush declaró: “Voy a suprimir *the death penalty* (la pena de muerte). No; quiero decir, *the death taxes* (el impuesto sobre la sucesión)”. ¡Cuántos conflictos internos quedan revelados de esa manera!

En segundo lugar, ciertas intrusiones de palabras o inversiones de sílabas revelan también la manera como está organizado nuestro diccionario mental. La palabra prevista es remplazada frecuentemente por una palabra que le está asociada por oposición, por asociación, o bien por semejanza fonética o semántica.

Semántica, cuando los errores son del tipo: “ya no es tan viejo”, en lugar de “ya no es tan joven”, “se pasó la luz verde”, en lugar de “se pasó la luz roja”. Fonética, cuando se trata de una amalgama, sustitución o inversión en el plano de un fonema o de una sílaba: “la transferencia de los restos de Sealtiel L. *Alatristres* a la Rotonda de los Hombres *Ilustes*”.

“Me lavé las manos con un *bajón*”, en lugar de “me lavé las manos con un jabón”, muestra una inversión de sonidos. “Lo ha *enrefundido* todo” es una combina-

ción de dos palabras con el mismo sentido: “enredado” y “confundido”.

Los circuitos del cerebro para la retención y la clasificación de las palabras, así como para su acceso en el momento del proceso de producción, no son bien conocidos; sin embargo, la lógica de los *lapsus* se basa también tanto en la semejanza fonológica como en las semejanzas del sentido o del agrupamiento en familias parecidas de palabras.

¿QUÉ ES LA SINTAXIS?

La sintaxis es la fuente de ese aspecto creativo del lenguaje propio del ser humano que consiste en poder combinar las palabras. Es la parte de la gramática que describe las reglas de combinación de las unidades significantes (las palabras) en sintagmas y oraciones. Digamos que establece las reglas que permiten ordenar las palabras en oraciones correctas en la lengua. Una bella expresión dice que la sintaxis representa “el arte de entorchar una palabra para sujetarla a la siguiente”. Así es como formamos guirnaldas de palabras que comprenden y admiten todos los hablantes de nuestra lengua; pero existen reglas que constriñen ese arte, reglas que indican las sucesiones de palabras que son posibles o imposibles en las lenguas. Las oraciones de las lenguas no son simples cadenas de perlas que enhebreemos al azar como para un collar.

A pesar de las restricciones y reglas que impone, la sintaxis es la fuente del aspecto creativo del lenguaje

porque el número de oraciones admitidas que permite forjar es prácticamente ilimitado.

A partir de Chomsky, aunque, en realidad, a partir de la gramática de Port-Royal, en el siglo xvii, se planteó la cuestión de la existencia de restricciones llamadas “universales” que pesan sobre la estructura de las lenguas. Dichas restricciones implican un esquema de reglas inherentes a todas las lenguas del mundo. Esa “anatomía” común a los sintagmas de las lenguas, esos principios comunes, parece ser lo que permite el rápido aprendizaje de cualquier lengua materna por los niños.

En seguida presentamos dos oraciones. La primera de ellas se hizo clásica porque sirvió a Noam Chomsky cuando presentó la gramática generativa basada en la preponderancia de la sintaxis: “Las ideas verdes duermen furiosamente”.

A pesar de las anomalías semánticas, esta oración está bien construida y podemos darle un sentido porque obedece a las reglas de la sintaxis. Su extrañeza semántica no choca, porque se piensa en una fantasía de poeta. Por el contrario, si alguien nos dijera una oración como: “Jugar de las pequeñas para azules ojos rápidamente las vuelven niñas”, nos sería difícil comprenderla, aunque el sentido de las palabras sea compatible. Sería necesario rectificar la sintaxis antes de aceptarla y comprender: “Las pequeñas niñas de ojos azules vuelven rápidamente para jugar”. No admitiríamos la oración en cuanto tal y pensaríamos que quien la dijo padece trastornos del lenguaje. La secuencia de las palabras de esa oración viola el orden funcional del español.

Hablar no consiste en alinear palabras en sucesión unas delante de otras. El oyente no podría comprender una lista de esa naturaleza: es necesario que produzcamos las sucesiones de palabras de tal manera que permitan al oyente extraer de ellas la estructura y colocar cada elemento en su marco de relación.

“La hija del notario que mira al chiquillo que persiguió al gato que pertenecía a la vieja señora juega bien al backgammon” es una oración poco agradable y que no oímos todos los días; no obstante, podemos comprenderla sin problemas. Somos capaces de atribuir sin error a los diferentes actores sus gestos o estados, porque la sucesión de las palabras forma parte de una superestructura que indica correctamente el lugar de las unidades significantes.

Si seguimos la gramática generativa diremos que una oración es correcta cuando el sistema de agrupamiento de las palabras, sistema que es posible representar como un árbol, distribuye, siguiendo ciertas reglas, los elementos de la oración al término de las ramas.

¿QUÉ ES UN SINTAGMA?

Un sintagma es un grupo de palabras que se comporta como una unidad en la oración. Esas palabras actúan en interacción. Son dependientes de una elección léxica. Ésa es la razón de que la gramática sintagmática las agrupe bajo un nudo de ramas. Una oración se organiza en sucesiones de sintagmas.

“El guardián de la casa” es un sintagma *nominal*, porque se construye en torno a un nombre; “ha arres-

tado al ladrón” es un sintagma verbal, construido en torno a un verbo. Veamos cómo se presenta el sintagma nominal “el guardián de la casa”. Los términos del sintagma están agrupados bajo un nudo que indica que esas palabras actúan juntas. La presencia de “de” marca que el agente es un sintagma y no una palabra.

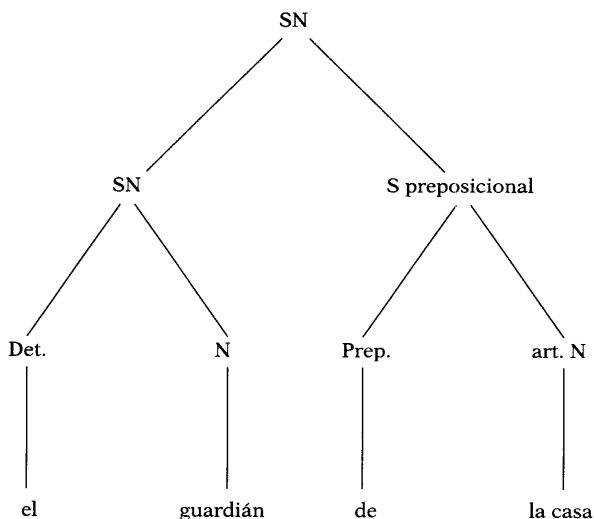


FIGURA II.2. *El árbol del sintagma.*

Examinemos ahora cómo se presenta la oración. Tomemos una oración simple del español: “El guardián de la casa ha arrestado al ladrón”. En esta oración podemos “separar” dos sintagmas o grupos de palabras que se comportan como una unidad: el sin-

tagma nominal (SN) “el guardián de la casa” y el sintagma verbal (SV) “ha arrestado al ladrón”. La gramática sintagmática establece como modo de construcción de esta oración el árbol siguiente:

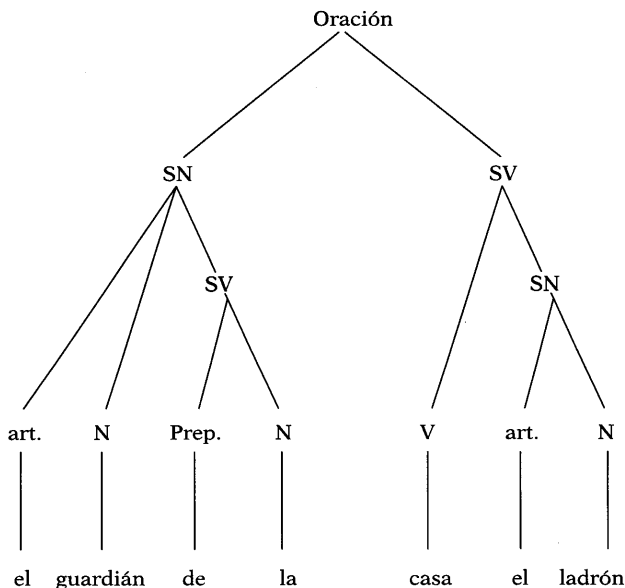


FIGURA II.3. *El árbol de la oración.*

La mayoría de las oraciones son más complejas que la del ejemplo; los principios siguen siendo los mismos, ¡pero el árbol es más frondoso! Las estructuras en forma de árbol permiten mostrar las formas posibles de las sucesivas articulaciones de sintagmas

que ordenan las palabras en oraciones conforme a las reglas de las lenguas. El agrupamiento de las palabras bajo unidades de un orden superior es la regla esencial de las lenguas actuales. Un árbol puede echar ramas de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, lo cual explica los diferentes órdenes en las lenguas; pero uno de los principios de ese tipo de agrupamiento es que dos ramas nunca pueden cruzarse.

Para Chomsky, los principios inherentes a la gramática generativa son universales y lo único que tienen que hacer los niños es establecer los parámetros que son particulares de su lengua; por ejemplo: decidir que, en su lengua, el verbo va en el centro de la oración o sistemáticamente al final de la oración. Dentro de ese marco, la función de los operadores o palabras de función, como los artículos, las conjunciones, los auxiliares y los determinantes, consiste en proporcionar información sobre el caso (que en latín o en otras lenguas puede indicarse mediante una flexión) y sobre el tiempo.

¿POR QUÉ EXISTEN TANTAS DIFERENCIAS ENTRE LAS LENGUAS?

Las lenguas son tan diferentes que es difícil creer que existan esquemas comunes a todas ellas; sin embargo, se puede hablar de restricciones universales sobre las formas que puede presentar la gramática de cada lengua. Según una bella expresión de George Steiner, “cada vez que alguien habla en la superficie de la tierra, lo hace siguiendo los surcos universales de la posibilidad gramatical”. Steven Pinker, gran defensor del “uni-

versal", presenta algunos esquemas que, según él, tienen un carácter absoluto. El sintagma es un ejemplo de ellos: todas las lenguas se organizan a partir de sintagmas. Se puede decir que todas las lenguas tienen léxicos que contienen varios millares de palabras y están distribuidos en categorías que forman las partes del discurso, como los nombres y los verbos. Aun cuando, en ciertas lenguas, no sea fácil separar los nombres de los verbos, su función en la oración permite establecer una distinción en categorías; todas las palabras están organizadas en sintagmas en la base, mientras que los planos más altos de las estructuras sintagmáticas comprenden auxiliares o flexiones que indican el tiempo, el modo, el aspecto, la negociación, etc. Algunas palabras pueden ser creadas mediante derivación (morfología derivativa) y las formas fonológicas están sometidas a órdenes.

Ese plano común a la gramática de cada una de las lenguas es lo que parece permitir el rápido desarrollo del lenguaje en el niño, sea cual fuere la lengua que oiga hablar. Su cerebro parece estar equipado para responder a ese esquema gramatical común.

La diversidad de las lenguas, del chino mandarín al árabe, de las múltiples lenguas amerindias a las lenguas bantúes o al indoeuropeo, es sorprendente. La era "después de Babel" desencadenó un florecimiento de lenguas. En el marco de las restricciones generales que pesan sobre el lenguaje, los seres humanos diversificaron las modalidades de realización de las formas sintácticas y léxicas. Consecuentemente, la fonología, el orden de los sintagmas, las marcas de relación, las marcas temporales y las clases de palabras muestran una gran variedad en las lenguas.

¿SIGUEN LAS PALABRAS UN ORDEN NATURAL?

Se podría pensar que las lenguas parecen haber decidido ordenar las palabras conforme a un orden "natural". Piénsese, por ejemplo, en el francés, que coloca el agente de la acción en primer lugar; después, la acción que lleva a cabo ese agente; y, finalmente, el objeto sobre el que se lleva a cabo la acción (sujeto, verbo y objeto).

Ese famoso "orden natural", supuestamente surgido de la lógica y que, más bien, surge de los lógicos, ha dado lugar a muchas controversias. En el siglo XVII los filósofos y los gramáticos franceses pretendieron ver una ventaja de la lengua francesa sobre las otras lenguas gracias a la lógica del orden de las palabras y de las proposiciones que supuestamente poseía. El orden de las palabras, decían, correspondía a la sucesión del pensamiento. Así, la concepción y la expresión coincidían.

En francés decimos: "Zinedine Zidane a frappé le ballon, qui est entré dans le but" ["Zinedine Zidane ha pateado el balón, que entró en la portería"]. Tenemos la ilusión de que es un orden lógico porque describe los acontecimientos en el orden en que se han desarrollado. Un agente ha llevado a cabo una acción y esa acción ha tenido tal resultado.

¿Es tan evidente? Si digo: "l'homme mange le pain" ["el hombre come el pan"], se me puede objetar que el pan estaba ahí antes de que el hombre lo hubiese comido. ¿Por qué no decir entonces: "l'homme le pain mange" ["el hombre el pan come"] o "le pain l'homme mange" ["el pan el hombre come"]? De igual

manera, el balón y las metas estaban ahí antes que la acción de Zidane, etcétera.

Si bien todos los seres humanos son de la misma naturaleza, no todos la viven de la misma manera. Nuestro orden "natural" no es el orden "natural" de otras lenguas. ¡Y esos otros diferentes de nosotros también piensan lógicamente!

El orden canónico entre el sujeto, el verbo y el objeto varía según las lenguas, aunque, en una gran mayoría de ellas, el orden es SVO (sujeto-verbo-objeto) y SOV (sujeto-objeto-verbo). El orden SVO se encuentra en 36 % de las lenguas habladas, en las lenguas románicas y eslavas en particular, mientras que el orden SOV se encuentra en 39 % de las lenguas, entre ellas el turco y el japonés. El orden VSO se encuentra en 10 % de las lenguas; se trata, en particular, de las lenguas semíticas y el irlandés moderno. El orden OSV es muy raro.

Se propone que ciertas lenguas muy confidenciales parecen tener un orden que permite la variación libre de los sintagmas. Si ello se revelase exacto, serían rarísimas; sin embargo, no olvidemos que, en las lenguas flexivas como el latín, el orden es menos restringido.

En realidad, la clasificación de las lenguas en un orden fijo solamente indica el orden canónico más general en la lengua. Puede variar y varía frecuentemente. Cuando se dice que tanto el francés como el español son lenguas SVO de orden fijo, no hay que entenderlo como un orden lineal restringido. En francés y español, como en la mayoría de las lenguas, en realidad existen variaciones de orden para expresar tanto las relaciones sintácticas como las relaciones semánticas y pragmáticas.

En francés se ve una apariencia de orden SOV en oraciones como “ce poisson, je l’ai péché hier” [“ese pescado lo he pescado ayer”] o “je les ai vus venir” [“yo los he visto venir”]. Formas tales como “te croire, moi jamais!” [“¡creerte, yo nunca!”] presentan, en una interjección, el tan improbable orden OVS.

El orden de los sintagmas preposicionales puede variar casi libremente: “di ese libro a María hace ocho días—di a María ese libro hace ocho días—di hace ocho días ese libro a María”. Las relaciones de interlocución, en fin, pueden influir en el orden. Si se transcribe una conversación es sorprendente ver las infracciones a las reglas del orden de las palabras que siguen siendo comprensibles.

Tanto la literatura como la poesía utilizan dislocaciones que son admisibles cuando son portadoras de emociones y de estilo.

¿DEPENDE EL SENTIDO DE UNA ORACIÓN DEL ORDEN DE LAS PALABRAS?

El sentido se basa la mayor parte del tiempo en el orden de las palabras. En el siglo xvii, Pascal lo resumió bien: “Las palabras ordenadas de diversas maneras crean sentidos diversos y los sentidos ordenados de manera diversa crean diferentes efectos”. Como siempre, Lewis Carroll ofrece de ello una ilustración plena de humor en la conversación de Alicia y la Liebre de Marzo:

—Entonces deberías decir lo que quieres decir
—añadió la Liebre de Marzo.

—Es lo que hago —se apresuró a replicar Alicia— ¡o por lo menos..., por lo menos quiero decir lo que digo!... Viene a ser lo mismo, ¿no?

—¡Qué va a ser lo mismo! —dijo el Sombrerero—. Si así fuera, podrías decir que “veo lo que como” es lo mismo que “como lo que veo”.

—También podrías decir —añadió la Liebre de Marzo— que “me gusta lo que tengo” es la misma cosa que “tengo lo que me gusta”.

—También podrías decir —añadió el Lirón, que parecía hablar dormido— que “respiro cuando duermo” es lo mismo que “duermo cuando respiro”.

¡Pobre Alicia, que no comprende que su lógica se enfrenta al mundo sin piedad de unos semantistas extravagantes! Unos simples cambios de lugar o de función sintáctica pueden ser fatales para el sentido de la frase. Otras veces se puede variar el orden sin cambiar el sentido, como lo hemos visto con el orden de los sintagmas preposicionales.

En francés y español el lugar del adjetivo no es fijo y, según que esté situado atrás o delante del nombre, su sentido puede variar. A alguien le gustaría más ser calificado de “*homme brave*//hombre valiente” que de “*brave homme*//valiente hombre”. Un “*grand homme*//gran hombre” como Napoleón no era un “*homme grand*// hombre grande”, ¡sino un hombre muy pequeño de tamaño! Son numerosos los ejemplos en francés y español de esa variación de sentido, según si el adjetivo preceda o siga al nombre.

¿CÓMO PODEMOS COMPRENDER RÁPIDAMENTE TODAS LAS ORACIONES QUE OÍMOS?

Comprendemos rápidamente, y sin hacernos preguntas al respecto, la casi totalidad de las oraciones que oímos. ¿Cómo lo hacemos?

Disponemos de varios planos de procesamiento rápido del lenguaje que son más o menos conscientes. Para pasar del sonido al sentido es necesario, para empezar, reconocer las palabras, procesar los sonidos que las forman y, después, encontrar su sentido en nuestro diccionario mental. Una vez que encontramos la palabra en nuestro diccionario mental, se precisan el sentido y las características de la palabra que corresponden a la sucesión fonológica oída. El plano sintáctico que sigue es la interfaz entre las palabras y su significado afín en la estructura de la oración. No se puede extraer el sentido de una oración únicamente del conocimiento de las palabras.

Un ejemplo simple nos lo muestra: “el perro persigue al gato” y “el gato persigue al perro”. Estas dos oraciones están compuestas por las mismas palabras, pero no quieren decir lo mismo porque las interpretamos conforme al orden SVO de nuestra lengua. En un primer momento reconocemos las palabras y, después, construimos con ellas una representación sintáctica y semántica. Gracias a ese sistema rápido y poderoso que se basa en nuestro conocimiento implícito de las reglas de organización de los sintagmas y las oraciones de nuestra lengua, podemos atribuir una representación correcta a lo que nos dice nuestro interlocutor y, a cambio, podemos producir enunciados comprensivos.

bles para él, aun cuando, como en el lenguaje periodístico, no siempre estén muy bien ordenados.

¿POR QUÉ CIERTAS ORACIONES GRAMATICALES SON INCOMPENSIBLES?

Existen oraciones bien construidas conforme a la gramática sintagmática que nos es difícil comprender, aunque es raro y muy frecuentemente se debe a una limitación de nuestra memoria, como en el caso en que hay imbricaciones de oraciones.

No tenemos ninguna dificultad para comprender: "El rigor que tiene el discurso de mi hermano es ejemplar"; de acuerdo, no es muy bonita, pero es una oración del español. En cambio, la imbricación jerárquica de varias oraciones de ese tipo, admitida por la sintaxis, se vuelve de pesadilla en la realidad: "El rigor que tiene el léxico que tiene el discurso que tiene el ayudante que tiene mi hermano es ejemplar" es una oración que comienza a plantear problemas, aun cuando sea gramaticalmente correcta. Es necesario recordar el sintagma que está a la expectativa, pero nuestra memoria no está hecha para ese género de ejercicios raramente útiles. Debemos comprender "en tiempo real" lo que nos dicen, pero nuestro poderoso analizador de oraciones está limitado por la extensión de la memoria. Cuando la complejidad y la longitud de las oraciones son demasiado grandes, la memoria se satura y su capacidad de análisis se desborda. ¡La mente humana pierde el hilo cuando los "árboles" tienen demasiadas ramas!

Con la lengua escrita, la capacidad de memoria aumenta y podemos leer oraciones de 20 líneas, gramaticalmente correctas, que serían incomprensibles si sólo las oyéramos. Con un texto escrito es posible “volver” sobre las marcas de encadenamiento, lo cual es imposible cuando oímos. Los cortes y los juegos de entonación pueden ayudar a nuestra memoria y ayudarnos a organizar las sucesiones de proposiciones; pero las oraciones largas y complejas son raras tanto en el discurso como en el diálogo y nuestra memoria basta para procesar fácilmente la mayoría de las oraciones que oímos en el lenguaje común.

En cuanto a las oraciones mal formadas, tan frecuentes en el lenguaje hablado, muy a menudo es posible rectificarlas rápidamente.

¿POR QUÉ UNA ORACIÓN PUEDE TENER VARIOS SENTIDOS?

Las palabras pueden ser nuestros enemigos y propiciar en nosotros un gran número de confusiones. Ya hemos visto ciertas ambigüedades léxicas. Se deben a una doble interpretación de la palabra. Tomemos “la traición de Juan es incomprensible”. La traición puede ser llevada a cabo o sufrida y, en sí misma, la oración no permite eliminar la ambigüedad. ¿Es Juan quien ha traicionado o bien ha sido traicionado de manera incomprensible por otros? Felizmente, en la mayoría de los casos, el contexto de la conversación que comparten los interlocutores no deja lugar a dudas; pero no siempre ocurre así en todos los casos y muchos errores de interpretación pueden provenir de las ambigüe-

dades léxicas. Ciertas oraciones son sintácticamente ambiguas en el sentido en que pueden corresponder a dos “árboles” diferentes, a dos maneras de agrupar los sintagmas. En “El magistrado juzga al hombre culpable”, ¿ha resuelto el magistrado que el hombre es culpable o bien juzga a un hombre que era culpable? En “Di las gracias al hombre con una sonrisa”, ¿he agradecido a un hombre que sonreía o le he agradecido algo sonriéndole? “El anuncio del asesinato de un diputado por el portavoz del gobierno dejó estupefacta a la población”, ¿el portavoz del gobierno anunció que un diputado había sido asesinado o bien asesinó él a un diputado?

Los ejemplos anteriores son el origen de ambigüedades frecuentes en el lenguaje ordinario. Muy a menudo caemos en la trampa de esos titulares que los medios de comunicación nos ofrecen casi cotidianamente y que a veces, si no con frecuencia, son voluntariamente ambiguos.

El hecho de que ciertas palabras tengan varios sentidos, de que puedan ser utilizadas de manera metafórica, de que ciertos nombres tengan la misma forma que el verbo en tiempo presente y de que ciertos engarzamientos sintácticos sean dudosos exige, a menudo, que nuestro analizador se apoye en la lógica o en el contexto para eliminar las oraciones equívocas. ¡A ello se debe que las computadoras no puedan comprender ni traducir la lengua escrita!

Los psicólogos han demostrado experimentalmente que, al oír palabras u oraciones ambiguas, la mente humana activa todas las entradas de las palabras. En una oración como “la bella habla de su amante la hizo des-

fallecer", las palabras "bella" y "habla" se activan en nuestro diccionario mental. Ese proceso, que es muy rápido, es inconsciente. El interlocutor elimina a continuación las acepciones incompatibles con el contexto —cercano o lejano—, sin siquiera estar consciente de haberlo activado cuando oyó la sucesión de la oración.

El problema puede ser más complejo si la palabra ambigua nos lleva por un camino falso en la segmentación fonológica, como puede ocurrir con frases como "entre el clavel y la rosa, su majestad es/coja", cuya pronunciación es igual si no se hace una ligera pausa entre la primera y la segunda sílabas de la última palabra.

En francés, las confusiones debidas a las segmentaciones fonológicas son muy frecuentes; pero la ambigüedad de ciertas palabras también permite lograr bellos efectos poéticos: "Le jet d'eau fait toujours son murmure argentin / Et le vieux tremble sa plante sempiternelle" ["El surtidor emite aún su murmullo argentino / Y el viejo temblón su quejido sempiterno"] [temblón = álamo temblón] (Paul Verlaine).

Sentimos que un árbol de argentinas hojas tiembla como un viejo de blancos cabellos: una sola palabra ambigua crea una imagen rica y reveladora del doble significado de "*tremble*/temblón".

¿QUÉ ES EL SENTIDO?

No hemos cesado de hablar de sentido. Al evocar las palabras y la sintaxis no hemos salido del terreno del sentido. Todo significante remite a un significado.

Si adoptamos una definición estricta, el estudio de

las relaciones entre los signos y el sentido en el marco de las oraciones corresponde a la semántica; pero el sentido de las oraciones que nuestra intuición lingüística nos permite comprender o crear tan fácilmente es un desafío permanente para todos los que quieren analizar sus secretos en la construcción de los enunciados. Los enfoques de los lingüistas sobre esta cuestión han sido tan diversos que se vacila en hablar de semántica; según parece, ¡sería necesario hablar de semánticas!

El enfoque léxico de la semántica se basa principalmente en el sentido de las palabras; ya hemos visto sus facetas. Toda palabra es un complejo de asociaciones: al lado de su sentido básico hay un sentido contextual, un valor expresivo y un valor sociocultural. Dentro de ese marco, lo que se estudia más particularmente son las relaciones entre las cosas y los conceptos, la evolución y las formas de traslación del sentido. La semántica estructural pone el acento en las nociones de estructura y sentido contextual. La semántica formal remite a las reglas y a las entradas léxicas que precisan el sentido de los morfemas, las palabras y las oraciones. Su objetivo consiste en formalizar las reglas que permiten determinar si un enunciado está bien formado en lo que se refiere a su sentido. Dentro de ese marco, la combinatoria semántica se apoya en la sintaxis para ofrecer una representación del sentido de las oraciones. Sus caminos fueron delineados ya cuando se hizo la presentación de la sintaxis.

La semántica interpretativa, que se desarrolló siguiendo el surco abierto por la semántica formal, trabaja sobre el valor de verdad (en el sentido lógico) de las proposiciones; pero el "cálculo" del sentido se re-

veló decepcionante cuando se apoyaba en la lógica formal.

Consecuentemente, desde que comenzamos a hablar de las palabras y de la sintaxis no hemos cesado de entrar en el campo de la semántica, dejando a un lado las interrogantes acerca de la estructura y de las cuestiones de funcionamiento.

¿SURGE EL SENTIDO ÚNICAMENTE POR EL HECHO DE QUE UNA ORACIÓN ESTÉ BIEN FORMADA?

El lenguaje es creativo; su función consiste en hacer surgir representaciones. En el lenguaje común, ciertos enunciados pueden ser tomados al pie de la letra, pero, en la práctica, el “cálculo” del sentido a partir del sentido de las palabras y de la estructura de la oración muestra todos sus límites.

Con frecuencia nuestros enunciados adoptan una forma simple en el caso de una información práctica: “pásame la sal”, “vi la película de Buñuel”, “salgo mañana a las ocho y cuarto”. En la mayoría de los casos, la forma proposicional del enunciado, el sentido literal, no transmite su sentido figurado. Es el caso de los enunciados que comportan una figura de estilo, un tropo, en los que el sentido figurado sustituye al sentido literal.

Originalmente la metáfora es un procedimiento que consiste en utilizar una palabra concreta para expresar una noción abstracta: el significado propio de una palabra es trasladado a otro significado que le conviene en virtud de una analogía entre la palabra concreta y la representación que se quiere hacer surgir. La me-

táfora únicamente adquiere su interpretación en la relación entre esos términos y, en esa relación, con las representaciones del hablante.

Normalmente las traslaciones de sentido surgidas de la utilización metafórica de las palabras son registradas en los diccionarios al lado del sentido literal de la palabra: “el brazo de un sillón”, “el corazón de un problema”, etc. Aun cuando las oigamos por primera vez, comprendemos las metáforas. Felizmente, pues, de no ser así, la poesía sería un jardín prohibido, ¡porque en ocasiones propone traslaciones de sentido muy osadas! “Tiempo devorador, embota entonces tus garras de león”; ¡se trata de Shakespeare y lo comprendemos!

La metáfora colonizó al lenguaje sin que siquiera tengamos conciencia de ello. En el lenguaje cotidiano la brecha entre los procesos de comprensión de los enunciados metafóricos y los literales es muy reducida, si acaso existe. Constantemente utilizamos expresiones abstractas sin ver ya su aspecto metafórico, como las que se basan en el espacio y el movimiento.

Así fue como “el espacio y la fuerza invadieron el lenguaje”, según lo hace notar Steven Pinker. A partir de sus investigaciones sobre el lenguaje, numerosos psicolingüistas han llegado a la conclusión de que un pequeño número de conceptos sobre los lugares, los caminos, los desplazamientos y las causas sirven como base de los sentidos propios y figurados de las palabras; y ello ocurre en todas las lenguas. La utilización metafórica de los términos de espacio o de fuerza es tan común que nos parece extraño que puedan ser considerados metafóricos; particularmente en la utili-

zación de verbos: “corre a su perdición”, “proyectó sus frustraciones en su novela”, “su conferencia me ha mostrado horizontes insospechados”. De la misma manera, las imágenes surgidas de los nombres y los adjetivos se retoman y se desvían metafóricamente: “tus bromas me dejan como el mármol; estoy blindado”, “después de haber probado mi tequilita estás alumbrado; yo, achispado, y ella, como una cuba; pero ¡qué gozo!”

Únicamente los poetas y los humoristas notan la poesía en esas metáforas banales o, muy simplemente, la posibilidad de hacer juegos mentales. “Cuando alguien le diga: ‘¡me muero por decírselo!’, déjelo morir”: Jacques Prévert.

Lo importante es que precisamente nuestra aptitud para imaginar metáforas, para figurarnos semejanzas entre dos formas aparentemente inconexas, para discernir similitudes y analogías entre acontecimientos aparentemente distantes es lo que hace surgir ideas innovadoras. El niño muy pequeño es particularmente prolijo a este respecto: “Me operaron; me hicieron un agujero en la pierna”, le dijo la abuela. Muerta de risa, Carlota le responde: “¡Y te desinflaste!”

Aristóteles veía en la capacidad para forjar metáforas la verdadera marca del genio; pero esa aptitud no es una prerrogativa de los poetas únicamente; también es de una gran utilidad para los científicos. Algunas imágenes proporcionaron las metáforas que han fecundado las concepciones científicas de los más grandes pensadores: para comprender el movimiento de los planetas, Kepler se inspiró en el movimiento del reloj de péndulo, y el árbol de la vida imaginado con

sus ramas y sus múltiples ramificaciones inspiró a Darwin su visión de la evolución.

El lenguaje humano debe su poderío y su originalidad a sus desplazamientos metafóricos, que son creadores de sentido.

¿PUEDEN TENER EL MISMO SENTIDO PALABRAS QUE SON DIFERENTES?

Las palabras llamadas sinónimos tienen formas diferentes fonéticamente, pero un sentido análogo. Así, "catástrofe" y "desastre", "perfectible" y "mejorable" y los verbos "continuar" y "persistir" son pares de sinónimos. En realidad, la sinonimia, que se basa en una semejanza de sentido, implica a menudo gradaciones en la intensidad, en las modalidades de utilización o en la familiaridad del término seleccionado. La "cortesía" es una galantería refinada, "engullir" implica abordar el alimento de una manera diferente que "comer" y un "pérfido" es más sutil que un simple "bribón".

Ciertas expresiones que parecen ofrecer información equivalente evocan inconscientes colectivos diferentes. Roland Barthes da el ejemplo de tres pancartas que supuestamente debían disuadir a los transeúntes de entrar en unos jardines privados: "perro bravo", "perro peligroso" y "perro guardián". En realidad, esas tres pancartas significan "no entre", pero la primera, según Barthes, es agresiva, la segunda filantrópica y la tercera objetiva.

J. L. Austin observó que el lenguaje ordinario, el que hablamos, no se estudiaba en sí mismo. Los enfoques demasiado formales dejan de lado la multiplicidad de las expresiones y los conceptos implícitos vinculados al lenguaje. Los interlocutores utilizan las expresiones lingüísticas con fines que no tienen nada que ver con el hecho de expresar la realidad, como en “me gusta el chocolate amargo”; además, muchos enunciados no describen ni representan ningún hecho.

Así, propone distinguir entre oraciones “constativas”, que poseen un valor descriptivo (los actos locutivos pueden analizarse como verdaderos o falsos: “ayer fui a Londres”), y las oraciones “performativas”, que no constituyen un acto locutivo y no son descriptivas. El acto locutivo se cumple por el hecho mismo de decir; en cambio, las oraciones performativas hacen que, mediante el habla, se realice un acto que modifica la situación de los interlocutores. No es posible analizarlas en función de la verdad: “te prometo venir a verte”, “abro la sesión”, “te piden que hagas eso por él”, “bautizo este barco”.

Estos enunciados son constitutivos de una realidad nueva, de una promesa, del cumplimiento de una acción. Producen ciertos efectos en los sentimientos, el pensamiento o las emociones del auditorio. El estudio de esa dimensión del lenguaje dio lugar a lo que ahora conocemos como pragmática, que trata de la influencia del contexto en la producción; pero el término *contexto* puede entenderse de dos maneras y cierto número de lingüistas ha rechazado aceptar el sentido muy general

del término *pragmática*. Ellos centran sus trabajos en el análisis lingüístico del discurso mismo.

En sus *Ensayos de lingüística general*, Roman Jakobson escribía:

En las combinaciones de las unidades lingüísticas existe una escala ascendente de libertad. El código fonológico de la lengua restringe fuertemente al hablante; la combinación de las palabras en oraciones lo restringe un poco menos, pero la libertad se incrementa infinitamente cuando combina los enunciados.

Ésa es la razón por la que el estudio del sentido en las situaciones de discurso o de comunicación resulta tan complejo. Los semánticos se interesaron en el proceso de construcción de los encadenamientos de enunciados en las situaciones de diálogo o discurso. Sus análisis se llevan a cabo sobre las marcas de cohesión que vinculan las oraciones y sobre lo que expresan en las situaciones de diálogo, de conversación o de exposición de ideas o hechos.

Al oír hablar a un interlocutor estamos muy conscientes de que lo que dice forma un todo coherente y no es, por lo general, una simple colección de oraciones independientes, cada una portadora de un sentido que no estuviese vinculado a los otros, ¡como en el inventario de Perec! Nuestros propósitos funcionan gracias a esas marcas subjetivas: “le digo que...”, “ella me respondió que...”, así como a las marcas reveladoras de los vínculos de dependencia y relación entre las oraciones. En efecto, las marcas de cohesión discursiva pueden basarse en una simple sucesión temporal o

causal de las oraciones: "María pidió a Juan que leyera. Él vaciló. Tomó un libro. Comenzó a leer. María suspiró con alivio".

Más generalmente, la cohesión se fundamenta en relaciones de conexión establecidas por los deícticos (aquí, allá), los anafóricos (procedimientos de repetición, de traslación de sentido, etc.), los conectores o todas las expresiones que indican tiempo y lugar. Nuestros propósitos se estructuran gracias a formas como "pero", "cuando", "porque", "después", "entonces", "en efecto", "sin embargo", "después de que", "en ese momento", etc., así como a marcas de interacción discursivas tales como "según Zutano", "en lo que concierne a Fulano", "como ya lo he dicho", etc. Esas marcas léxicas, bajo la forma de "conectores" o de "integradores", otorgan una estructura discursiva a la sucesión de oraciones que componen nuestros propósitos y que tienen sus propias estructuras sintácticas. Dichas marcas contribuyen a la coherencia de los propósitos que expresamos.

Fuera del contexto discursivo, existe un contexto más general que toma en cuenta al interlocutor y el medio en el que se expresan nuestros propósitos. Hablamos para oyentes, en un contexto cultural y social bien definido, y para comunicar o intercambiar propósitos. Nuestro interlocutor no es un gramático neutral en su escucha. Sabemos que es un oyente activo, que puede restablecer los fonemas faltantes y restablecer las formas sintácticas cojas; pero hay más: su escucha y su interpretación de lo que decimos se basan también en presupuestos, en conocimientos, en modos de interpretación socioculturales.

Las inferencias, los conocimientos, el peso del medio y el de las relaciones personales modulan la comprensión del contenido de las oraciones. Muchos lingüistas piensan que esos factores se encuentran fuera de nuestra competencia; sin embargo, forman parte de nuestras posibilidades de codificar y decodificar los mensajes. Esta reflexión nos hace entrar en el campo propio de la pragmática en su sentido amplio.

Ese aspecto de la comunicación lingüística es otra manera de interesarse en los lenguajes que atañe a muchas otras disciplinas: la filosofía, la antropología y la psicología; y pone en funcionamiento la relación entre los signos lingüísticos y sus usuarios. Estos últimos poseen la riqueza de su cultura, de sus conocimientos y de su personalidad. En la comunicación, ya sea diálogo o discurso, los interlocutores desean transmitir un mensaje. Toda la información que se ofrece se injerta en los conocimientos y los prejuicios de los interlocutores e interactúan con ellos. En ese marco, el significado es una entidad psíquica.

Cuando digo: “eso tiene sentido para mí”, no digo que he comprendido la oración, sino que lo que expresa mi interlocutor corresponde a cierta lógica en mí o encuentra un eco emocional que me hace “comprender” lo que ha sido dicho. ¿Cómo debo comprender lo que alguien ha dicho? ¿Cómo debo transmitir mi mensaje? ¿Cómo va mi mensaje a modificar la continuación de la conversación? Para que el diálogo se establezca es necesario que el interlocutor se forme representaciones mentales similares a las del hablante; es necesario que el sentido converja. Dan Sperber y Deirdre Wilson estiman que la comunicación ha sido

lograda no cuando los oyentes reconocen el sentido lingüístico del enunciado, sino cuando infieren lo que “quiere decir” el interlocutor.

Para ello, no solamente es necesario el reconocimiento de la forma de la proposición; también es necesario que se comparta un contexto de referencia, así como que exista un acuerdo sobre el empleo de los términos. Si el conjunto de las representaciones que comparten el oyente y el interlocutor es importante, la información que se transmite se optimiza y su “pertinencia” se incrementa. En ese marco, la comunicación lingüística se describe en función de intenciones, de inferencias y de conocimientos compartidos. Steven Pinker da un ejemplo que muestra la manera en que el contexto de una experiencia social o cultural es indispensable para que haya comprensión entre dos interlocutores. Se trata de un simple intercambio verbal entre una mujer y su marido. La mujer: “Te dejo”. El hombre: “¿Quién es?” Este intercambio, en apariencia absurdo, es comprendido por todos, porque remite a una situación que forma parte de nuestra cultura; en otras culturas, tal intercambio podría no tener ningún sentido.

Con todo, incluso en una comunidad con capacidades lingüísticas convergentes, el medio ambiente cognitivo de los individuos es diferente: el saber, las experiencias, los recuerdos, las hipótesis sobre el mundo, etc., no son homogéneos.

Einstein hablaba poco. Estimaba que, a falta de un saber compartido y con un lenguaje ampliamente inadaptado, no podía hacer comprender la novedad de sus conceptos. Sin duda alguna veía que el vocabulario

clásico, adherido a la representación actual del universo y no a los mundos inaccesibles a nuestros sentidos, podía engendrar un alto grado de confusión e incompreensión.

El hecho de que un buen profesor logre hacer comprender nociones complejas constituye un gran arte. Es necesario que prepare las mentes de tal manera que las nociones nuevas se inserten en las representaciones previas más o menos adaptadas de los alumnos.

Volvamos a la palabra *inferencia*, tan importante en los procesos que entran en juego en la comunicación. Muy a menudo no se puede interpretar las palabras simplemente conforme a un universo predeterminado, pero sirven para desencadenar interpretaciones posibles conforme a este universo. Para que se logre la comunicación, es necesario que podamos determinar el sentido de un enunciado con nuestro conocimiento del universo al que se remite ese enunciado (universo real, universo de conceptos o universo de propiedades); y debemos hacerlo a pesar de las restricciones que nos imponen las reglas contextuales de su uso (léxicas, sintácticas y pragmáticas). A partir de ahí, podemos comprender el sentido.

LA MANIPULACIÓN Y LO QUE SE CALLA

Si bien es cierto que las lenguas ponen a nuestra disposición las formas que nos permiten estructurar nuestros pensamientos, articularlos y adaptarlos a los propósitos de nuestro interlocutor, también lo es que, mediante variaciones sutiles, permiten que el interlo-

cutor modifique la recepción del mensaje y, por ende, sus inferencias.

Tomemos la historia del dominicano y el jesuita que van a pedir consejo a su confesor. El dominicano le pregunta: "Padre, ¿puedo fumar mientras rezo?" Y recibe esta respuesta: "¿Acaso no piensas, hijo? Tienes que concentrarte completamente en tu oración". El jesuita pregunta: "Padre, ¿puedo rezar mientras fumo?" Y recibe esta respuesta: "Por supuesto, hijo; hay que orar lo más a menudo posible".

¿Manipulación? El lenguaje es adaptable, ¡el hablante puede servirse de esa característica para inducir al otro a "comprender" su pregunta de tal manera que tenga más posibilidades de oír la respuesta que desea!

El problema de "lo que se calla" nos lleva un poco fuera del campo del lenguaje. No se debe confundir la inferencia con la sospecha o la ilusión. Las inferencias deben ayudar a la comprensión de la oración. Consciente o inconscientemente, un interlocutor puede "oír" muchas cosas a partir de sus propias expectativas. Los deseos o las hipótesis, frecuentemente irracionales, porque están vinculados con planos emocionales o con experiencias muy personales, interfieren con la comprensión, incluso con personas cercanas ¡o sobre todo con ellas! Las expectativas inducen efectos deformantes o multiplicadores.

Somos activos en nuestra comprensión del lenguaje, y la gama de hipótesis que estamos en condiciones de emitir acerca de los contextos puede ayudar a nuestra comprensión mutua o abrir brechas de incompreensión a causa de las palabras o a pesar de ellas.

En los grupos sociales, la cultura común es un depósito de saber compartido que permite la comunicación. Entre grupos sociales muy diferentes, cuyas hipótesis sobre el mundo divergen, la comunicación no siempre es fácil ni lograda. Las lenguas poseen vocabularios diferentes y modos de transmisión de la información muy marcados frecuentemente por la cultura y las costumbres. Los sinsentidos y los errores de interpretación son abundantes. Ésa es la razón de que sobrevengan tantos malentendidos entre personas que provienen de horizontes geográficos o sociales muy diferentes, aun cuando utilicen una lengua común. Cuando nuestro "universo" pragmático de referencia no es el mismo que el de nuestro interlocutor —por ejemplo: la complejidad de las marcas de cortesía incluidas en la lengua japonesa, que dispone de giros diferentes para los hombres, las mujeres, los "superiores" y los "inferiores"—, hace la comunicación muy difícil para un extranjero. En muchas lenguas algunas palabras "iguales" que parecen corresponder a una realidad "igual" encierran en realidad divergencias de interpretación debidas a historias culturales o psíquicas singulares.

Tomemos algunos ejemplos simples: las palabras "mal" y "bien" están cargadas en un segundo plano de valores filosóficos, morales y religiosos, incluso políticos; no hace mucho tiempo que comenzamos a encontrar bellos objetos surgidos de culturas cuya estética se aleja de los cánones de belleza, tal como Atenas, Roma y el Renacimiento la concebían; y las representaciones de las palabras "vida" y "muerte" van mucho más allá de

su definición científica. Las interrogantes éticas sobre esos aspectos se topan con las experiencias inmemoriales de las costumbres. Todas esas palabras, entre muchas otras expresiones, hacen entrar en juego caudales de creencias y conocimientos. El sentido de las palabras del hombre se sumerge profundamente en los valores, los usos y los inconscientes.

Es extraordinario que en general lleguemos a comprendernos, a comunicarnos y a aprender gracias al lenguaje, tan poderoso, tan sutil, tan lleno de trampas.

III. EL LENGUAJE EN NOSOTROS

¿CÓMO APRENDE A HABLAR EL NIÑO?

No se enseña a hablar a un niño: él aprende por sí mismo en su medio natural; como decía Darwin: tiene una tendencia instintiva a adquirir el arte del lenguaje y un deseo innato de hacerlo. Por lo demás, el hombre siempre ha tenido la intuición de que la aptitud para adquirir el lenguaje se debía a un don que creía proveniente de Dios, de la razón, y que en la actualidad vinculamos a la evolución.

Con todo, el recién nacido que viene al mundo parece tan desprovisto que es difícil ver en él una poderosa máquina genéticamente ajustada para procesar la información del mundo físico, y particularmente para adquirir el lenguaje; sin embargo, así es.

La evolución ha dotado a todo ser humano recién nacido de la tendencia a adquirir el lenguaje. La rapidez y facilidad con que los niños aprenden a hablar es tan asombrosa que únicamente es posible explicarlas mediante la existencia de aptitudes específicas incorporadas en su código genético. El aprendizaje se lleva a cabo "por sí solo" a partir de esa capacidad y de un inmenso interés por el lenguaje; sin embargo, si bien es cierto que al nacer el niño aprende la lengua o las lenguas que oye hablar en su entorno, ello es así porque su aptitud para el lenguaje se desarrolla bajo la

influencia de lo que oye. Para que las precoces y asombrosas facultades de aprendizaje de una lengua logren hacer del recién nacido un ser hablante, es necesario que el niño oiga hablar a otros seres humanos de su entorno y que éstos le hablen. Ese medio ambiente lingüístico le procura las características fonológicas, sintácticas y prosódicas de su lengua materna, así como un modelo de comportamiento que le muestra el valor comunicativo, referencial y apelativo del lenguaje.

La lengua hablada que oye le proporciona un modelo de la gramática y el comportamiento lingüístico. Los niños que durante los primeros años de su vida no tuvieran ningún contacto con otros seres humanos perderían su capacidad para el lenguaje; y los que no tienen intuición sobre los deseos del adulto están en desventaja para desarrollar el lenguaje. Consecuentemente, es necesario un contexto social adaptado para activar las aptitudes iniciales de los niños. El surgimiento del lenguaje en cuanto estructura intencional únicamente se puede estudiar a partir de su incorporación genética y de las interacciones de ésta con el medio lingüístico y cultural.

Los experimentos llevados a cabo en los últimos años han revelado la existencia en los recién nacidos, incluso en el feto, de asombrosas facultades de percepción, categorización y selección de los sonidos del habla. Desde antes del nacimiento, el niño oye hablar a su madre. La voz y las palabras de ésta impregnan la sensualidad del feto y orientan una estructura naciente para la que el sonido de la voz de la madre y las características prosódicas de su lengua serán familiares. Al nacimiento, el niño discrimina las característi-

cas fonéticas y las combinaciones de signos de las lenguas habladas y establece una preferencia por su lengua materna, así como por la voz de su madre. ¡Y el “trabajo” de escucha del lenguaje lo mantiene ocupado desde el nacimiento!

Las crías humanas nacen aptas para hablar todas las lenguas, pero sólo hablarán las que estén presentes en su medio ambiente social. Su sistema psicoacústico, agudizado por el reconocimiento de los sonidos, se formará gracias a la escucha de la lengua materna y para esa lengua. En el transcurso del primer año, el niño se “especializa” en el procesamiento de los sonidos de su lengua: se torna indiferente a las sílabas y entonaciones que no existen en su lengua materna y se concentra en lo que es característico de esa lengua. Esa formación, a la escucha de la fonología y la prosodia de la lengua materna o de las lenguas habladas en su entorno cuando el niño está en un medio bilingüe, estructura su procesamiento del lenguaje. Hacia los nueve meses comienza a reconocer algunas palabras.

Durante el primer año también se desarrolla la posibilidad de articular sonidos, aunque con mayor lentitud, pues, contrariamente al oído, el tracto vocal del niño es inmaduro al nacimiento: su forma no permite al niño de pecho articular sonidos del lenguaje; además, el niño aún no domina su fonación antes de los cuatro meses. Únicamente con la aparición del balbuceo, hacia los siete meses, comienza a poder articular algunas sílabas; pero la adquisición del dominio de los órganos de la voz necesarios para la articulación le tomará varios años.

La mayoría de los niños pronuncia sus primeras palabras entre un año y 18 meses; las oraciones llegan un poco más tarde y, entre los tres y cuatro años de edad, la gramática del niño es en gran parte correcta. La adquisición de la gramática se refleja en la producción de oraciones de varias palabras y en el uso de artículos. En seguida, el niño domina las inflexiones de género (bello/bella), los plurales y los tiempos de los verbos (como, comeré); después vienen las derivaciones, que le permitirán crear otras palabras (bello/belleza), así como la función de los prefijos y sufijos (llenar/rellenar, sol/solecito), etcétera

¿ESTÁN INCORPORADAS LAS PALABRAS EN LA CABEZA?

Lo que está incorporado en la cabeza es la capacidad para extraer las palabras de la lengua, aunque también la intuición sobre los objetos, así como la capacidad para vincularlos a los conceptos.

Steven Pinker escribe bellamente que la palabra, “ese símbolo puro, se aprehende rápidamente entre varios miles gracias a la armonía entre la mente de los niños, la mente del adulto y la textura de la realidad”. Esta definición es notable porque hace énfasis en la mente del niño, es decir, en sus facultades para aprehender la realidad y formar categorías. Nombrar significa categorizar. El niño forma ciertos conceptos antes de conocer palabras y aprende a atribuir palabras a esos conceptos; después, bajo la influencia del lenguaje, refina poco a poco su aprehensión del mundo físico y psíquico.

Alrededor de los dos años el niño aprende una decena de palabras por día. Las estructuras de aprendizaje de las palabras no son las mismas en los niños que en los adultos. La rapidez con que los niños pequeños aprenden una lengua extranjera demuestra que los mecanismos que entran en funcionamiento son mucho más poderosos en ellos que en los adultos.

¿IMITA EL NIÑO?

La imitación y la designación concurren al aprendizaje de las palabras, pero el niño no aprende las palabras gracias a la imitación o la designación.

A principios del siglo xx los psicólogos estimaban que la imitación era el principal factor del aprendizaje. La idea sigue estando muy extendida, pero quienes la sostienen no toman en cuenta los conocimientos recientemente adquiridos sobre el desarrollo del lenguaje. En realidad, la imitación es únicamente un componente del comportamiento lingüístico del niño. Es cierto que el niño necesita modelos, que debe contar con las ventajas de un modelo de la lengua y el comportamiento lingüístico; es necesario que oiga hablar en su entorno y que se dirijan a él porque ello hace que su deseo de comunicarse se afiance en el lenguaje: por una parte, debe extraer y seleccionar las características fonéticas, sintácticas y léxicas de su lengua para poder comprenderla y hablarla y, por otra, debe comprender las intenciones del adulto que le habla, entender que éste le transmite emociones e información; sin embargo, ello no tiene nada que ver con una simple imitación.

Experimentalmente se puede “enseñar” un ruido bajo la forma de una palabra a los niños de 13 meses de edad, pero eso ya no es posible con los niños de 20 meses, que ya han integrado la forma fonética que debe asumir un sonido para representar una palabra de la lengua. Lo mismo ocurre en el caso de los gestos y ademanes que los niños admiten como “palabras” a los 18 meses de edad: dejan de serlo a los 26 meses (salvo en el caso de los niños que aprenden la lengua de gestos), porque el niño ya ha comprendido que únicamente los sonidos son significantes en el lenguaje, que los gestos y ademanes sólo son accesorios de la comunicación.

Ciertos niños imitan frecuentemente las palabras de los adultos, pero ese comportamiento no existe en otros, que también aprenden rápidamente a hablar. En consecuencia, la imitación es una estrategia opcional. En realidad, la observación de los niños pequeños muestra que es más frecuente la imitación de las palabras ya conocidas que la de las palabras desconocidas; es decir, ya no se trata de la imitación, sino de un hecho de reconocimiento.

Otros psicólogos imaginaban que el aprendizaje de las palabras estaba ligado a la covariación: cuando dos hechos se presentan al mismo tiempo, por ejemplo una palabra y un objeto, el niño los vincula y da a la palabra el sentido surgido de esa conexión; y a partir de ese principio se han elaborado modelos de aprendizaje complejos. Ahora bien, el establecimiento de una relación entre un objeto visto o tocado y la palabra que lo designa puede influir en el aprendizaje de la palabra, pero no es la base del aprendizaje. La mayor parte

del tiempo, como lo demuestran los estudios, el niño no utiliza las palabras cuando mira o percibe sus referentes. Los defensores del aspecto "asociativo" pasan por alto la actividad de la mente del niño y sus motivaciones. Ese aspecto es demasiado restrictivo y no podría explicar la adquisición de las palabras sin un conocimiento y una correspondencia con el mundo, así como sin la intuición sobre los otros. Esos modelos de aprendizaje restan importancia a las asombrosas facultades del niño para procesar el mundo y el lenguaje.

En realidad, el niño experimenta un impulso continuo por explorar y poner a prueba su entorno; busca comprender lo que quiere decir el adulto e infiere sus intenciones. Cuando los adultos hablan a los niños, no producen las palabras que utilizan en concomitancia directa con el objeto; frecuentemente la situación hace que la atribución de la palabra sea poco clara; además, muchas palabras no tienen referentes que los niños puedan ver o tocar: "bello", "gentil", "meme", y existen los homónimos y los sinónimos. Ahora bien, ninguno de esos problemas parece molestar a los niños, quienes, entre un año y tres años de edad, aprenden varios centenares de palabras.

Los niños ciegos, que no pueden vincular la visión de los objetos a las palabras, aprenden éstas poco a poco, al mismo ritmo que los niños que pueden ver. Los experimentos de enseñanza de palabras nuevas a los niños pequeños demuestran que la contigüidad entre la palabra y el objeto no es necesaria ni suficiente.

En consecuencia, es necesario postular un sistema más general.

El niño únicamente puede aprender una palabra cuando posee la noción de lo que es una palabra y el concepto al que ésta se refiere. Concepto, no objeto: el niño que aprende la palabra "¡guau-guau!" la aplica a todos los perros; la palabra "coche" a todos los automóviles.

Cuando el niño ha comprendido que las palabras tienen un sentido, dirige toda su atención hacia su descubrimiento: busca las palabras que correspondan a los conceptos. Dado que es muy sensible a lo que el lenguaje expresa, sigue la mirada del adulto para ver de qué habla, reacciona a las inflexiones de la voz, a los gestos y ademanes, a las relaciones de las palabras y de las situaciones. Los niños utilizan también su "psicología" para dar un sentido a lo que se dice, para comprender las relaciones entre los objetos o las acciones de que hablan los adultos. No son observadores pasivos. El mundo les interesa y los adultos responden o deberían responder a sus expectativas, hablando de las cosas que han atraído su interés.

El aprendizaje de las palabras es un proceso interactivo. El deseo innato de los niños de aprender y comprender el mundo que los rodea alimenta sus facultades y su intuición para procesar el lenguaje. Su deseo de aprender se alimenta de su deseo recíproco de comunicarse con su entorno, así como de su intuición sobre las intenciones de los otros y sobre el mundo. A cambio, el conocimiento de las palabras les permitirá clasificar el mundo, organizarlo, ponerlo en su lugar, actuar sobre él y, también, sentirse plenamente actores en él.

En la actualidad, no obstante, todavía nadie puede explicar realmente las facultades que permiten al niño

aprender las palabras e incluso aprender varios centenares de ellas en el espacio de unos cuantos meses.

Lo que sabemos es que los que no tienen intuición sobre los pensamientos y los sentimientos de los otros seres humanos no aprenden a hablar o difícilmente lo hacen: es el caso de los niños autistas.

¿COMIENZAN TODOS LOS NIÑOS A HABLAR DE LA MISMA MANERA?

Existen ciertas restricciones que pesan sobre el comienzo del lenguaje. Para empezar, las restricciones físicas limitan y orientan la gama de sílabas que el niño puede producir. Ningún niño comienza a balbucear diciendo: "chi-chi-chi"; casi todos, si no todos, dicen "ba-ba-ba", "ma-ma-ma", etc., al comienzo del balbuceo; no obstante, cuanto más crece el niño más vemos surgir sus estrategias de elección entre el repertorio de lo posible. Las estrategias se afirman a partir del balbuceo y, sobre todo, con la producción de las primeras palabras: en la manera como el niño crea sus primeras palabras o sus primeras expresiones comprensibles, así como en la selección de estas últimas, encontramos una gran diversidad.

El habla se constituye mediante la elección de procedimientos en el seno de un repertorio de posibles; y ya hemos visto que el lenguaje ofrece un juego muy amplio a lo posible; ¡incluso en el caso de los niños pequeños!

Algunos niños tienen preferencia por las sílabas y eligen palabras que correspondan a las sílabas que conocen o que "les gusta" pronunciar. Su vocabulario

inicial aumenta con palabras que contienen o combinan esas sílabas. Otros eligen jugar con la entonación y forman “cuasioraciones”, de las que surge una palabra rodeada de sílabas sin significado visible. Otros más, prudentemente, aguardan a saber pronunciar de manera casi correcta las palabras para decirlas y, muy rápidamente, organizarlas en oraciones. Éstos son sólo algunos ejemplos. En cuanto el niño ha comprendido que las palabras tienen un sentido, moviliza su placer y su inteligencia para crear el habla que tenga sentido para él y para los otros. Su personalidad propia le hará elegir su modo de ingreso en el campo del lenguaje. Toda la habilidad, tanto en el caso de los padres como en el de las personas que lo rodean, consiste entonces en alentar esa movilización, dejando, al mismo tiempo, que el niño encuentre su camino.

En ocasiones, los padres tienen dificultades para no ser “normativos”. Aun cuando reconocen la enorme variedad de las personalidades de los niños desde el nacimiento, ¡se sienten frustrados si su vástago conoce menos palabras que su primito de la misma edad!; sin embargo, un niño más reservado, más analítico quizá, formará oraciones bien construidas más rápidamente, si es ese aspecto del lenguaje lo que ha acaparado su atención. Las variaciones son muy grandes en el ritmo del acceso al lenguaje. Los padres deben admitirlas y, al mismo tiempo, estar atentos a que el niño dé muestras de comprensión de oraciones simples a los 18 meses de edad y pronuncie palabras antes de los dos años y medio.

En general, los adultos se expresan de una manera que se adapta a la facilidad de la adquisición del len-

guaje. Cuando se dirigen a los niños pequeños les hablan más lentamente, variando mucho sus entonaciones y marcando con una acentuación un poco más fuerte las palabras o las formas que pueden ser más difíciles. Ya se ha demostrado que no es necesario corregir las faltas del niño o hacerle repetir las palabras; por el contrario, es bueno responderle y, si es necesario, rectificar sus errores retomando lo que dicen y desarrollándolo. Esa técnica, llamada de expansión, se ha revelado muy fructífera. Así, cuando el niño dice: "paíto se fue", la madre, el padre o el adulto presente deben responder algo así como: "sí, el pajarito se fue, se fue a volar al cielo"; y cuando dice: "papá tomó eso", algo así: "sí, papá tomó el periódico para leerlo", si bien la mayoría de los padres lo hace espontáneamente. Por otra parte, no se debe hablar como nene ni repetir sistemáticamente las enternecedoras palabras deformadas por el niño. Él puede emplearlas; nosotros no.

¿HABLAN LOS NIÑOS PARA OBTENER COSAS?

Existe un comportamiento curioso que se manifiesta a la edad de dos o tres meses: la toma de turnos. El recién nacido responde con vagidos a la persona que le habla mirándolo; y entonces se establece un "diálogo" que puede prolongarse durante tres o cuatro intercambios. Ese comportamiento desaparece rápidamente (en 15 días) y ya no reaparece antes de que el niño comience a hablar, a responderse a sí mismo —lo cual es un comportamiento frecuente entre los niños pequeños—, o a "dialogar" con un adulto.

¿Consisten los turnos —que encontramos incluso entre los recién nacidos sordos— en una preparación para la comunicación? Es cierto que el diálogo tiene un importante lugar en el funcionamiento lingüístico; sin embargo, ello no responde completamente a la respuesta planteada; lo único que hace es demostrar que no es así como se debe plantear. Los niños son seres humanos y, en cuanto tales, se ven impelidos a explorar el mundo y el lenguaje que permite la comunicación y la organización del pensamiento.

Para los niños, el lenguaje tiene la misma función que entre todos los seres humanos; pero si bien es cierto que les proporciona la posibilidad de designar y expresar sus deseos, lo que resulta más importante es que les permite jugar con sus representaciones mentales. Nunca se insistirá lo suficiente en esa función esencial del lenguaje: no solamente sirve para comunicarse, sino para elaborar representaciones y para jugar con ellas, rasgo particularmente importante en el niño.

¿A qué se refieren las primeras palabras del niño? Muy curiosamente, el estudio de esas palabras demuestra que no sirven especialmente para expresar necesidades o deseos muy utilitarios, como comer, beber o pedir objetos; los gritos, los gestos y los primeros desplazamientos de los niños son eficaces a este respecto antes de que alcancen la edad de la primera palabra: los niños pequeños saben expresar sus necesidades vitales sin palabras. Es cierto que encontramos un buen número de términos para el alimento entre las 50 primeras palabras de los niños, pero también encontramos comentarios sobre lo que hacen ellos mismos o sobre lo que hacen sus familiares, así como nombres de objetos y

animales. Las palabras tales como “bum”, “no tengo”, “eso”, “bonito”, etc., son frecuentes en los primeros vocabularios, al igual que palabras de socialización como “adiós” y “¡viva!”. El niño experimenta un placer manifiesto en nombrar, categorizar y comentar; y forma oraciones declarativas. Los niños muy pequeños “hablan” mientras juegan solos o al lado de los adultos, mucho más que dirigiéndose a alguien en particular. Percibimos en ello el placer del descubrimiento.

Con todo, es necesario aguardar un poco para encontrar en el vocabulario de los niños pequeños expresiones de afecto o palabras abstractas. A los seis años de edad, los niños que no tienen trastornos de lenguaje poseen un conocimiento intuitivo de cerca de 10 000 palabras.

¿QUÉ SE NECESITA PARA UN BUEN DESARROLLO DEL LENGUAJE?

En el caso de un niño con buena salud, sin trastornos auditivos ni neurológicos, el buen desarrollo del lenguaje tiene lugar de manera natural si se le habla y se ocupa uno de él. Es necesario que se le dé posesión del lenguaje mediante la palabra de los otros, la de su madre, sin duda alguna, aunque no solamente ésa. La implantación afectiva del lenguaje es el fundamento de los lazos interactivos que se encuentran en la base de las primerísimas comunicaciones del niño. Como ya lo hemos visto, el lenguaje se desarrolla a partir de la intención innata de comprender la “mente” de los otros y descubrir el mundo.

El niño tiene necesidad de saber que su balbuceo, su parloteo, sus primeras palabras, serán "oídos". No es necesario que los padres lleven a cabo un trabajo específico a ese respecto; lo que sí es necesario es que las cosas ocurran normalmente y que el niño se sienta rodeado, escuchado. Frecuentemente, el hecho de que balbucee o hable "para sí" no es un contraejemplo. En presencia del adulto, el niño pequeño escucha, atiende y "analiza" el habla de los otros y los efectos que ésta tiene sobre él. Solamente más tarde podrá "entrar" en una conversación más general. Cuando comienza a pronunciar palabras las dice tanto para sí mismo como para los otros. Cuando el niño está frustrado por las interacciones con un entorno condescendiente, cuando no respondemos a sus primeros intentos de comunicación oral, los efectos sobre el desarrollo del lenguaje pueden ser graves y frecuentemente van acompañados de trastornos psicológicos. Felizmente, la predisposición para el habla es muy fuerte en el ser humano. En general, ni siquiera algunas situaciones muy dramáticas entorpecen el acceso al habla.

¿PUEDE UN NIÑO APRENDER A HABLAR DOS LENGUAS A LA VEZ?

A partir del nacimiento, el niño es sensible a las características de la lengua que oyó hablar durante el período prenatal. Los niños de pecho de unos cuantos días reaccionan de manera diferente cuando oyen oraciones pertenecientes a su lengua materna que cuando oyen otras que pertenecen a una lengua extranjera.

Gracias a un procedimiento de succión no contingente que permite observar las "preferencias" de los niños de pecho, vemos que éstos, de origen francés, por ejemplo, maman con mayor fuerza cuando escuchan oraciones en su lengua materna que cuando escuchan oraciones en ruso; y llegan incluso a distinguir entre el japonés y el inglés, que nunca han oído, pero cuyas características rítmicas son muy diferentes. Esos mismos niños de pecho no reaccionan si las dos lenguas son cercanas, como el italiano y el español. Consecuentemente, parece ser que, a partir del nacimiento, los niños de pecho clasifican las lenguas según ciertas clases rítmicas.

A partir del tercer mes de edad, no obstante, esa capacidad se restringe y el niño ya no diferencia otras lenguas distintas de su lengua materna, la cual prefiere escuchar entre todas. A partir de su más temprana edad, el niño de pecho centra toda su atención en su lengua materna.

Cada vez con mayor frecuencia algunos niños de pecho oyen hablar dos o más lenguas en su entorno cercano. ¿Qué ocurre? Las extraordinarias facultades de los niños les permiten discriminar y registrar las particularidades rítmicas, silábicas y fonológicas de todas las lenguas. Ni el niño de pecho "bilingüe" ni el "monolingüe" confunden las "hablas" que oyen en su entorno. Las diferencias en el ritmo, la estructura silábica y los fonemas de las lenguas que oye el niño de pecho le permiten separarlas y adquirir conciencia de los diferentes códigos lingüísticos y permanecer atento a ellos. A menudo los niños bilingües aprenden a hablar un poco más lentamente, pero no siempre ocurre así.

Los estudios experimentales referentes al desarrollo precoz del bilingüismo en los niños (durante el primer año de edad) son raros. Las observaciones detalladas del desarrollo de los niños de pecho bilingües de medios favorecidos han demostrado que esos niños tienen un desarrollo comparable con el de los niños monolingües, particularmente cuando los padres han respetado la regla "una persona = una lengua", es decir, cuando cada uno de los padres habla en su propia lengua materna con el niño. De manera semejante al niño monolingüe, el niño bilingüe desarrolla primero la fonología y después el léxico y la gramática de cada una de las lenguas, así como su ritmo y su prosodia; no obstante, los experimentos llevados a cabo para probar las discriminaciones fonológicas demuestran que los niños de pecho tienden a favorecer la fonología de una de las lenguas.

Cuando existen interferencias entre las lenguas en el transcurso del desarrollo del niño se trata más bien del producto de sus estrategias de expresión que de errores. Debido a que el bilingüismo precoz atrae la atención del niño sobre su propia actividad lingüística y, de esa manera, favorece las actividades metalingüísticas, la creatividad léxica y los juegos entre las lenguas son a menudo más precoces entre los niños bilingües. A partir de la edad de tres años, el niño bilingüe sabe en qué lengua debe dirigirse a su interlocutor; ya ha adquirido conciencia de su bilingüismo y comprende que otros no lo comparten.

Estas observaciones se desprenden de los estudios hechos sobre el comportamiento de los niños en medios bilingües favorecidos. Sin duda alguna, el semibi-

lingüismo de los medios desfavorecidos no da resultados tan positivos.

¿POR QUÉ NOS ES TAN DIFÍCIL APRENDER UNA LENGUA EXTRANJERA MÁS TARDE?

Las aptitudes innatas para el habla que posee el recién nacido disminuyen con el correr de los años. Las facultades de discriminación entre los fonemas se atenúan con mucha rapidez. A partir del final del primer año de edad, los niños ya no perciben ciertas distinciones fonéticas que no existen en su lengua materna. Eso es lo que explica la dificultad que experimentamos para aprender a hablar sin acento una lengua que no hemos oído hablar desde nuestra primera infancia. No todos los aspectos de una lengua extranjera plantean los mismos problemas en el momento de la adquisición de una segunda lengua; sin embargo, la fonología y la prosodia son campos particularmente sensibles. Cuanto más tarde se ha aprendido una lengua extranjera tanto menos posibilidades se tiene de hablarla sin un acento muy marcado. De alguna manera, tanto nuestro oído como nuestro tracto vocal se han especializado para oír y producir los sonidos de la lengua que nos arrulló a partir de nuestro nacimiento.

La edad de siete u ocho años parece ser crítica a ese respecto. Se piensa que, después de esa edad, sería difícil aprender una lengua extranjera sin rastros del acento de la lengua materna. Algunos creen que el umbral crítico precede a la edad de la pubertad. En ese campo, como siempre, existen excepciones asombro-

sas entre los seres humanos, habida cuenta de la variabilidad de las dotes de los individuos. En el caso de la adquisición tardía, el aprendizaje de una lengua extranjera y el hablarla sin acento suponen usualmente una inmersión real en esa lengua y no solamente algunos cursos con un profesor cuya lengua materna no sea la que enseña.

Los estudios de las imágenes de la actividad cerebral obtenidas mediante diversas técnicas han puesto de manifiesto la existencia de representaciones corticales diferentes en el caso de la lengua materna y en el de la segunda lengua cuando esta última ha sido aprendida tardíamente y los hablantes no la dominan correctamente; sin embargo, también se ha descubierto que existe cierta variabilidad en las localizaciones corticales de la segunda lengua, según los individuos de que se trate: en el caso de los que han llegado a ser hablantes excelentes de la segunda lengua, el registro cortical de esta última abarca generalmente el de la primera. ¡Las técnicas de captación de imágenes cerebrales permiten incluso “predecir” la capacidad de los individuos para aprender lenguas extranjeras!

¿ES POSIBLE HABLAR 20 LENGUAS?

Hablar varias lenguas constituye una riqueza. No solamente por las redes de relaciones sociales y la profundización cultural que ello permite, sino también por la comprensión más profunda de la lengua propia. Sin una aprehensión de las diferencias y las complementariedades de la “cartografía del mundo” que da el cono-

cimiento de varias lenguas, es más difícil aprehender las riquezas y las particularidades de la propia. Goethe escribía que “ningún monolingüe conoce verdaderamente su lengua”.

Existen individuos más dotados que otros para aprender las lenguas. Los niños criados en países donde el plurilingüismo es frecuente, ya sea a causa de la presencia de diversos grupos étnicos o porque la lengua nacional no permite intercambios internacionales, son más capaces de llegar a ser plurilingües confirmados. El conocimiento previo de tres o cuatro lenguas facilita grandemente la adquisición de otras lenguas: los hablantes plurilingües se hacen sensibles a las estructuras lingüísticas y al funcionamiento de las lenguas y se sirven de las herramientas metalingüísticas que han elaborado para aprender nuevas lenguas. Un oído musical sensible a las diferencias fonológicas y prosódicas de las lenguas también facilita la comprensión y la aptitud para hablar lenguas extranjeras.

Toda esperanza está permitida; después de todo, ¡el inglés no era la lengua materna de Joseph Conrad ni de Vladimir Nabokov!*

¿PODEMOS OLVIDAR NUESTRA LENGUA MATERNA?

Los niños adoptados antes de los seis años de edad y que ya nunca han oído hablar su lengua materna ya no son sensibles a las características de su primera lengua 20 años más tarde. Es probable que esa falta de evolu-

* Aunque hayan escrito en esa lengua.

ción de la lengua materna tenga su explicación en algunos fenómenos de inhibición. Por lo general, se trata de niños que sufrieron en su condición primera y pudieron reprimir su lengua materna; sin embargo, no es raro encontrar personas que han abandonado su país natal ya adultas y han vivido en países donde casi no han tenido la ocasión de hablar su lengua y la han olvidado parcialmente. ¡Cometen graves errores gramaticales y hablan con un acento fuertemente influido por la lengua del país extranjero! Con todo, se dice que el hábito de contar permanece más anclado en la lengua materna y ciertas anécdotas consignan que esos olvidadizos se vuelven hacia su lengua materna en su última hora. Se dispone de muy pocos estudios sobre esos comportamientos y seguramente existe una gran variabilidad debida tanto a factores afectivos y psicológicos como a la sensibilidad lingüística de cada individuo.

¿POR QUÉ NO TODOS LOS NIÑOS COMIENZAN A HABLAR SIN PROBLEMAS?

Sería demasiado extenso presentar todo el cuadro de los trastornos de adquisición del habla y éste no es el lugar para mencionar las principales causas de disfunción que entrañan la incapacidad o la dificultad para aprender a hablar; no obstante, los siguientes son algunos de los problemas más frecuentes que ocultan patologías todavía mal conocidas en su mayoría.

La capacidad para hablar una lengua no está particularmente vinculada al comienzo con factores intelectuales. Es inherente al ser humano; puestas a un

lado las desventajas físicas o específicas, todos los seres humanos aprenden a hablar su lengua. Más tarde, cuando los conocimientos adquiridos alimentan el vocabulario y el saber, aparecen disparidades en el manejo de la lengua que pueden revelar ciertas dotes particulares de expresión. Las facultades intelectuales disminuidas no entrañan forzosamente la ausencia, pobreza o retardo del lenguaje.

Con todo, existen excepciones. No hablaré aquí de las desventajas cerebrales importantes ni de los niños cuyos trastornos de lenguaje forman parte de un síndrome más general, como los niños autistas. Hablemos primero de las desventajas “periféricas”.

¿CÓMO PUEDEN APRENDER A HABLAR LOS SORDOS?

En general, los sordomudos únicamente son mudos porque son sordos. Los niños que no oyen no pueden aprovechar la necesaria interacción entre sus facultades para el lenguaje y la información lingüística que surge de su entorno, pero su capacidad para el lenguaje permanece intacta.

En Francia, el Código Justiniano privó durante mucho tiempo de todos sus derechos a los niños cuando eran mudos, pero los niños que hablaban mantenían todos sus derechos, aun cuando siguieran siendo sordos. Vemos la importancia de la capacidad de hablar para todas las cuestiones institucionales. Las familias debían permitir a los niños sordos tener acceso al lenguaje oral con el propósito de preservar sus derechos; pero esa opción, que exigía una educación y

una fuerte inversión, dejaba a un lado del camino a la mayoría de los niños sordos y, sin lenguaje, el desarrollo intelectual de esos niños abandonados a su suerte se estancaba. Es cierto que los niños sordos podían comunicarse mediante gestos, pero, en un medio de gente que podía oír, frecuentemente sólo tenían una comunicación limitada con sus familiares y con los adultos que comprendían las formas gestuales que esos niños creaban individualmente. A finales del siglo XVIII, el abate de l'Épée elaboró un sistema de gestos para dar la posibilidad de desarrollar una comunicación lingüística a los individuos que oían mal; así, sistematizó y estructuró un lenguaje de gestos para hacer de él una herramienta de enseñanza. En el presente se reconoce el lenguaje de gestos como una lengua completa, con su "fonología" y su sintaxis: se vale de la configuración de los dedos, el lugar del gesto y la dinámica del movimiento como indicios portadores de sentido y es un lenguaje que permite una expresión rica y diversificada. En realidad, se debería hablar de lenguas de gestos, en plural, porque, como en el caso de las lenguas habladas, existen varias, según el país de origen.

La práctica de una lengua constituida a partir de la edad más temprana elimina las restricciones que pesan sobre el desarrollo intelectual de los niños. La mayoría de los niños sordos son o serán bilingües: hablarán una lengua de gestos y una lengua oral, la de su propio país, gracias a que, desde hace mucho tiempo, se han estado utilizando métodos específicos para enseñarles a hablar.

¿POR QUÉ ALGUNAS PERSONAS BALBUCEAN O TARTAMUDEAN?

El tartamudeo plantea un problema que compete al campo de los trastornos del desarrollo del lenguaje. Está relacionado con factores somáticos, agravados a menudo por factores psicológicos.

Para pronunciar las palabras es necesario poner en movimiento y coordinar centenares de músculos, lo cual exige un sistema automático rápido, confiable y preciso. El tartamudeo es el resultado de una perturbación de ese sistema: la fluidez del habla queda obstaculizada con bloqueos ante ciertas sílabas o ciertas palabras, vacilaciones y trastornos del ritmo que imprimen un aspecto cortado al habla y que a menudo van acompañados de movimientos espasmódicos de la respiración, así como del rostro, los labios y los ojos. Frecuentemente toda una serie de tics acompaña esos trastornos de la producción del habla. En los casos importantes el habla parece un suplicio y, en todos los casos, perturba las relaciones sociales, haciendo difícil la comunicación; pero el grado de los trastornos es muy variable entre los tartamudos y, a menudo, el cuadro es mucho menos severo.

Frecuentemente vemos que, entre los niños pequeños de dos años y medio a cuatro años de edad, se establece un tartamudeo. A esa edad la producción del habla todavía no ha sido bien dominada, no más que, por lo demás, el control de ciertos órganos fónicos. El tartamudeo, que se vincula con tensiones musculares, entraña repeticiones espasmódicas que desaparecen rápidamente cuando se adquiere un mayor dominio motriz del lenguaje.

El tartamudeo que se establece hacia los cinco o seis años, o más tardíamente, es diferente. En ocasiones tiene su explicación en las dificultades de producción del habla que a menudo se relacionan con la entrada a la escuela y con la presión que esta última puede ejercer sobre los modos de expresión o de atención. Puede ser tenaz y agravarse al grado de volverse muy molesto para la escolaridad y para las relaciones sociales del niño y, después, del adulto.

Son varios los factores que entran en juego: los factores hereditarios (el número de tartamudos que tienen antecedentes familiares de tartamudeo se estima en 40%), la lateralización (los zurdos están más sujetos al tartamudeo), los trastornos de desorganización del lenguaje, las dificultades en los procesos de integración psicomotriz y, en fin, los factores psicológicos. El sexo también influye: los niños están más sujetos al tartamudeo que las niñas (de 75 a 80% de los tartamudos son niños). Se puede comparar el predominio de niños y zurdos con el que se encuentra en el caso de todos los trastornos de disfasia y dislexia que afectan al lenguaje y la lectura.

La evolución del tartamudeo depende de la intensidad del síntoma, del individuo, del entorno y del tratamiento. El número de tartamudos disminuye con la edad; puede haber curaciones espontáneas, atenuaciones y remisiones, pero, desgraciadamente, también síntomas tenaces. Algunos adultos descubren adaptaciones que les permiten dominar las consecuencias del tartamudeo, pero otros viven enfrentados a una desventaja social y psicológica traumática.

Los tratamientos son diversos y van del relajamien-

to psicomotriz a la reeducación ortofónica o a los tratamientos psicológicos, cuando existen factores neuróticos asociados.

No hay que confundir el tartamudeo con el balbuceo o la farfulla, que consisten en vacilaciones, *lapses*, sonidos articulados débilmente o encadenamientos erróneos de oraciones. El balbuceo puede ser momentáneo y, en ese caso, estar relacionado con situaciones de tensión. También puede ser característico de un modo de hablar impreciso o vacilante propio de ciertas personalidades nerviosas o tímidas, a las que podemos ver interpretadas en el cine por actores como Darry Cowl o Pierre Richard, especialistas en el tartamudeo y en la farfulla, o Woody Allen, tan contundente como personaje estresado que busca recuperar u ocultar una situación confusa balbuciendo con aplomo.

¿EXISTEN NIÑOS QUE NO LOGRAN HABLAR O HABLAN CON DIFICULTAD?

Existen trastornos de la adquisición del lenguaje que se agrupan bajo el nombre de disfasias. La disfasia se define como la existencia de un déficit durable del desempeño verbal que no se debe ni a la sordera ni a la debilidad ni a una lesión adquirida ni a carencias afectivas. Las formas de disfasia del desarrollo son numerosas y todavía desconocidas. Pueden adoptar varios aspectos: insuficiencia de la articulación, trastornos de la diferenciación perceptiva de los fonemas, agramaticalidad reflejada en la incapacidad para integrar, aplicar y comprender las reglas sintácticas y morfológicas

y, en fin, la falta de palabras y un vocabulario sucinto. Todas esas manifestaciones van acompañadas de dificultades o lentitud en la comprensión. Los trastornos de la disfasia pueden ser más o menos severos, desde la incapacidad casi total para hablar hasta dificultades que provocan errores de pronunciación o faltas de sintaxis.

Es necesario guardarse de confundir las aproximaciones de pronunciación de los niños muy jóvenes o la lentitud en la adquisición de las primeras palabras u oraciones con una disfasia de desarrollo; no obstante, la mayoría de las verdaderas perturbaciones lingüísticas se revelan muy precozmente y no deben confundirse con los simples retrasos del lenguaje.

En la mayoría de los casos, los niños que padecen disfasia experimentan grandes dificultades para comprender y utilizar el lenguaje. Algunos de esos niños, tratados correctamente, pueden recuperar su escolaridad normal; en algunos otros, el lenguaje sigue siendo sucinto y estereotipado todavía en la adolescencia y va acompañado de dificultades de razonamiento. La falta de ayuda del lenguaje para estructurar el razonamiento y formular encadenamientos de ideas entraña un empobrecimiento del pensamiento abstracto y dificulta mucho la escolaridad y los trastornos de comunicación frenan y reducen la integración social. El conjunto de dificultades que los niños con disfasia encuentran en la escuela y en su marco de vida, en particular los más fuertemente afectados, va acompañado o es el origen de trastornos psicológicos. La gravedad de las consecuencias de la disfasia de desarrollo señala la importancia de tratar precozmente a los niños con

ese padecimiento; pero la variedad y multiplicidad de los trastornos y de las causas de la disfasia plantean el problema de la adecuación del tratamiento. Un sistema auditivo correcto y un tracto vocal normal no bastan para poder aprender y dominar el lenguaje hablado; es necesario que estén intactas las bases cerebrales que permiten procesar la fonología y las reglas de organización sintáctica y léxica del lenguaje: las bases cerebrales de la capacidad para el lenguaje.

Muy a menudo, en el caso de una disfasia, la pobreza relacional y lingüística del entorno del niño es únicamente un factor agravante. Los orígenes de la mayoría de las dislexias de desarrollo son genéticos.

La mayoría de las hipótesis que explican esos trastornos coinciden: ponen en el banquillo de los acusados a ciertas afecciones neurológicas más o menos específicas. En la mayoría de los casos, las disfasias son la consecuencia de una anomalía en el desarrollo del sustrato neurobiológico del lenguaje, cuyos orígenes son genéticos o epigenéticos: se ha descubierto una propensión familiar tanto a los trastornos del lenguaje como a los trastornos de la lectura o de la ortografía; sin embargo, hay que tener cuidado: ¡no se trata de hablar de un gene del lenguaje! Algunos investigadores piensan que las disfunciones de la región prefrontal izquierda del cerebro entrañan activaciones temporales anormales, de ahí que las dificultades para procesar las experiencias sensoriales varíen rápidamente y, por lo tanto, que se perturbe el procesamiento fonológico. Consecuentemente, abogan por que se haga una presentación más lenta del lenguaje a fin de permitir a los disléxicos comprender y procesar mejor la fonolo-

gía. Otros investigadores insisten en las funciones que entran en juego en el cálculo de las oraciones; según ellos, esas funciones son el origen de los trastornos de la comprensión y el procesamiento de la sintaxis. En ese caso, las afecciones cerebrales serían otras y requerirían formas de reeducación diferentes.

Las interrogantes que plantean una mejor comprensión de la disfasia de desarrollo son importantes y dan lugar a profundas investigaciones.

Los trastornos de dislexia (incapacidad para aprender a leer) han sido particularmente estudiados, porque afectan a un gran número de niños (aproximadamente al 5%). Muy a menudo, los niños con disfasia también son disléxicos, pero no todos los niños disléxicos padecen trastornos del lenguaje: muy frecuentemente se trata de niños inteligentes cuyo único problema reside en su dificultad, cuando no su incapacidad, para aprender a leer.

En la dislexia congénita, encontramos igualmente desórdenes en la distribución de neuronas de la corteza cerebral y, particularmente, en el plano de la corteza posterior. Aun cuando sean restringidos, esos desórdenes pueden tener consecuencias importantes en la actividad cerebral para la lectura. Los investigadores que han trabajado con las imágenes de las funciones cerebrales descubrieron una zona hipofuncional en la región basotemporal que provoca disfunciones en la capacidad para la lectura.

La incapacidad para desarrollar el lenguaje o, al menos, un lenguaje normal corre pareja con algunas patologías severas, tales como el autismo. Los niños autistas no hablan, o bien tienen un lenguaje y una

comunicación extremadamente perturbados e ineficaces; pero, en esos casos, los trastornos del lenguaje forman parte de un síndrome más general.

Es necesario señalar que las deficiencias cognitivas graves pueden ir acompañadas de una fluidez verbal sorprendente. Tal es el caso de los niños afectados por el síndrome de Williams, el cual se caracteriza por un retraso mental severo y la casi imposibilidad de procesar las dimensiones espaciales; sin embargo, los niños desarrollan un lenguaje gramatical complejo, con un léxico curioso que incluye palabras raras y afectadas; pero su lenguaje está poco anclado en la realidad de los hechos: a menudo se trata de "psitacismo": los niños hablan por hablar. La "capacidad" de esos niños para el lenguaje ha escapado a las afecciones cerebrales que entrañaron un déficit muy importante en los planos cognitivo y espacial.

¿ESTÁ EL LENGUAJE INSCRITO EN NUESTRO CEREBRO?

Por una parte, el cerebro del hombre permite a los seres humanos desarrollar el lenguaje hablado y, por otra, las redes que toman a su cargo la adquisición, la comprensión, la producción y la memorización del lenguaje están "incorporadas" en el cerebro.

En el siglo XIX Paul Broca fue el primero, o uno de los primeros, en observar que la destrucción de una parte del cerebro tenía como resultado la pérdida del lenguaje o trastornos diversos de la producción, comprensión o memorización del lenguaje. En la actuali-

dad conocemos las áreas del lenguaje que forman parte de los circuitos que intervienen en la realización del lenguaje. Su integridad permite que transformemos los sonidos en sentido y dicho sentido en palabras y oraciones articulables. Esos centros son la base para la creación del lenguaje y permiten dicha creación, pero el lenguaje no está inscrito en ellos como los textos en un libro. No se trata tanto de “mecanismos especiales” cuanto de redes funcionales que permiten procesar la señal acústica como mensaje lingüístico.

A finales del siglo XIX, a consecuencia de los trabajos fundadores de Broca y de Carl Wernicke, se consideró que el hemisferio izquierdo era el lugar privilegiado de los centros del lenguaje.

En efecto, las afecciones localizadas en el hemisferio izquierdo del cerebro entrañan afasias que se caracterizan por la pérdida del lenguaje, o bien por trastornos de la producción de lenguaje o de su comprensión, según su localización. El estudio de esos trastornos, que revelan los emplazamientos cerebrales del lenguaje, fue el origen de los estudios llevados a cabo sobre la “geografía” de las áreas que intervienen en este último.

Según los modelos bipolares clásicos, surgidos de los trabajos anatómico-clínicos y de la afasiología, el procesamiento del lenguaje se hacía a partir de dos regiones cuyas afecciones tenían como resultado diferentes tipos de afasia. La llamada afasia de Broca aparecía a consecuencia de las afecciones del polo anterior o área de Broca, situada sobre la tercera circunvolución del lóbulo frontal. Las afecciones de la región inferior del lóbulo frontal izquierdo producían una

afasia caracterizada por trastornos del aspecto generativo del lenguaje y por la agramaticalidad. El habla del paciente mostraba simplificaciones y estereotipos: frecuentemente omitía las palabras gramaticales, mientras que las anomalías características de las flexiones y las formas verbales producían un lenguaje de estilo telegráfico; y el paciente también tenía dificultades para pronunciar ciertos fonemas; en general, no obstante, la comprensión seguía siendo buena y los pacientes lograban hacerse comprender. Consecuentemente, se consideró que el área de Broca era el centro de la planificación y la producción del lenguaje.

En la afasia de tipo Wernicke el paciente "ignora" su trastorno y produce un lenguaje espontáneo, pero vacío de sentido e incomprensible; su manera de hablar es fluida y abundante, pero consiste en una jerga que incluye numerosos neologismos; respeta la estructura gramatical de las oraciones, pero altera el sistema fonológico; y sufre la pérdida de la capacidad taxonómica, es decir, la facultad de clasificar las palabras: así, si se le muestra la imagen de una cabra y se le pide nombrarla, puede responder "queso"; por ende, establece una semejanza semántica pero no categórica. Los afásicos con afecciones del área de Wernicke muestran perturbaciones en la comprensión.

El área de Wernicke, menos bien definida anatómicamente que la de Broca, se localiza en torno a la región posterior de la primera circunvolución temporal izquierda. Consecuentemente se considera que ese polo, posterior en relación con las imágenes auditivas de las palabras, interviene en la relación de la información perceptiva y semántica.

Las fibras nerviosas del haz arqueado son las que comunican las áreas de Broca y Wernicke.

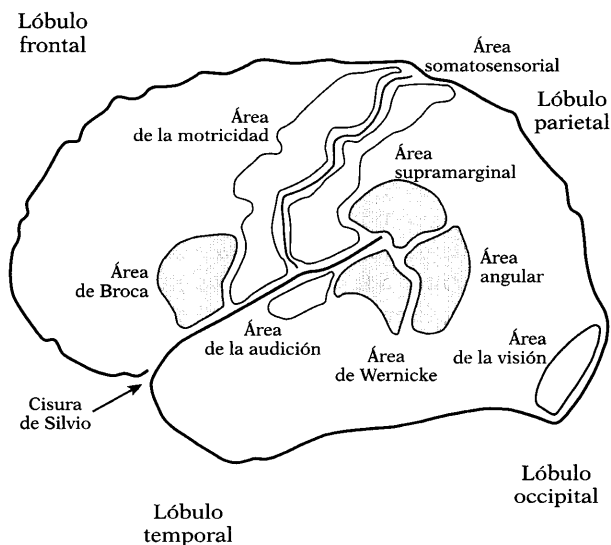


FIGURA III.1. *El cerebro con las partes fonológica y semántica del área de Broca.*

Ese cuadro, en vigor a partir de comienzos del siglo xx, ha sido completado, refinado y también modificado un poco por los trabajos más recientes de la neurología, la neuropatología y la psicopatología, así como por los estudios actuales que se llevan a cabo con las técnicas de obtención de imágenes cerebrales.

¿CÓMO SE CAPTAN LAS IMÁGENES CEREBRALES Y PARA QUÉ?

La captación de imágenes de las funcionales cerebrales, metodología indispensable hoy en día para estudiar el cerebro humano "en actividad", permite ver las diferentes áreas cerebrales que se activan durante las funciones cognitivas de alto nivel. La información que aportan los estudios de esas imágenes permite, a su vez, estudiar las bases cerebrales que intervienen en la comprensión y la producción del lenguaje. Las nuevas técnicas han llevado a revisar ciertas concepciones anteriores referentes a la organización neurofuncional que entra en juego en esos procesos. Ciertas tareas muy específicas, como la detección de fonemas, la denominación y clasificación de las palabras, la producción de palabras y verbos y la comparación de palabras abstractas y concretas, muestran una activación de áreas diferentes que son el asiento principal de esas funciones o que participan en red en esas formas determinadas de procesamiento del lenguaje.

Existen diferentes técnicas de captación de imágenes de las funciones cerebrales.

La tomografía por emisión de positrones (TEP) permite seguir el flujo sanguíneo a través del consumo de oxígeno en el cerebro. Para rastrear el consumo de oxígeno se inyecta una molécula radiactiva que sirve como rastreador y facilita visualizar el incremento del consumo de oxígeno en una zona que está "trabajando". De esa manera se pueden ver directamente las zonas del cerebro que se activan según las diferentes tareas encomendadas al sujeto. La TEP genera imágenes del

orden del minuto, lo que es un tiempo bastante largo pero permite rastrear la evolución de las activaciones en el tiempo.

La captación de imágenes de las funciones cerebrales mediante la resonancia magnética (conocida como imágenes de resonancia magnética funcional [IRMf] o *functional magnetic resonance imaging* [fMRI]) no requiere inyecciones e indica la etapa vascular (no sináptica) que acompaña a las modulaciones del flujo sanguíneo. Con las IRMF, es posible obtener imágenes sucesivas y repetidas. Las respuestas son más rápidas, con una duración de treinta segundos. Esa técnica se utiliza para detectar las áreas cerebrales que intervienen en los procesos cognitivos de alto grado.

La ecografía magnética (EGM) registra las respuestas magnéticas del cerebro en función de los acontecimientos. Esa técnica tampoco necesita inyecciones y muestra las corrientes eléctricas generadas por la parte postsináptica (despolarización) de las neuronas. Tiene una buena resolución espacial y temporal, pero su valor es más limitado para los estudios de la activación cerebral.

Todos esos métodos se complementan. Con la TEP se estudia principalmente la transmisión neuronal; con las IRMF la red funcional; y con la EGM, la cronología. Los tres métodos permiten seguir el procesamiento temporal del habla en el cerebro.

Con todo, se trata de métodos pesados y onerosos que requieren protocolos experimentales bien definidos y métodos de cálculo complejos, y apenas nos encontramos en el comienzo de su utilización en la neuropatología y en las ciencias cognitivas.

El método de la electroencefalografía (EEG), más antiguo pero siempre útil, sobre todo cuando se desea estudiar los procesos cerebrales en los niños pequeños, permite, por medio de electrodos colocados sobre el cuero cabelludo, registrar los potenciales eléctricos en respuesta a los estímulos.

¿QUÉ APRENDEMOS GRACIAS A LOS MÉTODOS DE EXPLORACIÓN DEL CEREBRO?

Gracias a esas tecnologías se ha descubierto que una misma área cerebral puede intervenir en varias funciones. Ello ha permitido afinar, sin ponerlas en tela de juicio, las diferenciaciones topológicas y presentarlas bajo la forma de redes.

Dado que nuestro cerebro es el resultado de su historia, la diversidad interindividual es más importante que lo que antes se pensaba. Así, ya no se considera que la organización del procesamiento del lenguaje sea serial, sino como una organización en redes interactivas para las que existe un continuo anatómico-funcional.

Finalmente, no existe una disociación tajante entre la producción y la comprensión del lenguaje. Así, al igual que las áreas asociativas unimodales reciben la información proveniente de las áreas sensoriales primarias, las áreas asociativas heteromodales se activan con la información proveniente de las diferentes modalidades sensoriales, mientras que otras áreas heteromodales intervienen en los procesos de integración.

Los experimentos cada vez más detallados que se han llevado a cabo con estimulaciones auditivas con-

trastadas (palabras, no palabras, sonidos puros, diferentes categorías de palabras, etc.) han demostrado que el acceso al léxico está distribuido en varias regiones corticales. Existe una geografía semántica con una localización topológica distinta para los nombres y los verbos, así como para las diversas categorías de nombres. El acceso a los conocimientos léxicos adquiridos (palabras conocidas) se basa en una red de regiones distribuidas en el seno del lóbulo temporal, cada una especializada en una categoría dada: nombres de personas, nombres de herramientas, nombres de animales, nombres de vegetales, nombres de instrumentos musicales, etc. El estudio de las imágenes cerebrales ha permitido definir las zonas secundarias que intervienen en esos procesamientos. Cuando el sujeto observa imágenes de objetos animados, su denominación pone en actividad no el área de Broca clásica, sino la ínsula, así como, naturalmente, el área visual primaria. La denominación de herramientas activa la ínsula y el área premotriz que entra en funcionamiento en el caso de los gestos necesarios para el empleo de esos objetos. La producción de verbos entraña la activación del área de Broca, de la ínsula y del temporal izquierdo (área de Wernicke).

Consecuentemente, parece ser que el reconocimiento y la taxonomía del sentido de las palabras están a cargo de las áreas temporales, mientras que las áreas anteriores administran la generación de los significantes. El continuo anatómico-funcional se despliega desde la corteza auditiva primaria, responsable del procesamiento auditivo, hasta una región temporal posterior en la que convergen la información semántica y

un polo anterior que intervienen en la generación de las palabras.

En ese marco también se ha reconsiderado la función del área de Broca. El área prefrontal inferior se activa debido a las tareas fonológicas, lo cual ya era conocido, pero lo que era menos conocido es que el área de Broca también se activa debido a las tareas semánticas.

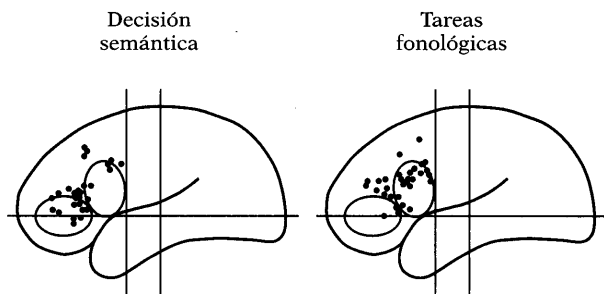


FIGURA III.2. *Las diferentes zonas del cerebro.*

El área de Broca se considera en la actualidad uno de los componentes de la memoria de trabajo. Esa área se activa incluso cuando los sujetos no tienen necesariamente que formular respuestas orales; y la intervención del área en la producción de lenguaje y en la denominación es tanto más importante cuanto más complejas son las oraciones gramaticalmente.

Así, el área de Broca es vista como un sistema de selección, de decisión y de control ejecutivo de la respuesta verbal.

¿SON IGUALES TODOS LOS CEREBROS?

La tipología del cerebro en lo concerniente al lenguaje es principalmente funcional. Los estudios de las imágenes cerebrales o de la estimulación cortical han demostrado que existe una importante variabilidad interindividual e intrahemisférica. Nuestros cerebros no son idénticos: son el resultado de una historia genética y epigenética. La variabilidad de la corteza cerebral en lo referente al lenguaje es una variabilidad tanto anatómica como funcional.

Los estudios de las imágenes cerebrales han confirmado claramente que, por regla general, el hemisferio izquierdo está dedicado al lenguaje; sin embargo, también han puesto de manifiesto una variabilidad interhemisférica en la distribución de las regiones especializadas en el procesamiento del lenguaje. Se sabía que ciertos sujetos tienen un hemisferio derecho que interviene más que el izquierdo en el procesamiento del lenguaje; pero el porcentaje es más importante que lo previsto. Lo anterior es particularmente evidente cuando se compara a sujetos diestros, es decir, que utilizan preferentemente la mano derecha, con sujetos zurdos.

En el caso de los sujetos diestros, la preferencia manual y la especialización hemisférica izquierda para el lenguaje son claras y generales; pero, en los sujetos zurdos, la relación es menos clara: ciertos sujetos zurdos, en particular los pertenecientes a familias de zurdos, muestran una especialización del hemisferio derecho para el lenguaje (aproximadamente 15% de los zurdos), mientras que los otros sujetos zur-

dos son ambidiestros (70 %), o bien tienen una especialización a la izquierda como los sujetos diestros (15 %).

Es interesante ver que las asimetrías anatómicas están correlacionadas con los fenómenos de lateralización hemisférica. Así, la asimetría del "plano temporal" está correlacionada con la especialización hemisférica funcional. Los zurdos con una especialización del hemisferio derecho para el lenguaje tienen un plano temporal izquierdo menos desarrollado que los sujetos diestros: entre la gran mayoría de estos últimos, el "*planum* temporal" izquierdo está más extendido que el "*planum* temporal" derecho. El *planum* temporal está vinculado a la comprensión del lenguaje.

Las asimetrías de la región de Broca parecen estar más vinculadas a las facultades de producción. ¿Se debe concluir de lo anterior que los grandes oradores tienen una región de Broca más desarrollada? Ningún estudio permite afirmarlo todavía.

Actualmente se estima que la geografía de las regiones especializadas en la comprensión y la producción del lenguaje es menos restringida que lo que se pensaba; no obstante, la variabilidad de la arquitectura cerebral no impide la funcionalidad; no estorba la comunicación ni la comprensión entre los individuos, los cuales comparten una misma capacidad lingüística básica para adquirir, producir y comprender una o varias lenguas.

Sin duda alguna, no es en el plano de la anatomía general del cerebro donde debemos buscar las dificultades de comprensión o las incomprensiones entre los individuos, sino principalmente en las elaboraciones

sociales y culturales y en las inversiones afectivas que están vinculadas con presupuestos no lingüísticos de lo que se dice o de lo que se oye. Dado que ciertos factores ambientales provocan variaciones en la organización de la corteza cerebral, quizás el futuro nos permita decir si esas elaboraciones y esos afectos influyen en el funcionamiento del cerebro, en su variabilidad y en la comunicación; y, además, cómo lo hacen.

¿SE FIJA AL NACER LA ARQUITECTURA DEL CEREBRO PARA EL LENGUAJE?

La capacidad para el lenguaje articulado está incorporada en la herencia genética de todo ser humano y, por ende, existe un determinismo de la envoltura genética que permite la incorporación del lenguaje en ciertas zonas cerebrales; sin embargo, no se trata de una determinación geométrica rígida. La red de relaciones e interacciones génicas que acompañan al desarrollo del embrión está sujeta a factores epigenéticos (es decir, factores vinculados con el entorno del feto o el entorno externo), y la epigénesis lleva a la variabilidad. Los factores epigenéticos incluyen, entre otros, la función de la experiencia; y se sabe que ésta comienza a partir del estadio embrionario: los verdaderos gemelos presentan diferencias corticales; esas diferencias son menores que las que se encuentran entre los falsos gemelos, es cierto, pero existen. Por otra parte, la plasticidad de la corteza cerebral de los individuos sigue siendo importante mucho después del nacimiento. Así, el aprendizaje de las lenguas modifica la geografía ce-

rebral de los políglotas adultos. Los adultos que padecen afecciones cerebrales de las zonas que intervienen en el lenguaje presentan posibilidades de recuperación a través de otras zonas del cerebro y, mediante ese rodeo, pueden recuperar las facultades de producción y comprensión.

La plasticidad y la capacidad de reorganización del cerebro se ponen de manifiesto muy particularmente en el caso de las lesiones muy precoces del hemisferio izquierdo. En los niños muy jóvenes que han sufrido una lesión o bien la ablación del hemisferio izquierdo, el hemisferio derecho toma el relevo y permite que se desarrolle un lenguaje normal o casi normal. Felizmente, las observaciones llevadas a cabo en sujetos muy jóvenes o jóvenes con lesiones tan graves son raras, pero parecen mostrar que el desempeño verbal de esos niños únicamente se distingue del desempeño de los otros niños cuando la operación ha sido hecha antes de que el niño tuviera más de tres años. Después de esa edad, la capacidad del hemisferio derecho para adquirir formas verbales complejas se reduce; en cambio, dicho hemisferio mantiene hasta la adolescencia la capacidad para adquirir un vocabulario de denominación de objetos y para comprender oraciones simples. Si bien es cierto que todavía es mucho lo que se desconoce en esos campos, ciertas observaciones recientes, a la par que ciertos datos del estudio de las imágenes cerebrales, confirman que las posibilidades de redistribución de las bases cerebrales para las funciones cognitivas y las tareas verbales importantes existen hasta la adolescencia. El cerebro "repara" o compensa esas deficiencias. En el caso de la dislexia, el lóbulo frontal

inferior se torna progresivamente más activo en los niños disléxicos durante las tareas de lectura, compensando así, con la edad, el déficit del sistema posterior originario del trastorno.

¿EXISTE ALGUNA DIFERENCIA ENTRE EL CEREBRO
DE LOS HOMBRES Y EL DE LAS MUJERES
EN LO QUE RESPECTA AL LENGUAJE?

La hipótesis según la cual la lateralización de las funciones cerebrales en lo concerniente al lenguaje es diferente en el hombre y en la mujer es muy antigua. El cerebro femenino parece estar menos lateralizado a la izquierda para las funciones lingüísticas. Los estudios de las imágenes cerebrales han confirmado que la especialización hemisférica izquierda es, en promedio, menos marcada en las mujeres: el cerebro de las mujeres es más bilateral en lo que respecta al lenguaje, pero los patrones de lateralización parecen ser diferentes y la bilateralidad más marcada del cerebro femenino únicamente parece existir en lo relativo a ciertas regiones y tareas.

¿ES POSIBLE OBSERVAR LAS DISFUNCIONES DEL CEREBRO
MEDIANTE LAS IMÁGENES CEREBRALES?

Numerosos trastornos precoces del lenguaje, la lectura o el cálculo aritmético están vinculados a las disfunciones de ciertas zonas cerebrales en el procesamiento. Las técnicas de obtención de imágenes cerebrales

han comenzado a permitir la "observación" de la dificultad para procesar fonemas que entraña algunas dislexias.

¿DESEMPEÑA UNA FUNCIÓN EN LA ORGANIZACIÓN
DEL CEREBRO ESCUCHAR LA LENGUA PROPIA
U OTRAS LENGUAS?

Durante el estudio del procesamiento del lenguaje en los sujetos bilingües se ha observado que las áreas activas para el procesamiento de la segunda lengua no son las mismas en los individuos bilingües que han aprendido muy precozmente la segunda lengua que en los que la han aprendido más tardíamente. En el primer caso, las áreas de procesamiento de las dos lenguas se superponen, mientras que en el segundo divergen.

Ver aclararse en nuestro cerebro las vías de procesamiento del lenguaje es, por supuesto, apasionante e instructivo, pero no debemos soñar. En la actualidad, el estudio de las imágenes cerebrales nos proporciona conocimientos asombrosos sobre las redes que procesan los sonidos del lenguaje, así como sobre la estructura de éste y su léxico; nos muestra, igualmente, ciertas diferencias anatómicas y amplias convergencias funcionales en la manera como nuestro cerebro trabaja; no obstante, todavía no se ha podido —¿se podrá algún día?— estudiar la elaboración de esas redes ni abordar el modo de aprehensión de las complejidades del lenguaje o de las sutilezas de nuestra comprensión mutua. Los estudios sobre el funcionamiento cognitivo del cerebro en el momento del procesamiento del

lenguaje, en el que las aportaciones del estudio de las imágenes cerebrales desempeñarán una función necesaria y complementaria, tienen todavía muchas jornadas por delante; no obstante, sería en vano pensar que el estudio de las imágenes cerebrales es *el* medio para revelar los mecanismos y el funcionamiento del pensamiento.

¿PUEDE UNO COMUNICARSE SIN LENGUAJE?

Mucho antes de poder hablar, el ser humano recién nacido dispone de varios modos de expresión para indicar sus necesidades y afectos. También posee, de manera innata, la capacidad para reaccionar a la información necesaria para su supervivencia. Esa información proviene del medio exterior y, en particular, de la madre, con la que está inconscientemente en armonía. Ciertas observaciones detalladas revelan esa especie de "diálogo" que regula el comportamiento de la díada madre-niño: en el momento del amamantamiento, ciertas microseñales regulan la adaptación de la conducta de la madre a la del niño y ritman las pausas y la reanudación de la succión. Con ocasión de los intercambios necesarios para sus necesidades vitales, el niño de pecho establece un sistema de comunicación precoz con su madre y después, con quienes se ocupan de él: se expresa mediante llantos, gestos y ademanes, miradas, sonrisas, cambios de postura, etc. Los adultos responden mediante miradas, palabras, sonrisas y gestos adecuados, a menudo incluso inconscientes.

Los sistemas de comunicación elaborados en el transcurso de la filogenia se basan en numerosas ventajas adquiridas previamente, ventajas sobre las que tan sólo podemos emitir hipótesis.

Seguramente los prehomínidos disponían de un sistema que les permitía comunicar a sus congéneres sus deseos o la información sobre los acontecimientos. ¿Un sistema gestual u onomatopéyico, un protolenguaje? Nada entre nuestros conocimientos actuales nos permite conocer los modos de comunicación que precedieron al lenguaje entre los antepasados del hombre. La observación de los primates no humanos nos hace pensar que es probable que hayan logrado alcanzar cierto grado de complejidad.

En la actualidad, de las expresiones del rostro, de las sonrisas, de los gestos de las manos, de los ademanes, de los movimientos del cuerpo, de los suspiros, de los gruñidos, sin contar las onomatopeyas, surge entre los adultos una comunicación compartida no lingüística. Al observar todos los gestos expresivos que acompañan al habla en muchos países situados sobre el litoral del Mediterráneo nos preguntamos si es necesaria: ¡las manos de los italianos vuelan mientras ellos hablan! Menos visible o más sutilmente, nuestro cuerpo habla: la expresión "lenguaje corporal" abarca una gama de comportamientos que van de las sonrisas, gesticulaciones o gestos voluntarios a pequeñas crispaciones, pequeños gestos nerviosos y tensiones del rostro muy a menudo inconscientes que traicionan nuestros pensamientos y nuestras tensiones. ¡Para no hablar de las respuestas o las súplicas psicósomáticas!

Todos sabemos lo evocador que es en el plano cons-

ciente el “lenguaje” de los ojos para comunicar sentimientos o emociones. Rousseau, que prestaba mucha atención a las emociones en la comunicación, hacía notar que hablamos a los ojos mucho mejor que al oído.

“El gatito se murió”: esta oración banal se ha convertido, precisamente porque es banal, en una prueba para todas las actrices que deben saber compartir con el público la emoción sincera que ese pequeño “drama” suscita en la graciosa niñita propietaria del gatito. Mediante la mirada, el estremecimiento del rostro y la tensión del cuerpo, la actriz transforma esa pequeña oración en un momento de emoción compartida.

De igual manera, la mímica y la danza constituyen maravillosos ejemplos de la capacidad que posee el “lenguaje” corporal para comunicar emociones y pasiones.

¿POSEEN UN LENGUAJE LOS ANIMALES?

Los animales de una misma especie se comunican entre sí gracias a la emisión de olores, a través de modificaciones físicas, mediante gritos, gestos, cantos y mímica. Las formas de comunicación animal son particularmente elaboradas en el caso de las especies que viven en grupos sociales. Su sistema de señales es la base de las reacciones “sociales” del grupo, tales como las de maternidad, evitación, apego, apareamiento sexual, conductas de depredación, búsqueda colectiva de alimento, etc. En las especies cuyas crías son muy dependientes al momento de nacer —como es el caso del hombre, entre otras—, la sensibilidad a las señales

de la madre o del grupo es una condición indispensable para la supervivencia. Los ejemplos del reconocimiento casi inmediato de las señales propias de la madre y de la especie son numerosos y sorprendentes. Un ejemplo asombroso de la adecuación de la pareja madre/hijo es el de los pingüinos. Después de ausencias prolongadas, los pingüinos hembra encuentran a sus pequeños entre miles gracias a la individualidad de sus gritos.

Entre los invertebrados, la mayoría de los medios de comunicación son más estereotipados y se restringen a las funciones de orden biológico: apareamiento sexual, depredación, búsqueda de alimento, etc. El muy conocido "baile de las abejas" constituye un ejemplo sorprendente de comunicación en el seno de una especie altamente "socializada": las exploradoras que han encontrado una fuente de néctar lo informan a la colmena; para ello se libran a una especie de danza con la que transmiten señales convenidas que indican a la colmena la dirección y distancia de la fuente de aprovisionamiento con respecto al sol. Por extensión, se habla del "lenguaje" de las abejas.

Ciertas especies cuentan con sistemas de comunicación particularmente complejos. Según parece, sus características formales están estrechamente vinculadas con consideraciones funcionales precisas: tal canto con tal estructura melódica atrae a la hembra; la melodía de tal otro transmite señales de unión o de advertencia, etc. Las comunicaciones muy elaboradas de ciertas especies de aves o mamíferos marinos, como el intrigante y melodioso canto de las ballenas, no han liberado sus secretos y tal vez algún día nos sor-

prendamos por su capacidad de expresión, la variedad de las formas de comunicación y la semántica de las expresiones de esas especies; y, sin duda alguna, descubriremos modos de comunicación ricos en numerosas especies que todavía no han sido estudiadas. La creatividad y riqueza de su propio lenguaje ha fascinado demasiado al hombre como para que reconozca más justamente la capacidad de comunicación de las otras especies.

¿SON ESTEREOTIPADOS LOS CANTOS DE LAS AVES?

Los cantos de las aves, al menos los de ciertas especies, son aprendidos y en una misma especie se encuentran “dialectos” locales. Un ave privada de la escucha del canto de sus congéneres únicamente produce un canto pobre y mal organizado. Por otra parte, ciertas aves pueden aprender el canto de especies diferentes.

El canto de las aves está abierto a las influencias del medio ambiente, pero el modelo para su aprendizaje se encuentra en el genoma. Como los niños pequeños, las aves tienen el instinto de aprender el arte del canto y, de preferencia, el canto de su propia especie. Como entre los seres humanos, su cerebro da muestras de plasticidad neuronal y experimenta cambios en función de las nuevas adquisiciones. Los mecanismos del aprendizaje implican, además de la memorización de larga duración, la capacidad de categorización y redistribución. El programa genético de su especie fija restricciones sobre la forma del canto que las aves de una especie pueden aprender, pero también les ofrece

posibilidades más o menos importantes de redistribución en función de las influencias del medio ambiente. Se reconoce en esa característica un esquema de adquisición común al ser humano. Peter Marler, gran especialista del canto de las aves, ¡descubrió que éstas son capaces de engañar!: un gallo “fascinado” por una gallina puede atraerla con una vocalización que es el símbolo del alimento, a pesar de que éste no esté presente, para lograr sus fines. ¡Otro de los comportamientos que la evolución mantuvo en el hombre!

Los pericos no solamente son buenos imitadores de la palabra humana; también son sensibles a un amaestramiento que les permite categorizar algunos objetos y contarlos.

¿Y LOS SIMIOS?

Si pudiera expresarse como nosotros, el chimpancé sería humano; ¡pero no lo hace! Como la mayoría de los animales, se “expresa” y se comunica con sus congéneres, ¡pero no utiliza nuestro lenguaje!

Tal como lo hemos presentado, el lenguaje es único del hombre y se basa en lo que hemos llamado mecanismos innatos resultado de la evolución. En consecuencia, compartimos con otros animales, que, como nosotros, son producto de la evolución, ciertas aptitudes inherentes a la percepción del lenguaje. Así, en los primates y en ciertas aves encontramos la percepción categórica. No se trata del único don que poseamos en común. Los grandes primates, en particular los chimpancés y, entre ellos, en especial el bonobo (o chimpancé pigmeo), son animales “inteligentes”: poseen facul-

tades perceptivas desarrolladas, representaciones y una vida subjetiva particular de cada uno; memorizan el medio ambiente y relacionan sus experiencias con los sentimientos. En la naturaleza, los primates tienen un modo de vida de grupo organizada que les proporciona motivaciones continuas para comunicarse, así como para imitar a sus congéneres; y también tienen una "cultura". La observación de los simios africanos en su medio natural demostró que su repertorio de gritos no solamente es importante sino que algunos de esos gritos "denominan" objetos; así, el grito para advertir sobre la presencia de un águila es diferente del que advierte sobre la presencia de una serpiente o la de un leopardo. Esos gritos tienen un contenido simbólico que los otros simios reconocen y los hace ponerse al abrigo; sin embargo, los que los oyen no los reproducen para retransmitir la advertencia a los que pudieran no haberlos oído, que es lo que se supone que hacen los seres humanos en caso de peligro. Las crías de los simios disponen de esos gritos, pero deben aprender a reconocerlos y utilizarlos deliberadamente. Distinguir un águila de otra ave de presa inofensiva les toma dos años. La reacción o la ausencia de reacción de los adultos a sus gritos de alarma confirman o invalidan su pertinencia y fundamentan su aprendizaje.

Los primates comparten con nosotros los mecanismos que permiten la percepción del lenguaje, pero, debido a su morfología, son incapaces de producir sonidos del lenguaje; sin embargo, esa incapacidad no determina por sí sola la imposibilidad de aprender el lenguaje.

En consecuencia, los grandes primates, en particular los chimpancés, dan muestras de la capacidad de

representación y de la utilización de símbolos, así como de aptitudes para categorizar; ¿por qué entonces no podrían comunicarse con nosotros, utilizando nuestro lenguaje? Esta interrogante ha apasionado a los investigadores en los últimos 30 años. Para tratar de responder a ella, en un primer momento utilizaron la lengua de los gestos, que es la lengua humana que emplean los sordos; no obstante, las dificultades de interpretación de los signos gestuales que mostraron los chimpancés los llevaron a utilizar lenguajes visuales constituidos por lo que denominaron “lexigramas”, en los que cada uno de éstos representa una palabra: se adiestra al chimpancé para reconocer y utilizar los lexigramas y, cuando logra hacerlo, se le recompensa.

Si se considera que se puede hablar de lenguaje cuando el animal comprende y utiliza algunos elementos arbitrarios que conllevan sentido, se puede decir que los chimpancés son capaces de aprender un lenguaje que vincula símbolos con sentidos. Kanzi, un chimpancé bonobo, es una “vedette”: comprende más de 400 palabras y puede elaborar varias combinaciones. Kanzi aprendió primero las denominaciones de los símbolos mediante la observación: acompañaba a su madre, a la que se trataba de enseñar “palabras”. Ella no era una buena alumna; en cambio, ¡Kanzi progresó rápidamente! ¿Habría en el joven chimpancé, como en los niños pequeños, un periodo crítico al comienzo de la vida durante el que las facultades de categorización y abstracción y las aptitudes de aprendizaje del lenguaje están en un grado máximo?

Los chimpancés no solamente pueden asociar un lexigrama a un objeto; también pueden aprender lexi-

gramas que representan clases y categorizar los objetos conforme a esas clases. Así, en el caso de un "plátano", pueden responder "alimento". Naturalmente, ello exige un largo adiestramiento y sigue siendo limitado. Sólo Kanzi parece comprender oraciones muy complejas que lo llevan a buscar objetos ocultos.

Con todo, la capacidad de producción de lenguaje de los chimpancés sigue siendo limitada y muy retrasada en comparación con su capacidad de comprensión. Pueden producir gestos o dar al investigador el lexigrama que corresponda a una palabra, pero hacen pocas combinaciones de palabras y no muestran creatividad en la producción de lenguaje. Las combinaciones de palabras son simples yuxtaposiciones: ni en las oraciones que construyen con la lengua de gestos ni en las sucesiones de elementos que disponen para formar oraciones se encuentran estructuras sintácticas estables. Parecen incapaces de adquirir y utilizar las posibilidades estructurales del lenguaje y carecen de la capacidad de recurrencia, creatividad y flexibilidad que exige este último. No hacen narraciones ni poseen expresión de pensamiento abstracto. En todos los casos, el aprendizaje experimental es largo y laborioso y no tiene relación alguna con la manera como se desarrolla el lenguaje en los niños. En sus relaciones con sus compañeros humanos, sólo en raras ocasiones se sirven del lenguaje que se les ha enseñado y únicamente lo hacen para expresar necesidades, fines inmediatos o hechos visibles, y las necesidades que expresan son siempre muy dependientes de la proximidad espacial o temporal. Los chimpancés utilizan las palabras como signos de conminación, antes bien que como sím-

bolos; por el contrario, los niños muy pequeños que comienzan a hablar no únicamente expresan necesidades, sino también utilizan las palabras para comentar y compartir con los otros.

¿A qué conclusión llegar?

Los chimpancés dominan las relaciones arbitrarias entre un objeto y un sustituto y pueden categorizar, pero en su utilización de los signos existen diferencias y limitaciones importantes. En un medio natural, "ninguno ha organizado señales que tengan cierto significado en combinaciones nuevas que generen nuevas significaciones", dice Peter Marler.

Hay otro fenómeno que ha asombrado a los que han intentado enseñar el lenguaje a los chimpancés. Los pequeños chimpancés son incapaces de hacer compartir su curiosidad por el lenguaje y, no obstante, en general, ¡dan muestras de una gran curiosidad natural! Además, los adultos tampoco buscan compartir su conocimiento. Entre ellos es posible encontrar conductas de imitación, pero no intentos por transmitir los conocimientos nuevos que no pertenecen a los hábitos de la especie.

No, los primates no humanos no adquieren, ni siquiera con mucho adiestramiento, un lenguaje comparable con el que se desarrolla a partir de los primeros años en los niños de la especie humana.

No todo el mundo comparte esta visión, pues algunos investigadores que tratan de enseñar un lenguaje de gestos a algunos gorilas en un medio natural africano estiman que sus limitaciones de expresión y dominio de una sintaxis no son reales. Hasta ahora, sus afirmaciones no han sido verificadas ni confirmadas.

En cambio, ciertas características anatómicas del cerebro de los grandes primates permiten compararlos con la anatomía del cerebro humano en lo concerniente al lenguaje. En efecto, tanto en ellos como en el ser humano, el hemisferio izquierdo es el que procesa preferentemente las señales sonoras y la organización de los símbolos, lo cual se comprende cuando se sabe que los primates tuvieron una larga historia evolutiva antes de separarse en ramas, una de las cuales daría origen finalmente a los primates humanos.

¿PODEMOS COMUNICARNOS CON LOS ANIMALES?

La historia de Tarzán, capaz de hablar los “lenguajes” de los animales después de haberse educado en la selva, no es una simple quimera. El hombre puede imitar o reproducir las expresiones vocales de ciertos animales; conoce el significado de ciertos cantos o de ciertos gritos; difundiendo la señal que alerta sobre un ave de presa, puede hacer enloquecer a una banda de chimpancés o que se ponga al abrigo en el suelo; puede hacerlos trepar rápidamente a los árboles haciéndolos oír la señal que indica la presencia de una serpiente; conoce el significado de algunas decenas de sonidos que forman parte del repertorio vocal de los chimpancés y le sirven para “comunicarse” con ellos; los cantos de las aves “hablan” a los que los han estudiado, pues esos cantos poseen una sintaxis con sucesiones que el hombre puede interpretar a veces y su registro y difusión entrañan las respuestas de comportamiento o vocales que los investigadores pueden predecir; etcétera.

Por el momento, no obstante, las “conversaciones” giran en torno a señales simples y necesarias para las necesidades vitales, ¡sin que las grandes interrogantes sobre el sentido ocupen lugar alguno en todo ello!

¿COMPRENDEN “TODO” LOS PERROS?

El acto de comunicar es diferente del acto del discurso. El hombre se comunica con ciertos animales mediante gestos y ademanes y a través del aprendizaje. La voz y el habla también son vehículos de comunicación, pero como señales o apoyo de la entonación, no a través de su sentido lingüístico.

El perro apegado a su amo ha aprendido a interpretar los gestos y las señales vocales de este último y la familiaridad del animal con su amo y lo estereotipado de las situaciones en las que uno y otro interactúan permiten al animal reaccionar correctamente. No debemos menospreciar la capacidad del perro para el aprendizaje ni su sensibilidad a los gestos, las actitudes o las expresiones vocales de las personas que le son familiares. Los lazarillos o los perros amaestrados para suplir las limitaciones motrices de los parapléjicos muestran una gran sensibilidad para responder a diversas formas de comunicación; pero no se trata de la comprensión del lenguaje.

Otras especies animales también son sensibles a las señales que pueden emitir los seres humanos y que en ellas adquieren el valor de señales de comunicación. Todos los amaestramientos de animales de circo se apoyan en esa sensibilidad del animal para interpretar

los gestos o las señales vocales del domador. Cuando observamos a los jinetes que hacen danzar a sus caballos, vemos el grado al que unos pequeños gestos, el juego de las piernas, los pequeños movimientos de las riendas, establecen una estrecha simbiosis entre el caballo y el jinete.

¿ES NECESARIO SABER HABLAR PARA “PENSAR”?

Los vínculos entre el pensamiento y el lenguaje son evidentes, pero complejos. Indudablemente, en los primates no humanos existe cierta capacidad de pensamiento conceptual; sin embargo, la formación de conceptos existe en los niños antes de que hablen; ya desde su nacimiento, los niños son una máquina de establecimiento de correspondencias. Y esa actividad psíquica, inconsciente en un principio, sin duda alguna se torna consciente antes de que el niño disponga del lenguaje.

En la actualidad, la cuestión ya no consiste tanto en saber si el lenguaje es esencial para la cognición, sino en saber qué aporta a ésta y cómo transforma las facultades conceptuales básicas en actividades cognitivas de un plano superior.

A partir del nacimiento, la mente humana explora el mundo, posee ya intuiciones sobre las propiedades físicas de su entorno. Esas intuiciones, específicas de los campos físicos o psíquicos, permiten que el niño integre la información que recibe del medio ambiente en cada uno de los campos. Se ha logrado demostrar experimentalmente que los recién nacidos poseen cono-

cimientos sobre las propiedades físicas de los objetos, sobre el espacio, sobre las leyes de gravedad, sobre los nombres, sobre las personas, que distinguen lo animado de lo inanimado, etc. Una aportación importante de la psicología cognitiva en estos últimos años consiste en haber demostrado que el niño está equipado muy tempranamente con intuiciones sobre el mundo físico y psíquico, si bien existen límites a esas intuiciones. En el centro de cada sistema de conocimiento, los mecanismos específicos están especializados para un campo: especializados para procesar el espacio conforme a los postulados euclidianos, para procesar las sucesiones de posiciones o la numerosidad, para comprender la intencionalidad, etc. Los conocimientos de los niños pequeños son específicos de cada uno de los campos de conocimiento y no se pueden combinar entre sí; por ende, no se pueden potenciar: para desarrollar sus facultades básicas y tener acceso a otros sistemas de conocimiento más dinámicos y generales, el niño debe apropiarse de las relaciones internas de los diferentes campos físicos y psíquicos a los que se ve enfrentado y vincularlos entre sí. La evolución cualitativa de la mente del recién nacido pasa por la posibilidad de trasladar las representaciones de un campo a otros campos de representación.

Precisamente para eso sirve el lenguaje en el transcurso del desarrollo y en la continuación de la vida intelectual. Su función es esencial para que el ser humano represente sus propias representaciones y elabore metarrepresentaciones que le permitan "trabajar" sobre las representaciones. El lenguaje es la herramienta privilegiada, inigualable, para organizar

nuestros conocimientos y conceptualizarlos en un plano superior.

¿POR QUÉ SE HA DICHO DURANTE TANTO TIEMPO
QUE NO SE PODÍA PENSAR SIN LENGUAJE?

El gran De Saussure escribió: "Sin signos seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Tomado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa en la que nada está necesariamente delimitado. No existen ideas preestablecidas ni nada distinto antes de la aparición de la lengua". En este sentido coincide con Humboldt, para quien "la lengua es el órgano que da forma a los contenidos del pensamiento". Debemos hacer notar el juego con la palabra "lengua", que vincula la lengua (sistema) al habla.

Todo es una cuestión de definición. Si se considera que hay pensamiento cuando hay conceptos, categorizaciones y representaciones del mundo físico y afectivo, entonces tiene lugar una actividad de pensamiento sin el lenguaje, como en el caso de los primates, o antes del lenguaje, como lo hemos visto en los recién nacidos; pero existen otras elaboraciones conceptuales que no pueden prescindir del lenguaje. Cuando se trata de descomponer las ideas, de generalizarlas, de abstraerlas y expresarlas bajo la forma de proposiciones para poder manipularlas mejor, entonces vemos la utilidad del lenguaje. Una de sus funciones esenciales consiste en que permite organizar las ideas y la reflexión, y el propio lenguaje refleja la organización del pensamiento humano.

De Saussure subestima el estado conceptual antes del lenguaje o sin lenguaje; sin embargo, no está completamente equivocado cuando pone el acento sobre la organización de las ideas mediante el lenguaje, con sus reglas y sus restricciones. Tanto la formación de los contenidos del pensamiento como la de las hipótesis sobre el futuro, la fabricación y la transmisión de conocimientos que van más allá de las representaciones y las categorizaciones necesarias para la supervivencia de la especie pasan por la transmisión del saber. El lenguaje articulado permite la organización de conocimientos que se enriquecen con el transcurso de las generaciones, porque cada una de ellas puede beneficiarse de los conocimientos adquiridos. La transmisión de los conocimientos mediante el lenguaje fue la causante en una gran medida de la supremacía del hombre sobre las otras especies.

Con todo, es necesario hacer notar que De Saussure habla de "signos", conjunto de la relación significante/significado, y de "lengua", en la que esos signos se organizan. En sus relaciones con el pensamiento, el lenguaje "hablado" no siempre es primordial, por lo que se puede plantear otra interrogante: ¿cuál es la forma del lenguaje del pensamiento?, ¿cómo formulamos nuestros conceptos, nuestros conocimientos y nuestras reflexiones? Cuando hemos leído algo, codificamos el contenido, no la forma. Cuando efectuamos un trabajo intelectual rápido, no formulamos todas sus etapas en oraciones de nuestra lengua. El lenguaje que nuestra mente utiliza para calcular y procesar la información que recibe reacciona a los problemas cotidianos y elabora sus intuiciones, ¿cuál es ese lengua-

je? ¿Conocemos la forma de ese lenguaje de la mente en el que formulamos nuestros conceptos y que algunos denominan “mentales”?

El pensamiento no es reductible al lenguaje hablado. Encontramos esta idea tanto en Einstein como en un gran número de científicos. Einstein escribe: “Las palabras y el lenguaje escrito o hablado no parecen desempeñar la menor función en los mecanismos de mi pensamiento”; y añade: “Muy raramente pienso en palabras. Cuando me viene un pensamiento, sólo puedo tratar de expresarlo en palabras después de un rato”. Sin duda alguna, la evolución del pensamiento de Einstein había tomado la delantera al lenguaje disponible para expresar ese pensamiento. Le parecía que las palabras están inoportunamente vinculadas a nociones precientíficas e inadaptadas y transforman nuestro instrumento convencional de razonamiento “en una peligrosa fuente de errores y engaños”. Él disponía de otros signos para organizar su pensamiento.

Desde su más temprana infancia, Einstein tenía dificultades con las palabras; había rechazado hablar hasta la edad de tres años y durante largo tiempo se había expresado con lentitud. ¿Se puede pensar que, desde su más temprana infancia, padecía de una inadecuación entre el lenguaje de que disponía y lo que pensaba? Entre los niños que comienzan a hablar muy tarde encontramos cierto número de ellos que rápidamente se expresan muy “bien”, casi inmediatamente forman oraciones y muestran que han percibido que el lenguaje comporta reglas. ¿Aguardan esos niños, como Einstein, para comenzar a hablar hasta saber combinar las reglas del lenguaje y disponer de un lenguaje suficiente para

expresar lo que conciben, antes que utilizar las palabras aisladas para comunicarse?

Sin referirnos a los genios, se sabe que algunos niños sordos inventan lenguajes que les permiten expresarse; no obstante, esos lenguajes, fundados en señalizaciones gestuales, no bastan para que los niños se sientan cómodos con los pensamientos y el razonamiento abstractos. Es necesario que dominen una lengua organizada: una lengua no oral, como la de los gestos, elaborada conforme a ciertas reglas combinatorias a la manera de las lenguas habladas, les permite tener acceso al pensamiento abstracto y al mismo desempeño intelectual que los de los niños que tienen un acceso natural a la lengua hablada.

Numerosos científicos piensan a partir de representaciones geométricas o matemáticas o a través de representaciones de imágenes que manejan sin pasar por el lenguaje. También se puede considerar que las matemáticas, que se basan en sistemas de reglas, son un lenguaje; pero, en ese sentido, el ejemplo de las matemáticas no es el único. Se tendría que hablar, además, de la música, el arte, la astrofísica, etc. Sería necesario plantear la cuestión de la creación artística en sus relaciones con el lenguaje.

Para organizarse y superar el estadio de las representaciones conceptuales de los primates o de los niños pequeños, el pensamiento debe disponer de formas organizadas, cuyo ejemplo universal, aunque no exclusivo, es el de las lenguas habladas. En la totalidad de los casos, no obstante, el lenguaje es el que permite ir más lejos, llegar al pensamiento abstracto y transmitir los conocimientos que fundamentan las culturas humanas.

¿INFLUYE NUESTRA LENGUA EN NUESTRO MODO
DE PENSAR Y EN NUESTRA VISIÓN DEL MUNDO?

¿Dan forma las lenguas, tan diversas en su manera de expresar las relaciones, el tiempo, el espacio y los sentimientos, a nuestro pensamiento, nuestras percepciones y nuestras emociones? El debate sobre este tema ha sido y sigue siendo muy intenso.

Todos los seres humanos poseen bases genéticas comunes que son el fundamento de la especie. Lo propio de una lengua es suministrar, a través de los principios y las reglas, las representaciones que permiten el procesamiento del mundo físico y social. Todas las lenguas clasifican y ordenan el mundo a través de las palabras y su combinatoria, pero no todas lo hacen de la misma manera. Esas disposiciones que se nos ofrecen a través de la arquitectura y el léxico de la lengua reflejan no solamente observaciones psíquicas, sino también elaboraciones sociales, mitos y filosofías encargados de dar un sentido al mundo. Las lenguas están impregnadas de todo ello.

No se puede vincular las diversidades del léxico a las diferencias físicas, como lo muestra el ejemplo más conocido: el de los nombres de los colores. Ciertas lenguas únicamente poseen dos nombres de colores, mientras que otras poseen decenas, por no decir centenares. ¿Quiere ello decir que nuestra percepción de los colores depende de la lengua? No, porque la clasificación de los colores fundamentales es similar en todos los seres humanos, sea cual fuere el número de palabras para designar los colores en cada una de las lenguas. Existe una "verdad innata" de los colores, dice

Jean-Pierre Changeux, mientras que las denominaciones de la lengua reflejan la variedad cultural. Es cierto que esta última puede influir en numerosos aspectos del comportamiento relativo a los colores —un pintor puede tener un conocimiento más sutil de los tonos que nosotros—, pero no está en juego la visión de los colores en el plano cerebral.

Edward Sapir y Benjamin Whorf, en torno a quienes se centró ese debate, presentaron posiciones radicales: para ellos, las estructuras lingüísticas determinan lo que el individuo percibe de su universo y la manera en que lo concibe. La forma de pensamiento depende íntimamente de la lengua, a la que, a su vez, moldean e incluso determinan las categorías físicas y la experiencia de la naturaleza y la cultura tal como las presentan el vocabulario y la sintaxis de la propia lengua. Dado que la sintaxis y el léxico de las lenguas varían enormemente, los modos de percepción y de pensamiento, según ellos, son muy diferentes entre los hombres. Para fundamentar su teoría, Whorf se apoyaba en particular en los modos de representación del tiempo y el espacio de las lenguas: según él, los modos de percepción y la conceptualización del tiempo y el espacio debieron de surgir de las formas lingüísticas. En las lenguas occidentales, el eje vectorial del tiempo, con un pasado, un presente y un futuro, no se encuentra en otras lenguas para las que los datos del tiempo son cíclicos; así, los hopi parecen no tener un término para designar el tiempo tal como nosotros nos lo representamos: el tiempo en progresión. Su expresión lingüística del tiempo parece ser, decía E. Whorf, más cercana a la de la física moderna; pero, en ese caso, ¿cuál es la percepción del tiempo “en

tiempo real" y su manejo en su expresión en la vida cotidiana para los hablantes de esas lenguas? En el caso de la percepción y la expresión del espacio, también se plantean interrogantes similares. Los hombres se desplazan en el espacio físico y se mueven en el tiempo sin "errores", sea cual fuere la presentación lingüística de uno y otro en su lengua. ¿Acaso la estructura lingüística cambia realmente la percepción y la experiencia sensible del individuo?; y, en ese caso, ¿es la lengua lo que condiciona la percepción del tiempo y el espacio, o bien sólo refleja y codifica los esquemas preestablecidos vinculados a las filosofías, las religiones o las organizaciones sociales, que el cerebro readapta cuando se trata de comportamientos pragmáticos?

La posición de Whorf, duramente criticada y carente de datos confiables en qué apoyarse, ya no es defendible, pero un enfoque menos radical sobre la función de la lengua en la organización física y psíquica del mundo ha comenzado a tener defensores y lleva a nuevas interrogantes.

Sean cuales fueren las modalidades de su expresión, todas las sociedades humanas poseen palabras para describir el espacio y para orientarse, para "calcular" el tiempo, para establecer relaciones entre los individuos, para describir, catalogar y clasificar los animales y las plantas, para indicar estados tanto mentales como afectivos, etc.; y ese saber se organiza de acuerdo con los mitos, las religiones, las filosofías, las ciencias y las lenguas. En esa diversidad se encuentra la unidad física de la especie humana, así como en la variedad de los individuos se encuentra su pertenencia a la humanidad.

CUANTO MÁS COMPLEJA ES LA GRAMÁTICA DE UNA
LENGUA TANTO MÁS EVOLUCIONADOS SON SUS HABLANTES

Las lenguas evolucionan para corresponder a las necesidades que experimentan los grupos sociales de expresar su cultura y sus intereses. No existen las lenguas "primitivas"; existen lenguas más fijas, porque las hablan pequeños grupos aislados o se mantienen apartadas de las grandes corrientes históricas: a menudo las lenguas de esos grupos han conservado rasgos arcaicos, tales como una gran complejidad fonológica: el !xû, lengua de Khoisan, tiene 141 fonemas, una compleja sintaxis de marcas espaciotemporales y una detallada morfología con numerosos clasificadores que precisan la naturaleza de los objetos y las oposiciones de las personas; en realidad, la evolución de las lenguas de gran comunicación las lleva, al menos en la actualidad, a una simplificación de la sintaxis y la fonología y a un incremento del léxico, así como a su rápida renovación; pero la cuestión del cambio de las lenguas forma parte de una evolución de la que sólo conocemos algunas facetas y solamente en el caso de unas cuantas lenguas. Ante la diversidad de la complejidad de las lenguas debemos recordar que todo ser humano está dotado de la competencia lingüística y que esta última es independiente de la "inteligencia"; que le permite aprender a hablar la lengua de su entorno, sea la que fuere, así como otras lenguas, si es necesario.

¿SE PUEDE HABLAR SIN PENSAR?

Es común que se encadene cierto número de conversaciones determinadas por el contexto y el diálogo, ¡sin que realmente haya una búsqueda de sentido! “Buenos días, señora. ¿Cómo está?”, no tiene “sentido”; y, sobre todo, no queremos que el interlocutor responda realmente a esa pregunta con una declaración detallada sobre su salud. Abundan otros ejemplos menos triviales.

Por otra parte, ¿cuántas veces hemos visto que los razonamientos y las argumentaciones se organizan y se elaboran porque se habla de ello? Ciertas ideas no formuladas hasta entonces y que no habíamos elaborado conscientemente adquieren cuerpo y forma en la discusión; algunas personas únicamente pueden desarrollar sus ideas hablando. Ello nos muestra con claridad que la discusión sirve para hacer surgir y desarrollarse las formas de pensamiento. Paul Valéry decía: “La forma es el fondo que remonta a la superficie”.

IV. USO Y ABUSO DEL LENGUAJE

EL LENGUAJE SIRVE PARA EXPRESAR NUESTRAS
EMOCIONES, NUESTROS AMORES, NUESTRAS PENAS Y
NUESTRAS FANTASÍAS

Las palabras de ternura son dulces; las de amor, muy simples; las de las pasiones ardientes, de belleza, violencia o crueldad.

Del “¡Vete, no te odio!” del amor al “Ver al último Romain en su postrer suspiro / Ser yo la única causa, y de placer morir”, expresión paroxística del odio, la literatura o la poesía poseen fulguraciones para traducir la gama de las pasiones utilizando las sutilezas de la gramática o la colisión de las palabras.

En ocasiones, como decía Brice Parain, las palabras son “revólveres cargados”. Se puede matar y se ha matado con palabras. En la *Balada de la cárcel de Reading*, Oscar Wilde escribe, siguiendo con la mirada el paseo del hombre que había matado a la mujer amada: “Porque todo hombre mata lo que ama, que todos lo sepan / Unos, con una mirada de odio / Otros, con palabras acariciantes”.

Con todo, las palabras también ayudan a vivir y pueden salvar. Nos hechizan, nos hacen reír y sonreír. Tienen ese poder reparador y libertador tantas veces invocado por todos los escritores.

Existen palabras justas: las que dan la impresión,

la sensación, la coloración o, simplemente, la “verdad” que el poeta, el amante o el amigo quieren transmitir: “Ô toison, moutonnant jusque sur l’encolure! Ô boucles! Ô parfum chargé de nonchaloir!” [“¡Oh, melena, encrespada hasta el escote! ¡Oh, rizos! ¡Oh, perfume cargado de abandono!”] (Baudelaire, “La Chevelure” [“La cabellera”]). Los grandes escritores tienen el culto de la palabra precisa; pueden buscar durante días enteros el término que exprese lo que quieren decir y que, esperan, lo haga sentir. La palabra precisa debe producir la realidad o la irrealidad que el autor quiere pintar. En ocasiones una palabra insólita o sorprendente transmite mejor la sensación que el autor quiere producir; en otras, esta última debe expresarse a través de las formas más complejas, poéticas, mediante metáforas. El estilo de un escritor surge de su elección de las palabras y de su disposición en las oraciones.

Los poetas, los escritores, son enamorados de las palabras y, además de ellos, también muchos otros. Pablo Neruda hace decir a uno de sus personajes: “Todo lo que usted quiera, sí, señor, pero son las palabras las que cantan, las palabras que ascienden y descienden. Me prosterno ante ellas, las quiero, me les pego, las acecho, las muerdo. Quiero tanto a las palabras. Las palabras inesperadas...”

Las palabras nos abstraen de la realidad. Las palabras alimentan nuestras fantasías, el encanto de la creación o de la representación de personajes, la dulzura o la perversidad de escenas no vividas, sino imaginadas. Nos gustan las historias; de ellas nacen las grandes novelas, las novelas cortas o, simplemente, los cuentos que nos relatamos desde hace siglos para explicar la vida de los

hombres. Palabras descontextualizadas, cierto, pero palabras a las que conferimos infinidad de cualidades.

Podemos acecharlas cuando nos eluden, inquietándonos o aun azorándonos. Tenemos la palabra en la punta de la lengua, pero, desgraciadamente, se queda pegada a ella. En ocasiones, afloran, pero parecen deslizarse sobre lo que queremos comunicar. Sin duda alguna, no sabemos asir nuestras propias emociones o sensaciones, o bien no osamos expresarlas, porque pertenecen al dominio de lo incommunicable. Si tanta gente escribe, sin duda alguna lo hace para dar cuerpo a lo imponderable, a la violencia, a un trastorno, a una pasión, a unos recuerdos. Cuando logran encerrar esas emociones en palabras, entonces surge una obra.

CIERTAS PERSONAS SON HÁBILES PARA JUGAR CON EL LENGUAJE

¡Quién no ha jugado con el lenguaje! Las rupturas de equilibrio, el distanciamiento del contexto engendran la variedad, lo imprevisto. Ya sea que utilice las posibilidades que ofrece la gramática o que las transgreda, ya sea que juegue con los sinónimos, los homófonos, las rimas y, en fin, con toda la gama de sonidos y sentidos entrecruzados, el juego del lenguaje ofrece posibilidades sin límites.

Tomemos el ejemplo de los homófonos, que tienen la misma forma fonética pero no la misma forma gráfica. Los homófonos permiten a Lewis Carroll proponernos un asombroso número de gracejadas cuando el Grifo interpreta su lista de peces:

El que corta los cabellos: la raya; el que se agita sin cesar: el bogavante; sin hablar del trompetero y el roncador, el zapatero y la suela, el romero y la rubia, el gato y el martillo, el barbero y el bonito, la guasa y el baboso, la rubia y la morena, la vieja y la doncella, el gallo y el marrajo, el obispo y el chapín.*

Los homónimos son palabras con la misma forma fonética o gráfica, pero con sentido diferente. Corresponden a varias entradas en nuestro diccionario mental. Así, las palabras “regla” o “corta” (en “él corta” y “es corta”) o “baya” y “vaya”.

¡El vocabulario está lleno de trampas! “No podemos tomar una palabra al pie del sonido. Ni al pie de la letra”, dice Raymond Devos al presentar esos pasmosos numeritos con el lenguaje: “Le car va quand à Caen?” [“¿El carro va cuándo a Caen?”] (En francés, “quand” y “Caen” tienen la misma pronunciación). Devos nos sorprende siempre con sus juegos de doble sentido que se valen de las homonimias o las metáforas: “—Où est la mer? —La mer est démontée. —Vous la remontez quand? —Question de temps” [“—¿Dónde está el mar? —El mar está desmontado. —¿Cuándo lo remontan? —Cuestión de tiempo”] (En francés, “mer démontée” quiere decir “mar embravecido, revuelto o encrespado”). O, también, sus observaciones sobre la aproximación de uso: “Rienn’est pas rien car on dit

* Todos los nombres incluidos en esta transcripción son de peces y se prestan a los dobles sentidos, tan caros a Lewis Carroll, aunque no corresponden exactamente a los que menciona el Grifo, como tampoco los de la traducción francesa o los de la española. [T.]

moins que rien, deux fois rien" ["Nada no es nada, porque se dice menos que nada y con casi nada"].

Muy a menudo de manera inmediata, si no previamente, el contexto de la oración, de la situación de producción del enunciado o de nuestras expectativas elimina la ambigüedad de los homónimos. Frecuentemente, el acceso a la palabra precisa es casi irreprimible. "Je prendrais bien un autre verre" ["Con gusto tomaría otro vaso/gusano"] (En francés, "verre" [vaso] y "ver" [gusano] se pronuncian de la misma manera) no plantea ningún problema y únicamente es ambigua si se trata de una conversación entre pescadores que utilizan caña.

No olvidemos que una palabra solamente tiene sentido en las relaciones y que su lugar en la oración o sus vínculos con las otras palabras nos permiten decidir sobre su sentido. "Pásame tu regla para que mi trazo sea bien derecho"; "Si quieres jugar, tienes que conocer las reglas del juego": los dos sentidos de la palabra "regla" reciben su interpretación correcta inmediatamente. Hay que situarse en la lógica de las aventuras de Alicia para que la cocinera confunda el "¡Deponed!" que ordena el rey y lo aplique al pimentero.

Esas ambigüedades se deben a que muchos verbos tienen varias entradas léxicas. Los Hermanos Marx sabían jugar con los deslizamientos de sentido que esa variedad puede implicar: "Lláname un botones. —Muy bien. Eres 'un botones'".

Los niños hacen juegos de palabras a partir de los cuatro años. Para ellos es más una fascinación que un placer lo que les ofrecen los deslizamientos de sentido, los juegos de palabras, las agudezas, las aliteraciones,

las rimas, las réplicas retorcidas, todo lo que hace que estallen en carcajadas y en ocasiones se maravillen ante lo inesperado que puede surgir de las palabras de todos los días cuando se “juega” con ellas de una manera diferente.

La construcción de un muro y de pabellones de concesión alrededor de París hizo desdichados a los parisinos: “Le mur murant Paris / Rend Paris murmurant” [“El muro que mura París / Hace murmurar a París”]. Gavroche, figura emblemática y “victoriana” de la comuna, hacía malabares con las rimas mientras recogía las balas de fusil: “Je suis tombé par terre./ C’est la faute à Voltaire. / Le nez dans le ruisseau./ C’est la faute à Rousseau” [“Caí por tierra / La culpa es de Voltaire / Con la nariz en el arroyo / La culpa es de Rousseau”].

¡DESCONFIEMOS DEL LENGUAJE!

Algunas oraciones simples encubren muchas trampas. En particular, se debe desconfiar del lugar de la palabra en el sintagma: “Un pobre hombre no es forzosamente un hombre pobre”. “Un gran hombre” puede ser de poca estatura al mismo tiempo que es de gran valor, mientras que “un hombre grande” puede carecer de valor.

También debemos desconfiar de la categoría gramatical de la palabra. Algunas formas adjetivas no siempre son empleadas en el mismo sentido que el verbo del que se derivan: “esta mujer ha perdido su camino” y “es una mujer perdida”. Guardémonos del empleo concreto o abstracto de una palabra: “ahí está un

sombrero; corre usted el riesgo de una insolación”; “ahí está la puerta; es usted un grosero”.

¡Aprender la lengua sólo es simple para los niños!

Igualmente, debemos prestar atención al género o al número de la palabra. El añadido de una *s* a una palabra puede crear otra palabra, cuyo sentido está contenido en la forma plural del radical: “te di este anillo en prenda de mi amor” y “éestas son las prendas para la función de hoy”.

El sentido de “vestuario” está vinculado con la forma plural de la palabra “prendas”. Ello no excluye, por lo demás, que, en su primer sentido, la palabra “prenda” pueda ser utilizada en plural, pero “te di prendas de mi buena fe” no se refiere a ningún vestuario.

¿CAMBIAN A VECES DE SENTIDO LAS PALABRAS CUANDO ESTÁN EN FEMENINO?

En francés, el género femenino corresponde a la morfología: *gentil* se vuelve *gentille* (una mujer gentil), *petit* (pequeño) se vuelve *petite* (pequeña) mediante el añadido del afixo ‘e’, que es la marca del femenino; *beau* (bello) cambia a *belle* (bella) cuando se habla de una silla y no de un sillón.

En el caso de la feminización de las funciones, el problema es, al mismo tiempo, el mismo y diferente. Las modificaciones morfológicas transforman el género del actor: “*prêtre*//sacerdote”, “*prêtresse*// sacerdotisa”. Muy a menudo, ese cambio, en principio morfológico, va acompañado de un deslizamiento de sentido; ¡hacia lo peyorativo, por supuesto! Un hombre galante hechiza

al mundo, una mujer galante es apreciada de una manera más que diferente. Ocurre lo mismo en el caso de la mujer ligera, muy criticada, ¡mientras que un hombre ligero es considerado con una indulgencia afable! El sufijo *eur*, que indica al actor, adquiere a menudo una connotación dudosa al feminizarse como *euse*: un "*chercheur*//investigador/buscador" es visto como un científico en francés y como un gambusino en español, mientras que una "*chercheuse*//buscadora/buscona" plantea dudas en ambas lenguas. Nuestras sociedades han sido edificadas sobre el poder masculino, con un acceso a numerosas funciones u oficios estrictamente reservados sólo a la gente masculina. Igualmente, muchos nombres de oficios o de títulos casi no pueden feminizarse sin que transmitan cierto ridículo o una connotación dudosa.

En ocasiones, el título "masculino" o "neutro" se resiste; y tanto mejor. "*Madame le' ministre*" o "*Madame la' ministre*" [la señora ministro], que es doctora en ciencias, mantendrá los títulos, pero no llegará a ser *ministresse* (ministrisa) ni *doctoresse* (doctorisa) en ciencias. Felizmente para ella, porque esa palabra femenina tiene una connotación de mujer culta a la Molière. En cuanto al término *directrice* (directisa), tiene otro sentido. En cambio, "*mon docteur est une doctoresse*" ["mi doctor es una 'doctorisa' "] ya comienza a oírse, aunque el término sigue manteniendo, incluso entre el cuerpo médico, un tufo un poco peyorativo. No es muy poético ser una "comandante"; pero, ¿se debe rechazar por ello la promoción y seguir siendo mayor, que, ¡uf!, también es andrógino? Se es presidente y abogado, pero la señora procurador o procuradora de la República

rechazará ser una *procureuse* (una alcahueta) y “la coureur de cent mètres” [“la corredor de cien metros”] ¡una *coureuse* (una libertina)! ¿Es realmente antifeminista seguir siendo el “autor” de un libro y no exigir ser la “autorisa”? ¿No se puede considerar como neutras esas palabras, a pesar de la flexión del femenino en francés? ¿Hay que continuar “sexuándolas”? Eso es lo que preconiza, pero no lo impone, ¡el *Journal officiel*! (*Diario oficial*). “La señora procuradora” y la “corredora” del francés pueden ser administrativamente correctas, ¡pero la feminización únicamente tendrá vigor en el caso de la lengua escrita! Bonito ejemplo de academicismo *new style*.

¿POR QUÉ NOS SUBYUGAN LOS GRANDES ORADORES?

En muchos pueblos, la palabra “chef” (jefe) se confundía con “el que habla, el que tiene la palabra”. La retórica o arte del discurso reinó durante mucho tiempo como disciplina soberana en Grecia, al igual que en los estudios clásicos. “El discurso es el gran soberano que por medio del más pequeño e inaparente de los cuerpos [los sonidos] da el último toque a los actos divinos”, escribió Gorgias en *La elegía de Helena*, en el siglo v a. C.

El arte del bien hablar y seducir a las asambleas, los ciudadanos o los discípulos nació en la democracia griega. La retórica, “la capacidad de hacer en cada caso la teoría de lo que conviene para persuadir”, era, según Aristóteles, el modo de comunicación más apreciado de Atenas. Por medio de la analogía y la deducción, los discípulos de los retóricos aprendían a pre-

sentar sus argumentos al auditorio; tanto la forma como el fondo eran apreciados.

El hombre que sabía hablar, el orador o el declamador, tenía un lugar muy particular en numerosas sociedades antes de que llegara la transferencia del poder del habla a las imágenes. De la influencia de las enseñanzas socráticas de Grecia al poderío político de los discursos de Cicerón, pasando por las palabras de las sociedades africanas, la palabra siempre se codeó con el poder. El hombre que dominaba la fuerza de las palabras podía adquirir el ascendiente necesario para hacer que sus ideas o su poder fuesen aceptados. Hasta el siglo xix, el orador tuvo el beneficio de una ventaja segura en la política.

En el siglo xx, gracias a su estilo, el general De Gaulle, sin duda alguna el último de esa larga casta de oradores amorosos del verbo, supo imponer sus puntos de vista y crear expresiones que ya no se encuentran en los discursos políticos de hoy en día. La construcción de sus discursos presenta una estructura triple de las oraciones. Vemos esa estructura en su espléndida carta de 1938 al mariscal Pétain. Este último le había pedido que firmaran en común un libro escrito por él con el pretexto de que ambos habían elaborado el proyecto 11 meses antes. ¡El rechazo del general De Gaulle es soberbio!: “Moralmente, he recibido heridas, aun de usted, señor mariscal, perdido ilusiones, abandonado ambiciones. Desde el punto de vista de las ideas y el estilo, fui ignorado, pero ya he comenzado a no serlo. En resumen, ahora me faltan tanto la plasticidad como lo incógnito, que serían necesarios para que permitiese que se acreditara a otro

lo que, en materia de letras e historia, pueda yo tener de talento”.

La elección de fórmulas basadas en contrastes fuertes y sutiles, la creación de palabras nuevas o la recuperación de palabras obsoletas para estigmatizar actos o personas —el “*chienlit*//el cagalaolla”, el “*quarteron de généraux*//puñado de generales”—, constituían todavía el arte del orador, como lo habían sido en el siglo xvii los sermones de Bossuet.*

Eso ya no existe. La inmediatez y la fuerza de la imagen han destronado el poder del verbo. Los “spots” son condensaciones. En nuestros días, el arte de la retórica está muy lejos de ofrecer “bellos” discursos. Por lo demás, la duración media de las comunicaciones políticas en los medios de comunicación en los Estados Unidos en 1999 era de ¡15 segundos! ¡Naturalmente, los discursos de Fidel Castro no entran en ese cálculo!

Algunos autores salvan, excepcionalmente, el arte del bien hablar en los medios de comunicación. En general, uno se siente más tentado a señalar las “faltas” que a dejarse llevar a escuchar el bien decir.

El arte de interesar y convencer puede transformarse en el arte de manipular las opiniones para imponer las propias convicciones. Cuando se trata de convencer o inflamar por causas grandes o bellas, así como de tergiversar las opiniones, los buenos oradores, y en nuestra época algunos escritores y ciertos periodistas, mane-

* Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), orador y escritor francés renovador de la oratoria sacra que, en sus 200 *Sermones* y en sus *Oraciones fúnebres*, une el esplendor de imágenes con el rigor del lenguaje. [T.]

jan con mayor frecuencia y eficacia los argumentos pasionales que la lógica. Es más fácil inflamar las pasiones que demostrar las ideas.

Desgraciadamente, los lenguajes del poder no han desaparecido. El siglo xx nos recordó su poderío con el Hitler que inflamaba a las muchedumbres y con los ideólogos estalinianos que manipulaban el pensamiento; porque, en las márgenes de la retórica, encontramos el sofisma, la *langue de bois* (lengua de madera: lenguaje estereotipado de la propaganda política), el eslogan. El lenguaje, medio de expresión en un principio, acaba siendo instrumento de presión.

¿ES LA LENGUA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN NUESTRA LENGUA COTIDIANA?

Ciertos lenguajes populares se desarrollan inconscientemente en la órbita del poder. Los medios de comunicación y la cultura de masas influyen en las formas del habla cotidiana y engendran modos que a menudo enmarcan opiniones más o menos fugaces. Para orientar las elecciones sociales o comerciales, la lengua de los medios de comunicación es relativamente difusa y se asemeja a un habla cotidiana. Su poder, enfocado en el tiempo, juega sobre rupturas, hallazgos imprevistos que, con ayuda de eslóganes o palabras especiosas, orientan el pensamiento, creando el deseo de pertenencia a un grupo. Así, en la vida cotidiana, los medios de comunicación y la publicidad echan a “andar” a su público con ayuda de fórmulas reiteradas o expresiones originales, a menudo muy astutas, muy pronto a la

moda, que, reutilizándolas, permiten sentirse, ya no “in”, sino “modernoso” o “hype”, ¡si este último término no está ya *out* hoy!

Si bien es cierto que, en la actualidad, la imagen manipula más que la palabra, ésta sigue siendo un instrumento de maniobra eficaz para obligar a otros a pensar como nosotros, a seguirnos o a comprar el producto que vendemos. La vida de la lengua no siempre pierde con ello. A través de las nuevas expresiones de los medios de comunicación y la publicidad, a través de la utilización excesiva de algunos términos o de su deformación, se difunden ciertas prácticas que son el origen de transformaciones de la lengua en lo concerniente tanto al léxico como a la sintaxis. Si somos “modernosos” y “surfeamos sobre la tela”, “positivamos” y “compramos útil” con Carrefour.

La utilización de eslóganes no es nueva; a la gente le gusta las fórmulas que le permite ser esclavos de las ideas presentadas “la llave en la mano”. Ya a comienzos del siglo XIX, poco después de la Revolución, madame de Staël decía:

En tiempos de desconcierto, en cuanto se ha encontrado una oración un poco especiosa, los hombres de partido, sobre todo los franceses, experimentan un singular placer en repetirlas. Los argumentos que se podrían oponer a ellas carecen de efecto sobre la mente; a fin de estar seguros de que son, lo que les hace falta es pensar y hablar como los otros.

El apoyo de las imágenes o de la voz puede ayudar a cautivar a las masas. Las voces plenas de energía de

los anunciantes deben insuflarnos las ganas de comprar lo más rápidamente posible el producto alabado; la voz de las auxiliares de vuelo, tranquila y tranquilizante, nos envuelve con suavidad para atenuar nuestra inquietud y nuestra impaciencia; pero, a veces, otras voces despiertan pasiones perturbadoras. Los discursos de Hitler eran pobres y únicamente contenían dos o tres ideas de fuerza repetidas al infinito, con violencia, pero su voz y su modo de elocución asociados al decoro eran “subyugantes”, es decir, ponían bajo el yugo a las muchedumbres que escuchaban. En la actualidad nos es difícil creerlo cuando lo oímos; sin embargo, la enorme cantidad de testimonios acaba por convencernos del poder de esa voz.

CUANDO SE TRABA LA LENGUA

No olvidemos que, según el sabio esclavo Esopo, la lengua es la mejor y la peor de las cosas.

Para Aristóteles, lo verdadero y lo falso residían en el discurso, mientras que Platón se interrogaba sobre la posibilidad de las verdades eternas. No se abordará aquí el aspecto formal de ese problema; como tampoco su aspecto filosófico; antes bien, seguiremos a Sócrates. “Hablar impropriamente es un mal que se hace al alma”, dice Sócrates; pero, ¿es la misma cosa hablar impropriamente y mentir? En ocasiones, la demarcación entre lo improbable, lo falso y la mentira es tenue. Sócrates evitó el término *mentir* para concentrarse en el valor de las palabras en relación con nuestra intención de enseñar.

Hablar impropriamente comprende no sólo los discursos mentirosos sino también las verdades a medias, la retórica débil, los deslizamientos de sentido, las fabulaciones. El lenguaje permite eufemismos, distorsiones más o menos voluntarias de los hechos que ofrecen falsas vías de pensamiento, lo que, sin duda alguna, es mucho peor que la simple mentira, a menudo ventilada rápidamente. Uno no engaña: hace que otros se engañen; y esa manipulación de los estados del otro es precisamente el mal que se hace al alma de que hablaba Sócrates.

Pero, ¿qué es la verdad? ¿La conformidad de nuestros juicios con las cosas exteriores? ¿Qué es una palabra verdadera? ¿La correspondencia entre la palabra y la realidad? En el lenguaje cotidiano vemos los límites de esa posición realista. Los usos de la noción de verdad en el empleo de las palabras y, sobre todo, en las intenciones del interlocutor al utilizar tal palabra o tal oración son limitados.

Casi siempre se ha considerado como reprehensible la mentira deliberada; pero los griegos la aceptaban porque veían en ella la sagacidad y la astucia: ¡Ulises es elogiado por su ardid! Si la mentira es la formulación deliberada de algo que es falso, ¿debemos decir que toda historia, todo cuento, todo mito, toda poesía o toda figura de estilo son mentira? ¡Ésa es la razón por la que Sócrates luchó tanto contra los sofistas! En la Edad Media los clérigos temían los efectos de los cantos y la poesía que se alejaban de lo "verdadero". Creían que el ritmo encantador de la música de los versos, como el de la música profana, transformaba a los oyentes en una presa fácil para la mentira y la magia. Con todo, la

“verdadera” mentira se dice con la intención de engañar al otro y, más frecuentemente, de hacerle daño; lo que no es el caso de la mentira novelesca.

La mentira novelesca distrae, condensa, deforma y magnifica lo imaginario o lo real. Su poder creativo nos encanta y a veces nos hace confundir invención y realidad. Con la mentira novelesca o poética, “por medio de ‘antihechos’, el hombre va más allá de la verdad”, la “violación”, decía Nietzsche. Y la mentira novelesca también consuela al hombre. Valéry hacía decir a Sócrates que “la verdad y la mentira son los únicos dos remedios del alma”.

¡El cerebro sabe cuándo miente con una “verdadera” mentira! En los últimos años, gracias a las técnicas de las IRMF del cerebro, se ha logrado poner de manifiesto ciertas disonancias entre la activación cerebral descubierta en el momento de la producción de mentiras en comparación con la activación que se percibe en el momento de la producción verbal sin mentiras. Las diferencias manifestadas ponen en funcionamiento regiones que intervienen en el control del comportamiento de las emociones. ¿Tenemos vergüenza de nuestras palabras impropias? ¿Es sensible el cerebro a la moral? Según parece, ¡hablar impropriamente hace “mal” al cerebro!

Asimismo, gracias a las técnicas de las IRMF del cerebro, Michael Gazzaniga demostró que la mayoría de las mentiras son conscientes, aun cuando los “mentirosos” busquen, con la mejor fe posible, justificar sus afirmaciones *a posteriori*. ¿Es realmente con la mejor fe posible? ¡Ese comportamiento dudoso también deja huellas en el cerebro!

Los accidentes cerebrales localizados en el lóbulo prefrontal desinhiben a los pacientes afectados, tornando violentos, mitómanos y sin escrúpulos a algunos hombres o mujeres que hasta entonces habían sido encantadores y honestos. Pierden su dominio de la “verdad”, del ajuste de los hechos a lo real, lo cual los vuelve inaptos para dominar su conducta.

¿ES LA JERGA POLÍTICA UN LENGUAJE DE PODER?

Los seres humanos no hablan únicamente para comprenderse sino también para “señalarse”, para formar clanes, sectas, partidos, grupos, familias, etcétera.

A la sombra de los diferentes poderes se elaboran, se moldean y se corroen ciertas formas de lenguaje. Los poderes políticos, comerciales, culturales, académicos y científicos, o el de las bandas, seleccionan ciertas formas de lenguaje. Cuando esas formas se imponen como “unidad de lenguaje” en uno de esos campos, se establece sobre los “usuarios” el poder de los que las manipulan.

La fuerza de ciertos lenguajes elaborados con base en alguna ideología consiste en encerrar sistemáticamente las ideas en un lenguaje que emplea a porfía términos repetitivos y especiosos. Para dar fuerza a su argumentación e impedir toda discusión, ciertos políticos se apoyan en figuras retóricas o en representaciones que cierran el sistema sobre sí mismo y excluyen los argumentos del adversario.

En la vida común, el lenguaje permite a cada hablante apropiarse del discurso diciendo “yo”, desig-

nándose como el “creador” de la palabra que dirige a su interlocutor. Ello crea la condición de diálogo; pero esa necesaria posición de diálogo desaparece cuando el “yo” se borra y se torna “Dios”, “el amo”, “la tribu”, “el partido”, transformando al hablante en un “hablado” de lenguaje inmutable, predeterminado, o al menos presentado como tal. El ejemplo del discurso del partido comunista llevó a denominar *langue de bois* (lengua de madera: la jerga o lenguaje estereotipado de la propaganda política) a ese encierro ultrasistemático.

Claude Hagège definió el lenguaje estereotipado de la propaganda política como un estilo mediante el cual alguien se asegura del control de todo, ocultando lo real bajo las palabras. Hace notar el gran número de nominalizaciones que, al permitir que se evite la aseveración, insinúan mediante lo implícito, evitando así el conflicto. Lo implícito insinuado sugiere la adhesión; consecuentemente, se hace difícil poner en tela de juicio la aseveración: no existe la posibilidad de conflicto.

Así, antes que decir: “Los pueblos luchan contra el imperialismo estadounidense” —a lo que se podría objetar que no todos lo hacen, que algunos se benefician de la distribución de la riqueza—, se dice: “La lucha de los pueblos contra el imperialismo estadounidense”. Con tal presentación, la continuación del discurso únicamente se puede organizar conforme a esa evidencia.

El lenguaje estereotipado de la propaganda política se elaboró también con base en modificaciones de la sintaxis y una adaptación del léxico, el cual es restrin-

gido y repetitivo. En China, el periódico *Le Quotidien du Peuple* únicamente utilizaba un vocabulario de 2 000 palabras cuando mucho. El sentido de ciertas palabras se puede modificar conforme a definiciones desviadas y retomadas sistemáticamente en los periódicos y los discursos. Recuérdense las expresiones “víboras lúbricas”, que eran utilizadas para estigmatizar a los enemigos políticos y sobre las que uno se pregunta en la actualidad ¿por qué no hicieron huir a los “compañeros de camino”?

Ahora bien, la fuerza política del lenguaje es un hecho. La fuerza restrictiva del lenguaje estereotipado de la propaganda política ha demostrado toda su eficacia para modelar el pensamiento y crear bloques de pensamiento cerrado. En los países democráticos, los medios de comunicación son manipuladores de opiniones esencialmente puntuales con respecto a los acontecimientos de la actualidad. El examen del estilo y las palabras de los periódicos escritos o de los noticiarios muestra desviaciones sistemáticas según la tonalidad política de que se trate, ya sea por omisión, ya por interpretación, ya, más sutilmente, por la elección de las entrevistas; pero, ¿existen reseñas o análisis que tiendan a la objetividad? ¡Es bien conocida la relatividad de lo verdadero en esos campos!

LOS MODOS Y LAS FORMAS DEL LENGUAJE QUE “CLASIFICAN”

Los lenguajes de castas o clases han existido siempre. La historia nos muestra que, en numerosos países, al-

gunas lenguas o bien algunas formas del lenguaje estaban reservadas a los sacerdotes, los guerreros, los comerciantes, etc. Eran numerosos los países —en realidad todavía lo son— en donde el habla de los hombres y las mujeres resultaba distinto, pues al utilizar el lenguaje marcan una clara separación de los sexos en el empleo de las formas, en el léxico o en las entonaciones.

Otros modos de hablar clasifican socialmente. Todos los grandes escritores, de Molière a Proust, han descrito a sus personajes al producir los giros, la elección de vocabulario y la riqueza o pobreza de expresión de sus diálogos. Los giros, las injurias, las inflexiones que caracterizan a alguien como Dorante no son las de la criada Nicole, como tampoco monsieur de Charlus se asemeja, en ese aspecto al menos, a Morel.

¿Es también una diferencia de clase o una diferencia de lengua lo que separa la elocución y el habla de un caballero inglés de las de un habitante del Oeste Medio estadounidense? Se supone que ambos hablan inglés; sin embargo, tienen pocas posibilidades de comprenderse.

EL LENGUAJE DE LOS INICIADOS

Ciertos lenguajes de “casta” están reservados más en particular a los iniciados. Cuando pasan al lenguaje ordinario ya están muy degradados y deformados. El lenguaje del psicoanálisis es un buen ejemplo de ello.

El psicoanálisis ha jugado sobre el principio heurístico de la subversión del código y hay que ser un iniciado para comprender el discurso psicoanalítico. Las

proposiciones teóricas que se ocultan bajo términos “simples” de la lengua, como “pulsión”, “transferencia”, “yo”, “ello”, “economía”, “inversión”, “inconsciente”, “real”, etc., cambian el sentido de esos términos y los remplazan en el uso. El empleo de esos términos, “invertidos” en exceso en discursos metafóricos,¹ hace que el acceso a los propósitos del psicoanalista esté reservado únicamente a los miembros del clan, ¡y quizá ni a ellos! ¡Cuántas interpretaciones y discordias en torno al discurso de alguien como Lacan! Unos lo interpretan de tal manera que resulta herética para los otros.

Con todo, eso permanece dentro del campo de la confrontación de las ideas y, por lo tanto, es respetable. En cambio, las “reutilizaciones” vulgarizadas caen en la *folk psychology* (psicología popular),² frecuentemente catastrófica tanto para los que buscan refugio en ella como para quienes los rodean.

La gran debilidad de esas lenguas de clan es la exclusión que hacen de las posibilidades de que haya miradas críticas del exterior. Y su límite se debe también a los abusos que permiten. Consecuentemente, los psicoanalistas que utilizan las aportaciones científicas de otras disciplinas, argumentando el derecho a

¹ Éste es un buen ejemplo de lo que explica la autora en este apartado. En el psicoanálisis, el término “invertir” se refiere al hecho de que alguien destine, “invierta”, su energía psíquica en una actividad u objeto; por ende, “hiperinvertir” (que sería el significado del francés “surinvestir”) significa “invertir en exceso la energía psíquica”; sin embargo, de modo erróneo, la autora emplea el término con el sentido de “utilizar”, por lo que, por “‘invertidos’ en exceso”, el lector debe entender “utilizados en exceso”. [T.]

² En inglés en el original. [T.]

la metáfora, han tenido que sufrir rechazos severos; pero, ¿se puede criticar una metáfora?, argumentan los psicoanalistas; entonces, ¿qué cosa tiene sentido? El debate está abierto.

¿TIENEN REALMENTE LOS CIENTÍFICOS
UN LENGUAJE PARTICULAR?

Dado que la ciencia es el discurso que sostenemos sobre la naturaleza y el hombre, la relación entre la ciencia y el lenguaje es ineluctable. En efecto, una de las funciones de la ciencia consiste en clasificar; y clasificar es nombrar, ofrecer un léxico. Por su parte, la sintaxis permite dominar las proposiciones y sirve para articular el razonamiento. La larga historia de los vínculos de la sintaxis con la lógica no se cierra con los límites del logicismo. En el plano teórico, la ciencia implica un examen riguroso de los conceptos y la presentación de hipótesis verificables y, en el plano práctico, el rigor de las observaciones. En la ciencia, consecuentemente, el lenguaje es un instrumento de clasificación, un instrumento de demostración y un instrumento de argumentación; es una de las herramientas científicas de la enseñanza y de la comunicación de los trabajos de investigación.

Cuando sustituye el arte de la persuasión por el de la demostración, la retórica es un instrumento de transmisión del saber. La demostración es tan necesaria en la descripción de las modalidades de acceso a las pruebas como en la discusión de esas pruebas; con-

secuentemente, el discurso actual de la ciencia se lleva a cabo con discurso de razón, más que de persuasión. Los científicos tienen el deber de eliminar los argumentos de sensibilidad para sustituirlos por análisis racionales garantes de la verdad de los hechos; y deben hacerlo sin recurrir a consideraciones exteriores. Es cierto que las técnicas de persuasión no siempre están ausentes de los enunciados científicos, pues es difícil eliminar las metáforas de las discusiones científicas: como lo hacía notar Einstein, en ocasiones hacen falta los términos. Según él, las palabras están “inoportunamente vinculadas a nociones precientíficas e inadaptadas y transforman nuestro instrumento convencional de razonamiento en una peligrosa fuente de errores y engaños”.

El modelo y el estilo del discurso científico deben ser un discurso de demostración y transmisión del saber fundamentado en el análisis racional. ¡Objetivo que, claro, no siempre se alcanza! Con frecuencia, el diccionario que se crea para explicar las nociones científicas es oscuro, no siempre por necesidad; pero, en ocasiones, el discurso científico puede ser accesible a muchos sin por ello perder su verdad, lo cual queda demostrado por el interés del gran público en los adelantos científicos de estos últimos años.

Los modos del habla y los lenguajes de sectas son tan numerosos que únicamente es posible hacer unas cuantas alusiones. Los críticos de arte se las ingenian para hacer que las telas más luminosas de los grandes pintores nos parezcan oscuras y los manuales de gramática para los niños de 13 años son de una pedantería cuya inutilidad demostró Érik Orsenna. Frecuente-

mente, esos lenguajes de casta son producto de los discípulos de los Shaddok, que proclaman: “¡Por qué simplificar cuando se puede complicar!”

¿ES EL ARGOT TAMBIÉN UN LENGUAJE DE CASTA?

Con el argot, del que el *louchebem* y el *verlan* son dos ejemplos entre otros, nos encontramos todavía ante el poder integrador del lenguaje. La adhesión a un grupo exige hablar su lengua; constituirse como grupo lleva a darse una lengua de grupo. Sin duda alguna, esta última establece un estilo, juegos de modos, pero también pone en funcionamiento modificaciones más radicales de la lengua del país. El uso restringido de un código específico reservado a los iguales se vive como una integración y como una oposición. Consiste, una vez más, en una toma de poder mediante la lengua.

El *louchebem* lo hablaban los carniceros y consistía en poner la primera consonante de la palabra al final, añadiendo una terminación, y la consonante “l” al comienzo de la palabra: el “*largonjé des louchebem*//la ler-gajé de los larnicerolem” es, entonces, el “*jargon des bouchers*//la jerga de los carniceros”.

El *verlan* (el “versore”) (*l'envers*//el reverso) es complejo y únicamente se aplica en las inversiones. Es creación de los jóvenes de los suburbios y se construye a partir de un francés desestructurado y triturado por inversiones, cortes, sufijación incongruente y duplicaciones, así como por numerosos préstamos de otras lenguas. Las palabras tomadas prestadas vienen del

manouche, como *liav* o *chourer* (robar/volar), o del árabe, como *kiffer* (¡amar en el sentido fuerte del término!). Se elimina el sentido primario de las palabras francesas y se trituran, se invierten los sonidos, para obtener resultados como: *meuf* (*femme*: mujer), *keuf* (*flic*: poli) o *chetron* (*tronche*: jeta/leño). En los monosílabos, la inversión se hace sobre la sucesión de tres letras “zen” (*nez*: nariz). Todo ello es *zabir* (*bizarre*: extravagante), pero *chébran* (*branché*: en la onda). Es divertido ver que también se reciclan algunas palabras de argot francesas, poco usuales o antiguas, como *maille* (cuarto [moneda]), palabra de la época de los Capeto, con acepciones más o menos cercanas a su sentido primario. También encontramos algunos desplazamientos coloridos: *hamster* (hámster) para referirse a un niño, en oposición a *souris* (ratón), que designa a una niña; o *pâté-rillete* (paté de carne de cerdo o ganso deshebrada) para un francés de abolengo.

La sintaxis no se salva debido a las asociaciones híbridas: “*J’ai galéré grave*” (“galeree”, gravísimo: me las vi negras).

Ese tipo de habla se infiltra en la lengua y alimenta el léxico para gran disgusto de algunos y gran placer de otros, que recuerdan que una lengua está viva y debe poner el mundo actual “en visión”.

Con todo, debemos poner atención, porque los argot y los *verlan* encierran en un ghetto a quienes los hablan. Y es muy dañino para los propios prisioneros. El lenguaje está hecho para abrir a los individuos a las relaciones múltiples y darles acceso al saber más general. Los microlenguajes restringen las posibilidades de beneficiarse de otras culturas y de insertarse en la

sociedad circundante. Es cierto que podemos apreciar el carácter lúdico de ciertos *verlan*, pero debemos mantenernos conscientes de su nocividad cuando encierran con demasiada fuerza sobre sí mismos a los grupos de clase, de edad o pertenecientes a alguna comunidad.

¿Y LAS SIGLAS?

Las siglas son las palabras del mundo actual. El lenguaje tiende a multiplicarlas para escapar a la longitud de la denominación de creaciones nuevas. Esos acrónimos (palabras que se deletrean o se pronuncian como una sola palabra, formadas por las iniciales o por más letras de varias palabras), en un principio científicos, políticos o institucionales (IRMF, OEA, UNESCO, SALT I, SALT II, TLCAN, SEMARNAT, SIDA, VIH, etc.), se encuentran por todas partes y ocultan su sentido a los no iniciados; además, casi no transmiten vida ni poesía al lenguaje, ¡cuyo léxico transforman insidiosamente!

EL MAL HABLAR Y EL MANIERISMO

Rivarol decía en el siglo XVIII: "Lo que no es claro no es francés". En el siglo de Voltaire, el buen escritor debía escribir en una lengua clara y precisa. Tres siglos han pasado y en la actualidad la lengua debe ser dinámica, concisa y radical.

No hablemos de los errores; algunos dirán que acababan siendo la lengua del momento. "*Face la gare*" (Frente a la estación), "*aller au docteur*" (ir al doctor) o "j' y

vais de suite" (voy de seguida) o incluso la elisión de la partícula "*ne*" de la negación [forman parte, desgraciadamente, del lenguaje actual!

Antaño, los eufemismos eran cumplidos. Casanova, hábil en el arte de seducir, sabía servirse de ellos con elegancia: "No debí decir a esos señores que estaban equivocados: pude decirles que no tenían razón, imitando en ello a Cicerón, quien no dice a los romanos que Catilina y los otros habían muerto, sino que habían vivido —¿no es la misma cosa?—. Os pido perdón, señor, uno es cortés, el otro no".

¿Debemos por ello abusar de los eufemismos, de lo políticamente correcto o de las traducciones pedantes y amaneradas? No es más ofensivo decir de alguien que no oye que es sordo que utilizar el eufemismo "discapacitado del oído". ¿Debe un barrendero considerarse un "técnico de superficie" para sentirse mejor? Algunos ejemplos del habla *soft* (atenuada o suavizada)³ son grotescos.

"Su comportamiento es un desafío cerebral", para decir que tiene un comportamiento estúpido; o "su potencial es menor", para decir que es un cero a la izquierda, no aportan nada ni al espíritu ni a la letra. Si no queremos emplear términos peyorativos, la lengua es lo bastante rica para decir lo que se quiere decir sin que haya necesidad de recurrir a expresiones ampulosas y ridículas.

Las ridiculeces que engendra el terrorismo de lo políticamente correcto han rebasado su objetivo. Nadie niega que algunos términos han sufrido los ultrajes del

³ En inglés en el original. [T.]

racismo o de asociaciones desafortunadas y deben dejar el lugar a otros. Los prejuicios superados pueden evolucionar porque un término o una expresión han tomado el lugar de otros, más marcados por la historia, pero es necesario que sean palabras o expresiones “precisas” y simples. En general, los términos evolucionan, pero los prejuicios permanecen y, muy rápidamente, “marcan” los nuevos términos, que se ven remplazados por expresiones todavía más alambicadas. En el peor de los casos, el hombre no se detiene por cuestiones de forma lingüística. El manierismo del “angelismo” (optimismo ingenuo del gobierno) o la hipocresía administrativa no son creadores, sino causantes del naufragio de las palabras. Llamamos en nuestro auxilio a Boileau, cuyo personaje hablaba con precisión: “Llamo gato a un gato y a Rollet un bribón”.

¡Molière se burlaba mucho de las pedanterías de estilo! ¿Habría podido decir que Orgon estaba “éticamente desorientado” sin burlarse y llevarnos al ridículo del burgués gentilhomme?

La oración de Rivarol parecía banal en el siglo de Voltaire. En la actualidad sería “políticamente incorrecta”. Parodiemos a Napoleón y reconozcamos que, con frecuencia, de lo políticamente correcto a lo ridículo tan sólo hay un paso. Un pasito.

¿CUÁNDO SE COMENZÓ A HABLAR EL FRANCÉS?

El “francés” es una lengua regional que tuvo éxito. El dialecto de la Île-de-France, lengua regional entre los numerosos dialectos hablados en la Galia romana,

pero más utilizado que otros, era una mezcla del latín popular hablado por los soldados y los esclavos romanos y palabras galas.

En el momento de la división del imperio de Carlomagno se adquirió conciencia de la especificidad de esa habla y, por primera vez, se redactó un acta tanto en "francés" como en "germánico". Se trata del famoso juramento de Estrasburgo, que atribuía a Carlos *el Calvo* la parte del imperio donde se hablaba la lengua francesa.

La lengua francesa reagrupaba numerosas lenguas regionales. Las del norte, calificadas como lenguas de oíl —porque "oui" (sí) se decía "oïl" (oíl)—, eran lenguas romances más o menos germanizadas. Las lenguas regionales del sur, o lenguas de oc —porque "oui" (sí) se decía "oc"—, eran lenguas romances más próximas a las lenguas de Italia o de España.

Los dialectos muy individualizados formaban lenguas francas, o vehiculares, en sus regiones; pero, a partir del siglo XII, apareció cierta unidad en la literatura escrita, muy frecuentemente en un francés más o menos abigarrado; no obstante, el latín seguía siendo la lengua oficial del derecho, la teología, la filosofía y las ciencias. En los siglos XV y XVI, Francisco I decidió que todos los súbditos debían comprender los textos, por lo que el francés adquirió entonces una legitimidad administrativa. En el siglo XVII, con Malherbe y la Academia Francesa, el francés, cuya creatividad era vigorosa, como se podía ver en las obras de escritores como Rabelais, habría de verse dotado de reglas gramaticales estrictas; y, después de haber conquistado la literatura y la poesía, penetró en la filosofía con Des-

cartes y Pascal. Más tarde, con la Enciclopedia, destronó al latín y ocupó el lugar de la lengua de las ciencias.

Los siglos xvii y xviii fueron épocas fundadoras, en cuyo transcurso el francés se impuso como el latín de los modernos. En el siglo xviii, el francés era la lengua de la Europa culta, adecuada para la civilidad, el libertinaje, la diplomacia, las ciencias y la conversación.

Con todo, los dialectos regionales permanecieron vivos durante mucho tiempo, al igual que la separación entre las lenguas de oc y de oíl. Todavía a principios del siglo xix pocas personas hablaban francés en las regiones y las que lo hacían también utilizaban la lengua regional. Las lenguas regionales romances, variaciones de la lengua de oíl en el norte de Francia o de la lengua de oc hablada en la mitad meridional, representaron durante mucho tiempo una verdadera frontera entre la Francia del sur y la del norte; frontera que todavía en nuestros días subraya divergencias culturales, sociales y políticas a las que se tiende a restar importancia.

En Francia también existían regiones que disponían de una lengua propia sin vínculo con los dialectos romances: el vasco en el País Vasco y el galo en Bretaña. El vasco, cuyo origen sigue siendo controvertido, se considera la subsistencia de la lengua que se hablaba en el suroeste de lo que ahora es Francia antes de la llegada de los indoeuropeos. ¡Se cree que es la última representante de la lengua de los Cro-Magnon! El galio de Bretaña es una lengua céltica emparentada más o menos cercanamente con el galo y el galés, el irlandés y el escocés.

Deseando difundir el francés nacional, la Revolu-

ción y después la República impusieron en las escuelas, en ocasiones con violencia, maestros franceses y el francés como lengua exclusiva de la enseñanza. La ley de 1880, en nombre de la República "única e indivisible", decretó el francés como lengua exclusiva de la enseñanza y prohibió el uso de las lenguas regionales y de los dialectos en las aulas y en los patios de recreo.

Consecuentemente, si bien no se perdieron, el conocimiento de los dialectos y su uso se debilitaron progresivamente frente al francés; no obstante, a comienzos del siglo xx y hasta 1940, todavía subsistían algunos felibres en la Francia meridional y del suroeste y numerosos concursos de canto y poesía continuaban conservando el conocimiento de las lenguas regionales que todavía se comprendían y hablaban en las campiñas. Frederic Mistral escribió toda su obra en provenzal. En la actualidad, el dialecto ch"timi, el occitano y el provenzal todavía conservan su literatura.

Las hablas regionales también continúan haciendo vivir el francés. Actualmente encontramos muchas palabras antiguas en nuestras campiñas, cuya habla ha resistido la uniformación y el empobrecimiento del vocabulario bajo la influencia del "purismo" republicano y la pobreza lingüística de los medios de comunicación.

La radio y la televisión aceleran la decadencia de las lenguas regionales de Francia. Una encuesta que data de 1999 muestra que 26 % de los adultos interrogados que viven en las capitales se acuerdan de que sus padres les hablaban todavía en alguna otra lengua relacionada o no con el francés. Es cierto que en ese porcentaje están comprendidas las lenguas de los inmi-

grantes, pero también las lenguas regionales han sido transmitidas en compañía del francés. Más de 600 000 personas hablan cotidianamente la lengua de oc y un millón y medio la practican ocasionalmente; y las cifras no son demasiado diferentes en el caso de las lenguas de oïl. En cuanto al alsaciano, se sigue practicando de manera habitual en Alsacia, región de diglosia por excelencia, es decir, una región donde la práctica permanente de varias lenguas es común.

Feliz sorpresa, entonces: las lenguas regionales no han desaparecido, aun cuando únicamente las hablen algunas comunidades reducidas. El uso de ciertas lenguas regionales, como el provenzal, el vasco, el galio o el alsaciano, ha sido aceptado por el Ministerio de Educación Nacional, si bien el francés sigue siendo la lengua institucional y de relación.

Las lenguas mueren, sin duda alguna, pero tienen una vida reacia, ¡y hay que arrancarlas del corazón de los hombres!

¿DE DÓNDE VIENEN LAS PALABRAS DEL FRANCÉS?

Las palabras francesas se forjaron, en su inmensa mayoría, a partir de palabras del latín; pero muchas lenguas han alimentado nuestro léxico, aportando cada una palabras propias de su cultura. Así, las prefijaciones y sufijaciones griegas han permitido engendrar términos científicos que responden a nuevos conceptos (neurología, neuroléptico, psicología, psicopatología, catálisis, etcétera).

Las palabras provenientes de las lenguas celtas y

galas son relativamente raras; parece ser que sólo resta un centenar en el francés. Las encontramos para designar lugares, plantas o instrumentos que sirven para la agricultura, *blé* (*blato*: trigo), *chêne* (*cassanus*: castaño) y para la pesca. La mayoría sólo sobrevivió porque primero pasó al latín que se hablaba en la Galia.

Las palabras provenientes de la lengua de los antiguos francos se encuentran en el lenguaje guerrero: *hache*, *hallali*, *guerre* (hacha, toque de acoso, guerra [de *wera*]). Ocurre lo mismo en el caso de las palabras germánicas: *hallebarde* (de *helmbärte*: alabarda). Las palabras provenientes del árabe conservaron el artículo *al*: *alcool*, *algèbre*, *alchimie* (alcohol, álgebra, alquimia).

Ahora bien, todos los países han alimentado el vocabulario del francés con algunos términos —holandeses, nórdicos, eslavos orientales—, aunque la mayoría de las palabras se ha “naturalizado” completamente y ya no se reconoce su origen. ¿Quién sabe que *échope* (buril/tenderete) proviene del holandés?

Ciertas palabras conservan un ligero aire de turista, como ocurre con las que comienzan con *k*: *koala*, *kulak*, *kaki*, *kif*, etcétera.

Los orígenes culturales quedan marcados en el vocabulario; las palabras *caravelle*, *galère* y *bateau* (carabela, galera, barco/bote) provienen de los países marítimos de la época, España y Portugal. Y, naturalmente, ¡hoy en día asistimos a una invasión de palabras anglosajonas!

En ocasiones, las palabras se crean gracias a deformaciones divertidas. En alemán, una especie de pan se llama *Pompernickel*, nombre que proviene del francés “*bon pour Nickel*” [“bueno para Nickel”]; cuando a los

soldados del Gran Ejército les parecía que el pan era muy malo, decían: "*Il est bon pour Nickel*" ["es bueno para Nickel"], que era el caballo del emperador, y así fue como, deformada por el acento, se creó una palabra alemana a partir de un rezongo de los "groñardos", como se conocía a los veteranos de la guardia de Napoleón por gruñones.

La lengua cambia, pero la armadura del francés, así como la gran mayoría de las palabras de su léxico, siguen siendo las mismas. Comprendemos bien los textos del siglo xvii y aun los del siglo xvi, mientras que, en inglés, la lengua muda tan rápidamente que Shakespeare no sólo es incomprensible para muchos ingleses, ¡sino que los estudiantes estadounidenses de hoy se quejan de que no comprenden bien el inglés que hablan los de Oxford! En cuanto a los Estados Unidos, se puede hablar de la formación de lenguas como el *Black-American*, incomprensible para muchos anglófonos. No obstante, podría ser que esa relativa estabilidad esté en trance de llegar a su fin: en la actualidad, muchos franceses no comprenden la lengua que hablan los jóvenes de los suburbios.

En el presente, las palabras circulan por toda Europa y, en ocasiones, por todo el mundo. Los préstamos de las lenguas extranjeras y, sobre todo, del inglés, los neologismos creados para dar nombre a las nuevas técnicas, como la informática, son internacionales. En cuanto a las nuevas palabras que nacen diariamente, como las palabras retorcidas que utiliza la publicidad, las repeticiones "progre" de los medios de comunicación, la jerga de los suburbios, etc., su destino es variado. En ocasiones, esos neologismos se instalan dura-

deramente en nuestro vocabulario y renuevan el léxico; en otras, desaparecen, dan dos o tres pequeñas vueltas y quedan sepultados en el olvido.

¿CÓMO SE ELABORARON LOS DICCIONARIOS?

Tal como lo conocemos, el diccionario es una invención relativamente reciente. Los glosarios son de origen más antiguo. El primer diccionario "francés" es la *Glose de Reichenau* (*Glosa de Reichenau*), que data del siglo VII; en ella se da la traducción de cada palabra latina a la palabra romance correspondiente, disfrazada con su terminación latina. En 1535 Robert Estienne publicó un diccionario *françois-latin* (francés-latín).

Richelieu fue quien en 1638 invitó a la Academia a redactar el diccionario de las palabras francesas, incluyendo esa tarea en sus estatutos. Se trataba entonces de ofrecer una imagen de la lengua francesa "en su armadura". Vaugelas dirigió la primera edición en 1694. En esa época, las palabras no estaban clasificadas por orden alfabético, sino por raíces, seguidas de las principales derivaciones y de los términos compuestos que se vinculaban a ellas.

El orden alfabético solamente fue adoptado en la edición siguiente, en 1718. A menudo la selección de las palabras era subjetiva porque se eliminaba las que eran "viles" o familiares y a las que se consideraba antiguas. Según parece, con ocasión de la publicación de ese diccionario, Jean Racine, quien, no obstante, había participado en su redacción, dijo que lo encontraba insuficiente: "El público va a lapidarnos".

Desde entonces se han sucedido diccionarios de todo género que ofrecen información sobre el origen, la naturaleza, el género, el sentido, la fonética y la forma gráfica de las palabras.

El último diccionario *Robert*, publicado en 2001, comprende 80 000 palabras, 2 000 de ellas nuevas. ¡El léxico está vivo! Entre las de recién ingreso algunas nos son tan familiares que nos sorprende ver que por primera vez tengan derecho de ciudadanía académica: *calculette* (calculadora electrónica), *biodégradable* (biodegradable), *jeunot* (jovencito), *litron* (de *litre*: litro), *baroud* (en jerga militar: combate; de *berbère*: bereber), *baraqué* (de barraca: hombre de físico bien formado), *gamberger* (jerga familiar: reflexionar/cavilar/maquinar/rumiar; de *comberger*, alteración de *compter*: contar), *disquette* (disquete). Sí: ¡todas son recién llegadas en nuestros diccionarios!

MUCHAS PALABRAS ANTIGUAS YA NO SE USAN, OTRAS CAMBIAN DE SENTIDO

El diccionario consigna el o los sentidos de una palabra, su “estado civil” actual. No me agrada el término “sentido fijo” porque hemos hablado del valor contextual de las palabras, de su creatividad. En nuestro diccionario mental el sentido de una palabra nunca es “fijo”. Lo que se propone es una o dos entradas a las que sería necesario tratar en función del contexto.

Ocurre lo mismo en el caso de las palabras mencionadas en los diccionarios académicos. Su sentido no está “fijo” de una vez por todas. Tienen, por una parte,

un recorrido temporal, una historicidad, y, por la otra, interpretaciones contextuales o metafóricas.

Es apasionante seguir la vida de las palabras. El etimologista se dedica a trazar el origen y el derrotero de las palabras, sus modificaciones fonéticas y los deslizamientos de su sentido. En efecto, la etimología es la parte de la lingüística que estudia el estado civil de las palabras, la historia de su formación, su evolución histórica y las variaciones de su sentido. Nos permite seguir la formación de nuestro vocabulario actual. Los que escuchan a Alain Rey por France Inter siguen un pequeño curso de etimología todas las mañanas.

En francés, muchas palabras actuales son palabras “reinterpretadas”; ya no tienen el mismo sentido que en el pasado. Son numerosas las que todavía utilizamos en la actualidad que no tienen ni el mismo uso ni el mismo valor que en su origen. Si alguien dice a una muchacha joven y bella: “*Pucelle, vous êtes une belle garce*” [“Doncella, es usted una bella *chica*”] (de *gars/garce*: chico/chica), recibirá seguramente un par de bofetadas, a pesar de que acaba de hacerle un gentil cumplido a la moda del siglo xv [en la actualidad, *garce* tiene el significado peyorativo de “zorra”: prostituta].

En el caso de muchas palabras antiguas, se puede seguir la evolución que, ora las ha alejado de su uso primario, ora las ha separado completamente de él. En ocasiones están vinculadas con su forma primera por un largo derrotero de usos familiares o locales. Originalmente, la palabra *fruste* (usada) se decía de una moneda cuya cara se había borrado; después, de una moneda de grabado tosco o grosero y ahora por extensión se dice

de un hombre tosco o grosero, sin cultura. Otras palabras se han alejado de su sentido primario; así, un *cuistre* era un cocinero, pero, a partir del siglo xvii, se convirtió en un intelectual pretencioso, aunque se mantiene un rastro del sentido primario en la forma *cuistot* (cocinero/jefe de cocina), que sigue existiendo. Un *goujat* era un criado y, ahora, como *garce*, se ha vuelto una injuria, pues significa grosero o patán. *Benêt* (pánfilo) viene de *béni* (bendito/bienaventurado) y *crétin* (cretino) de *chrétien* (cristiano). Es curioso ver cómo, con la misma forma o con una forma ligeramente modificada, las palabras derivan hacia sentidos despectivos, cuando no injuriosos. Ignoro si alguien se ha interesado por ese deslizamiento, que podría dar lugar a un buen estudio de sociolingüística. ¿Es necesario que las palabras adquieran un sentido peyorativo antes de desaparecer? O bien, hipótesis más triste aunque, según parece, más real, ¿hace el sentido peyorativo que las palabras sobrevivan?

Derivar hacia lo peor tiene algunas raras excepciones: el *badin* medieval (estúpido/alguien que está en baba) era un “*gros lourdaud*//un gran bobo”, mientras que, en el presente, el tono “*badin*//bromista/ juguetón/retozón/animado/alegre” evoca la ligereza.

Es apasionante seguir la derivación de ciertas palabras. Claude Hagège muestra el recorrido de la palabra *captivus*, que significa “prisionero”: dio origen a la palabra *chétif*, que quería decir desafortunado/desdichado, antes de adquirir el sentido que tiene en la actualidad y que se relaciona con el prisionero original: lastimoso/enfermizo/enclenque. En el norte, la expresión *chti'mi* (persona originaria del interior del norte

de Francia) ha conservado una relación con la palabra *chétif*, surgida de "*prisonnier*"/prisionero", y quiere decir "¡pobre de mí!"

El género de las palabras también evoluciona. Antaño, el amor era a veces femenino y ligero: "*Qu'il plût à Dieu que tel amour enclose / Comme une fleur m'eût duré qu'un jour*" ["Plugo a Dios que tal amor cercada / Como una flor sólo me haya durado un día"]. En el presente, un amor es masculino, triste y siempre termina mal: "*Il n'y a pas d'amours heureux*" ["No hay amores felices"] hace cantar a Aragón.

La lengua envejece, algunas palabras se separan de ella, mueren bajo la presión de los cambios económicos o sociales, como las palabras de los oficios antiguos, que poco a poco desaparecen de los diccionarios. Ya no encontramos *écoiçon* (mocheta/ enjuta/esquinera); *trésillon* (término de marina: trozo de madera que se usa para apretar dos jarcias mediante una ligadura; término de imprenta: tablilla que se pone entre las tapas de un libro recién cortadas para que se sequen); *avature* (alteración del casco del caballo por la que el hueso se separa de la piel), o *clysoir* (clistel o lavativa), remplazadas por *hot-dog*, *Nasdaq*, *e-business*, *software*, porque la lengua se regenera también bajo las mismas presiones económicas y sociales.

En las comarcas y los pueblos de provincia es donde encontramos las palabras antiguas. Se han conservado en la herencia de los pequeños grupos que han permanecido apegados a las costumbres y las hablas. Por el contrario, donde el lenguaje evoluciona con mayor rapidez es entre los pequeños grupos de jóvenes, a la vez poco estables y cerrados, como dan ejemplo de

ello los suburbios, privados de historia y costumbres antiguas.

¿QUÉ IMPORTANCIA TIENE LA LENGUA DEL PAÍS PARA CADA UNO DE NOSOTROS?

En cada país, la lengua tiene una función oficial e institucional al lado de su función de comunicación. Permite a todos los ciudadanos integrarse y poder “funcionar” en su país.

¿QUÉ REPRESENTA EL FRANCÉS PARA LOS INMIGRANTES?

No hablar la lengua del país es un obstáculo absoluto para la integración. Entre las poblaciones minoritarias y particularmente entre los inmigrados, para los que la lengua “nacional” no es la lengua materna, se observa una gran diversidad en la manera de dominar la lengua oficial. Algunos la dominan perfectamente; otros la comprenden y la usan con más o menos dificultades; otros más, en fin, la ignoran. En la actualidad, se trata esencialmente de mujeres más o menos enclaustradas en su casa o de inmigrantes recientes.

En el caso de los jóvenes de las generaciones siguientes, la diglosia —el bilingüismo funcional— se convierte en la regla, sin que todos los problemas sean resueltos. El conocimiento de las dos lenguas es a menudo desigual. Los niños se ven obligados a emplear dos o más lenguas en situaciones familiares o sociales particulares, sin poder dominar ninguna de ellas. Se

produce una restructuración o desestructuración del francés, como lo vemos en el habla o el *verlan* de los suburbios. Si bien es cierto que el habla vehicular interétnica se mantiene como un factor de integración en el seno de los pequeños grupos, también es cierto que es perjudicial, porque entraña una fractura lingüística con el conjunto de los hablantes del francés y con la escuela y el mundo del trabajo.

Ya sea por razones institucionales, ya sea para la integración en la sociedad, ya sea para la escuela y el aprendizaje, el buen conocimiento de la lengua del país es esencial. Las sociedades plurilingües son fuente de enriquecimiento para todos, a condición de que cada uno posea el dominio de la lengua oral y escrita oficial del país.

¿DEBE TENER SUS PARTICULARIDADES EL FRANCÉS DE CADA PAÍS?

Los valones, los suizos y nuestros primos quebequeses tienen el francés como lengua materna. Le han dado un color, una entonación, palabras y expresiones propias de su genio particular. El francés que hablan es a menudo más "sabroso" que el nuestro, o así nos parece, porque en él rencontramos un vocabulario antiguo, muy frecuentemente desaparecido de nuestro francés uniformizado por la centralización y el aplastamiento de las hablas regionales en la escuela republicana.

Sus escritores alimentan el gran fondo de la literatura en francés.

¿QUÉ LUGAR TIENE EL FRANCÉS EN EL MUNDO?

En África, el francés sigue siendo vigoroso y da lugar también a expresiones y a una literatura de gran calidad. Hay que esperar que esa tradición se mantenga. Se habla mucho de la francofonía; en el mundo, y no solamente en los países que estuvieron vinculados a Francia y sus escuelas, como el Magreb, Vietnam o también Madagascar, el francés es todavía una lengua apreciada. Por su belleza, su elegancia y su literatura, conserva muchas ventajas y seduce a numerosos extranjeros. ¿No elegimos recientemente para la Academia Francesa a un gran escritor francés cuya lengua materna era el chino y que aprendió relativamente tarde el francés, al que sabe amar y hacer vivir? Está lejos de ser el único gran escritor que, aunque de lengua materna diferente, haya elegido el francés para expresarse. El francés conserva todavía una elegancia que trata de resistirse al habla comercial.

Con todo, en ciertos países donde la lengua francesa era el segundo idioma o la lengua elegida por la mayoría de los estudiantes, como Argelia, en el primer caso, o Egipto, en el segundo, ya se perfila la hegemonía del inglés comercial.

Se considera que hay 125 millones de personas que tienen el francés como su lengua materna o como su segunda lengua. En muchos países francófonos, en efecto, la diglosia es la regla; y tal es, en particular, el caso de los criollos.

Para comenzar, hay que distinguir a los criollos —porque no solamente existen los criollos vinculados al francés— de los pidgins. Estos últimos surgieron de los contactos, en su gran mayoría debidos a los intercambios económicos, entre grupos que hablaban lenguas diferentes. Las lenguas/criollas son hablas francas o vehiculares que se conservan como secundarias en el caso de los hablantes que disponen de una lengua materna. Son lenguas de contacto con un vocabulario bastante pobre cuyo orden de las palabras es rígido y se basa principalmente en la yuxtaposición. Aun cuando los pidgins son simplificados al extremo, no por ello son modos de comunicación simples. Los hablantes de los pidgins —ya sean los de Nueva Guinea, los de países africanos, de China, de Alaska o, también, de muchas otras regiones— tienen un modelo de lengua —la propia—, tanto así que ciertos principios fundamentales se encuentran bajo la simplicidad de los diferentes pidgins, los cuales se caracterizan por ciertos rasgos que los vinculan con las lenguas de las comunidades que las utilizan. Los pidgins desaparecen cuando ya no son útiles para las relaciones entre los grupos o se transforman en criollos cuando las relaciones o la cohabitación de los grupos sociales se perpetúan.

El caso de los criollos es diferente. *Criollo* es un término general. Se habla de lengua criolla en el caso del habla surgida del contacto entre una lengua colonial y una indígena; pero la criolla se convirtió en la lengua materna de las poblaciones mixtas después de que se estabilizó la cohabitación entre los blancos y los traba-

jadores importados. La simplicidad relativa de los primeros pidgins evolucionó hacia las lenguas criollas.

La criolla es una lengua estructurada que combina rasgos de la estructura de las lenguas indígenas y préstamos importantes del vocabulario de la lengua de los colonizadores. Tal es el caso del Caribe y de las islas Mascarenhas. La lengua criolla francesa, que se encuentra en los departamentos de ultramar, surgió de la vida comunitaria entre los grupos de esclavos africanos y de colonizadores llegados de Francia. La vida comunitaria, en la que se mezclaban grupos de lenguas diferentes, impuso un habla "criolla" al conjunto de la población; habla que todos comprendían y usaban, incluidos los colonizadores, mientras que el francés se mantenía como la lengua de la administración y la lengua de la cultura. En la actualidad, la criolla tiene la categoría de lengua materna en las Antillas o en La Reunión, cuyos habitantes son en su mayoría funcionalmente bilingües y emplean permanentemente las dos lenguas: la criolla y la francesa. Los franceses metropolitanos no comprenden la lengua criolla sin cierto aprendizaje. Existe una literatura criolla y algunos escritores antillanos o reunioneses enriquecen sus escritos en francés con términos o giros criollos muy pintorescos y poéticos.

¿ES EL PLURILINGÜISMO UN FENÓMENO NUEVO?

Las sociedades plurilingües, particularmente si se considera la presencia de las lenguas regionales, han representado la regla durante mucho tiempo. En Europa,

hasta mediados del siglo xix, el francés era una lengua hablada y bien hablada en todas las cortes, así como en la mayoría de los medios burgueses europeos. En Francia, la lengua regional era comprendida y hablada por la mayoría de los habitantes, que también se expresaban en francés.

La posición geográfica del país, la estructura de la sociedad o el aislamiento de la etnia obligaban a los grupos de poblaciones a adquirir las lenguas de los Estados y las de las regiones vecinas. Las poblaciones que viven en zonas lingüísticas limítrofes entre dos países, como en Francia los alsacianos, son bilingües o trilingües desde hace mucho tiempo. Las grandes corrientes migratorias del siglo xix fueron un factor de bilingüismo o de plurilingüismo en numerosos países; y lo mismo ocurrió en el caso de las colonizaciones. La tendencia actual incrementa las probabilidades de que los seres humanos tengan que comprender y hablar varias lenguas.

El plurilingüismo va acompañado de la desaparición de algunas lenguas, las que mueren ahogadas por el predominio económico y político de otras, más grandes, que se imponen al planeta. Las lenguas que desaparecen son las de poblaciones antaño independientes o aisladas, absorbidas en la actualidad por Estados más poderosos; tal es el caso de ciertas lenguas de los Balcanes o de las lenguas indias de América. Otras más desaparecen con la extinción de la población que las hablaba.

Claude Hagège escribe que ¡cada año mueren 25 lenguas! Y que, dentro de 100 años, ¡la mitad de las aproximadamente 6 700 lenguas inventariadas en el

mundo habrá desaparecido para siempre! Símbolos de riqueza y creatividad perdidos para siempre.

¿QUÉ FUTURO AGUARDA AL FRANCÉS?

Europa, donde el francés es una lengua eje, puede permitirle vivir su vida a pesar de la generalización y la expansión del inglés. Las lenguas están vinculadas a la suerte política, económica y humana de su país, a su inserción en las comunidades plurilingües, al dinamismo de su población, al igual que a la creatividad de su literatura y su teatro.

El pasado de la lengua francesa es prestigioso. Es una bella lengua que tiene muchos amantes en Francia y en el mundo. Puede enriquecerse con las aportaciones de otras lenguas, pero también convertirse en bastarda y empobrecerse si no se le cultiva. En cuanto lengua de cultura, después de haberse convertido en el angloestadunidense comercial, el inglés es ahora una lengua casi planetaria que se alejó de la lengua de Shakespeare o del inglés del siglo xix. Dentro de ciertos límites se está convirtiendo en un pidgin vehicular internacional que los fieles a la lengua inglesa ya no reconocen. ¿Cuál será esa lengua "planetaria" con la que todos seremos por lo menos bilingües? ¿Qué nos reserva la creatividad de los seres humanos en el caso del lenguaje? ¿Salvaremos de la uniformación y el enfrentamiento a esos millares de bellas lenguas todavía resistentes? Y, desde esa perspectiva, ¿cuál es el futuro del francés?

La mente del hombre es demasiado aguda, dema-

siado deseosa, demasiado sensible y demasiado inventiva como para que nuestras lenguas no sigan siendo ese maravilloso y variado instrumento de pensamiento, de comunicación y de creación que millones de años de cultura nos han legado. A las generaciones ascendentes corresponde en qué lenguas quieren que resida su memoria, se inserten sus deseos y se arrullen sus amores.

BIBLIOGRAFÍA

Ésta es una bibliografía restringida de obras escritas en francés y en su mayoría publicadas recientemente. Quienes quieran “saber más” sobre ciertos temas pueden después tener acceso a obras más especializadas.

I. EL LENGUAJE ES HUMANO

Bijeliac, R., y R. Breton, *Du langage aux langues*, Gallimard, 1997, col. Découverte.

Cavalli-Sforza, L., *Gènes, peuples et langues*, Odile Jacob, 1996.

———, *Qui sommes-nous?*, Flammarion, 1997.

Dessalles, J.-L., *Aux origines du langage*, Hermès, 2000.

Picq, P., y Y. Coppens (coords.), *Aux origines de l'humanité: le propre de l'homme* [En los orígenes de la humanidad: lo propio del hombre], Fayard, 2001.

II. DE LOS SONIDOS A LAS PALABRAS: EL RECORRIDO DEL SENTIDO

Los sonidos del lenguaje

Cordemoy, G. de, *Discours physique de la Parole*, Bibliothèque du Graphe, 1970 (reproducido a partir de la edición de 1704).

Jünger, E., *Éloge des voyelles* (1934), Le Rocher, 2001.

Poizat, M., *L'Opéra ou le cri de l'Ange*, Métailié, 1986.

Rousseau, J.-J., *Essai sur l'origine des langues*, Hatier, 1983.

Segui, J., y L. Ferrand, *Leçons de Parole*, Odile Jacob, 2000.

Los sentidos y la sintaxis

Austin, J. L., *Quand dire c'est faire*, Le Seuil, 1970.

Benveniste, E., *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, 1966.

Chomsky, N., *Structures syntaxiques* (1957), Le Seuil, 1969.

———, *Aspects de la théorie syntaxique* (1965), Le Seuil, 1971.

Hagège, C., *L'Homme de parole*, Fayard, 1985.

Jakobson, R., *Essais de linguistique générale: les fondations du langage*, Minuit, 1963.

Pinker, S., *L'Instinct du langage*, Odile Jacob, 1999.

Saussure, F. de, *Cours de linguistique générale* (1916), Payot, 1978.

———, *Écrits de linguistique générale*, Gallimard, 2002.

Sperber, D., y D. Wilson, *La Pertinence*, Minuit, 1989.

III. EL LENGUAJE EN NOSOTROS

La adquisición del lenguaje

Boysson-Bardies, B. de, *Comment la parole vient aux enfants*, Odile Jacob, 1996.

Gérard, C. L., *L'Enfant dysphasique*, Éditions Universelles, 1991.

Grégoire, A., *L'Apprentissage du langage. Les deux premières années*, Alcan, 1937.

- Hagège, C., *L'Enfant aux deux langues*, Odile Jacob, 1996.
- Itard, J., "Mémoire et rapport sur Victor de l'Aveyron" (rapport de 1801), en L. Malson, *Les Enfants sauvages: mythe et réalité*, 10/18, 1981.
- Kail, M., y M. Fayolle (coord.), *L'Acquisition du langage*, PUF, 2000.

La comunicación y el lenguaje

- Darwin, C., *L'Expression des émotions chez l'homme et l'animal* (1872), Payot, 2001.
- Diamond, J., *Le Troisième chimpanzé*, Gallimard, 2000.
- "La communication animale", *Pour la science*, fuera de serie, enero-abril de 2002.
- Morris, D., *Le Langage des gestes*, Marabout, 2001.
- Vauclair, J., *L'Intelligence de l'animal*, Le Seuil, 1997.

El cerebro y el lenguaje

- Broca, P., "Remarques sur le siège de la faculté du Langage articulé, suivies d'une observation d'aphémie (perte de la parole)", *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 6, 1861, pp. 330-357, en H. Hécaen y J. Dubois (coord.), *La Naissance de la neuropsychologie du langage, 1825-1865*, Flammarion, París, 1969, pp. 61-91.
- Dehaene, S., *Le Cerveau en action. IRM fonctionnelle en psychologie cognitive*, PUF, 1997.
- Gazzaniga, M., R. Ivry y G. R. Mangun, *Neurosciences cognitives. La biologie de l'esprit*, De Boeck et Larcier, 2001.
- Houdé, O., B. Mazoyer y N. Tzourio-Mazoyer, *Cerveau et psychologie*, PUF, 2002.
- Sabouraud, O., *Le Langage et ses maux*, Odile Jacob, 1995.

El lenguaje y el pensamiento

Chomsky, N., *Le Langage et la pensée*, Payot, 1990.

Dupoux, E., y J. Mehler, *Naître humain*, Odile Jacob, 1990.

Gardner, H., *Les Formes de l'intelligence*, Odile Jacob, 1997.

IV. USO Y ABUSO DEL LENGUAJE

Goudaillier, J.-P., *Comment tu tchatches*, Maisonneuve et Laroze, 1988.

Hagège, C., *Le Français et les siècles*, Odile Jacob, 1987.

———, *Halte à la mort des langues*, Odile Jacob, 2000.

Vendryes, J., *Le Langage: introduction linguistique à l'histoire*, Albin Michel, 1968.

Walter, H., *L'Aventure des langues en Occident. Leur origine, leur histoire, leur géographie*, Robert Laffont, 1994.

Diversos

Barthes, R., *Essais critiques IV, Le Bruissement de la langue*, Le Seuil, 1984.

Carroll, L., *Les Aventures d'Alice au pays des merveilles*, Flammarion, 1968.

Steiner, G., *Après Babel*, Albin Michel, 1998.

¿Qué es el lenguaje? se terminó de imprimir en enero de 2007 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su tipografía, parada en el Departamento de Integración Digital del FCE por Juan Margarito Jiménez Piña, se emplearon tipos New Aster de 12, 9.5:12 y 8:10 puntos. La edición, que consta de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado de Manlio Fabio Fonseca Sánchez.

NOTA FINAL



Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante y promueva este proyecto en su comunidad para que otras personas que no tienen acceso a bibliotecas se vean beneficiadas al igual que usted.

“Es detestable esa avaricia que tienen los que, sabiendo algo, no procuran la transmisión de esos conocimientos”

—Miguel de Unamuno

Para otras publicaciones visite:

www.lecturasinegoismo.com

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escribanos a:

lecturasinegoismo@gmail.com

Referencia: 3304



Sin que seamos conscientes de ello, todos o casi todos somos expertos en el lenguaje. Para confirmarlo y para despertar nuestra curiosidad, esta obra nos revela características de tal habilidad —don, dirían algunos— que manejamos de manera tan sorprendente.

¿Qué es el lenguaje? tiene como propósito resolver interrogantes para el lector común y acercarlo sin tecnicismos a este interesante tema. ¿Quién no se ha sorprendido cuando contempla el nacimiento del lenguaje en los labios de un niño?, ¿o al observar de qué manera se organiza el pensamiento para transmitirse en palabras?

Éste es un libro que busca difundir ideas propias de la lingüística de manera amena y comprensible. El lector, lo aseguramos, tendrá motivos suficientes para gozar la lectura a la vez que se asoma con curiosidad a los temas clave del lenguaje.

Bénédicte de Boysson-Bardies es psicolingüista especializada en el tema de la adquisición del lenguaje en la etapa preescolar. Es directora de investigación en el Laboratorio de Psicología Experimental del Centro Nacional de Investigación Científica en París. Ha publicado en revistas especializadas numerosos artículos sobre el tema de producción del lenguaje y estudios acerca de la producción y reconocimiento de las palabras en los niños.



9 789681 676810